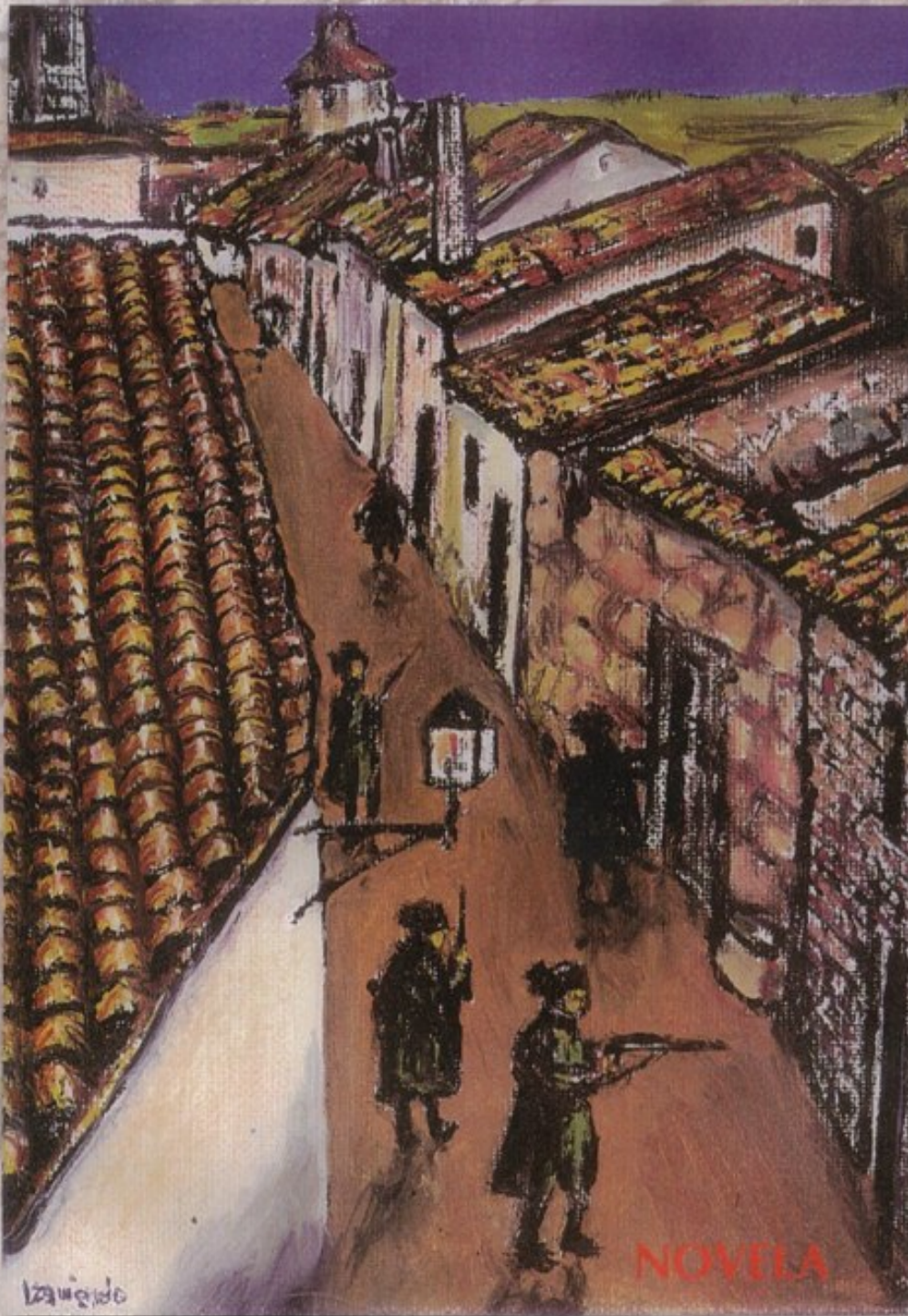


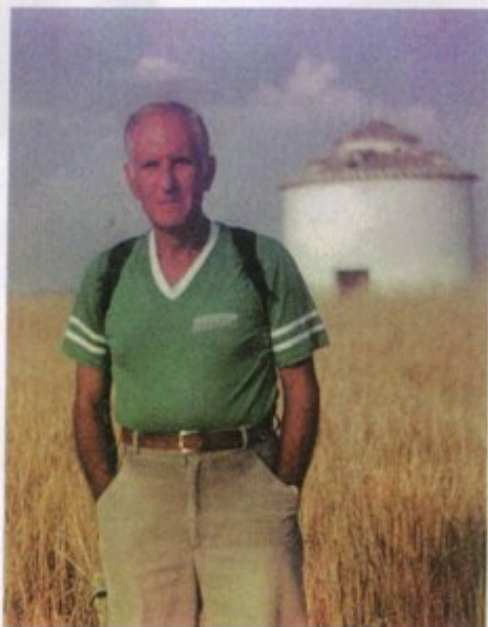
Tierra de Campos



Izquierdo

NOVELA

FERNANDO GARCIA IZQUIERDO



Esta es la tercera parte de una serie de novelas sobre una familia castellana de la primera mitad del siglo pasado, cuyo primer volumen, LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS, nos transportó a los años de la república, y el segundo, LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS, mostró todos los horrores del golpe de estado fascista, durante el mes de julio de 1936, en Valladolid, que llevó para siempre después el título de "Capital del Alzamiento". Ahora nos lleva el autor a la TIERRA DE CAMPOS, de donde él es oriundo. Dorotea Platero llega a Tordehumos, su pue-

blo natal, al final de ese mismo mes de julio de 1936, después de haber sido testigo y víctima inocente del crimen que supuso dicho alzamiento. Pronto descubre que parecidos horrores han ocurrido en su pueblo y en todos los de alrededor. Dorotea trabaja en el campo, donde escasean los mozos, que han sido llevados a la guerra. Reanuda el contacto con antiguos conocidos y allegados, y hace nuevas amistades. Una de éstas, indirectamente, hace que descubra Dorotea el paradero del que fue "amor de su vida" en la adolescencia, y que es ahora un hombre marcado por la muerte. Dorotea duda, ama, vacila; y finalmente se encuentra ante el terrible dilema de callar y no hacer nada o arriesgar su vida para salvar a Justino Alvarez de una muerte segura.

Fernando Garcia Izquierdo, de 74 años, primeramente escribió esta obra en inglés, hallándose en Australia, y siendo plenamente consciente de la imposibilidad, entonces, de editarla en su patria en castellano. Volvió a su oficio de abogado internacional, dejando el manuscrito en un cajón. Hasta que oyó que había entrado la democracia en nuestra patria. Terminó el primer manuscrito castellano, de mil páginas, en 1989, y empezó a publicarlo, en forma de saga, en 1999, en México. La primera parte de la saga se editó en Valladolid en 2001. La segunda, un año después.

ISBN 84-96186-04-0



9 788496 186040

TIERRA DE CAMPOS

novela de

Fernando García Izquierdo

A Nicky

«Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid u otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas han pasado ya al dominio público.»

En la Roma antigua un ciudadano se dirige a sus compatriotas plebeyos:

«Consideránnos a todos como gente baja; sólo los patricios cuentan.
«Lo que les sobra podría satisfacer nuestras necesidades.
«Si solamente entregaran lo superfluo cuando aún tiene algún valor,
«Nos haríamos la cuenta de que humanamente nos socorren.
«En cambio dicen que les costamos mucho.
«La miseria que nos aflige, causa de nuestras desgracias,
«Es para ellos una cifra contable que marca el estado de su abundancia;
«Nuestro sufrimiento sírveles para aumentar sus riquezas.
«Preparemos pues nuestras lanzas antes de que nos conviertan en rastrojos.
«Y bien saben los dioses que es hambre de pan lo que me mueve a decir esto
«Y no sed de venganza.»

Shakespeare, COROLIANUS

Periandro, arengando a los pescadores pobres de una isla septentrional.

«La baja fortuna jamás se enmendó con la ociosidad ni con la pereza; en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha; nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse a su asiento. Los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, ¡oh amigos!, para moveros e incitaros a que mejoréis vuestra suerte, y a que dejéis el pobre ajuar de unas redes y de unos estrechos barcos, y busquéis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo; llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cavador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente más que un día, sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol ni de todas las inclemencias del cielo, procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demás hombres.»

Cervantes, LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

PREMISA HISTORICA

La rebelión fascista, tan minuciosamente preparada desde el momento mismo de la proclamación de la república, que tenía el apoyo de la nobleza, de casi todo el ejército, de la jerarquía de la iglesia y de la oligarquía nacional y extranjera, fue aplastada en unos pocos días por la clase obrera y la milicia popular en los puntos más importantes de todo el país. En Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Málaga, Oviedo, Santander, Alicante y casi todas las ciudades de España, así como en cientos y cientos de pueblos más o menos importantes, los ciudadanos, que a veces no llevaban más armas que palos y cuchillos, lograron imponerse a los rebeldes y se declararon prestos a morir por la República.

Nada mejor para mostrar lo que fue la reacción popular en contra del pronunciamiento traidor que citar al principal conspirador, y cabecilla en un principio de la rebelión. Se sabe que, exasperado ante el rumbo que iban tomando las cosas, se dirigió el general Mola al barbudo general Cabanellas, el más anciano de los generales en activo, preguntándole: '¿Pero cómo dispone el Gobierno de tantas fuerzas?'

El iluso general, que había de morir poco después en un accidente de avión (como había anteriormente muerto el general Sanjurjo) a manos de agentes franquistas, no podía comprender lo que es la fuerza de un pueblo que resiste a la agresión, « el sacrificio -como ha dicho un patriota – de quienes acudieron en tropel a cubrir con sus cuerpos los boquetes de la Sierra de Guadarrama », salvando así Madrid, y por el momento la República.

Acababa de comenzar la Cruzada, que haría «correr ríos de sangre y levantaría montañas de cadáveres.» En seguida, dándose cuenta la Reacción de que el general Franco (que terminaría por imponerse a los demás generales y jefes falangistas) era incapaz, con sólo sus ejércitos, de derrotar al pueblo, ordenaría la intervención extranjera directa: la destrucción de Guernica por la aviación alemana, el bombardeo de Almería desde el mar, el envío de la Legión Condor de los nazis, los 'condottieri' del Fascio, la masacre de la población civil en Badajoz y otros muchos lugares nos recordarán perpetuamente lo que fue la barbarie de esa Reacción contra un pueblo que prefirió la muerte a doblegarse ante el yugo del fascismo.

Y, como podía esperarse, le faltó el tiempo al Vaticano para declarar su sostén a los rebeldes. Una docena de militares del sublevado ejército acudió en seguida a pagar sus respetos a Su Santidad. Fueron recibidos por el poderoso Cardenal Pacelli, el cual les exhortó como sigue: « ¡Qué magnífica reparación es ésta que vosotros, queridísimos hijos, habéis ofrecido y estáis ofreciendo todavía a la Divina Majestad en todas partes, y aún más en toda España, de todos desconocida, negada, blasfemada, rechazada y ofendida de mil maneras horrendas! ¡Cuán oportuna, providencial y agradable a Dios es vuestra reparación de fidelidad, de honor y de gloria, en estos nuestros días a los que estaba reservado oír el horrendo grito de los sin Dios y contra Dios!»

CAPITULO 1

A pesar del intenso dolor, del terror de que había sido víctima, expiando Dios sabe qué pasadas culpas, Dorotea Platero iba aquella mañana, por aquellas tierras de Castilla, sin ningún sentimiento preciso de odio o de amargura. La miseria que la afligía era para ella un sentimiento abstracto, un castigo que le enviaba Nuestro Señor y que tenía que soportar. En realidad no se daba cabal cuenta la pobre de nada: ni de lo que le había pasado o estaba pasándole en aquellos momentos, ni de lo que pasaba a su alrededor. Era un blanco su cerebro; y era una especie de instinto lo que le llegaba de sus adentros, imprimiendo en su conciencia un miedo irracional, supersticioso que la paralizaba, como la había paralizado siempre en los momentos más críticos de su existencia.

Conocía muy bien aquellas tierras, de cuando era una zagala: la inmensa llanura inalterada, los campos sembrados de trigo, o cebada, o centeno. Tan sólo a lo lejos la silueta de unas montañas azules, de muy poca elevación. Al principio de la caminata había visto soldados y grupos de falangistas, yendo sin duda hacia el frente, caminando o en camiones. Pero ahora ya nada. Cantidades de cornejas en el cielo azul. Ni un alma en el camino, o en las parcelas; y era tiempo de cosechas. De cuando en cuando aún se oía a lo lejos el ruido de motores, el fuego de la artillería, una explosión aislada, aquí y allá, probablemente en los pueblos.

-Estoy cansada, mamá – suspiró la Feli.

-No puedo más – murmuró a su vez el chico.

-Vamos, niños, no lloréis – les contestó la madre -, que en seguida ya llegamos.

Pero los niños seguían llorando.

-Mirar – dijo Dorotea -, iremos un poquito más, y cuando veamos un árbol grande nos sentamos, ¿eh?, y así descansaremos a la sombra, ¿qué os parece?

-Bueno, mamaíta – dijo la niña, alentada.

-Bueno – repitió Lucito.

Dorotea lleva un hatillo al hombro. Cubriéndole la cabeza porta un pañuelo oscuro que, como el vestido, está manchado de polvo. Sus alpargatas están medio deshechas, y sus tobillos horriblemente hinchados.

Aquella mañana, muy temprano, había tenido una última conversación con su hermano, el cual le había vuelto a dar algún dinero, rogándola que no saliera del pueblo, y que si le amenazaba algo a él y tenía que salir corriendo, que le pasaría recado con la prima Teodosia. Y que tenía que estar preparada para ayudarle, y esconderle si hacía al caso.

Desde la Plaza de la Fuente Dorada se había dirigido la mujer al Paseo Zorrilla, al objeto de coger el coche de línea de Villalpando, que pasaba muy cerca de su pueblo. Pero se encontró con que lo había requisicionado el ejército rebelde para el transporte de tropas, y no le quedó otro remedio que volverse, caminar con los dos niños hasta la Estación de Campo de Bejar, y coger el tren de vía estrecha que llegaba hasta Medina de Rioseco, la cabeza de partido. Y desde allí emprendieron los tres la marcha, una caminata de unos diez kilómetros, hacia Tordehumos de Campos.

Por el sol se veía que era ya llegado el mediodía, y no habían hecho (calculaba Dorotea) ni una tercera parte del trayecto. Al cabo apareció a un lado un árbol verde umbroso. Se sentaron los tres a la sombra, a la vereda del camino, y Dorotea sacó un zoquete de pan del hatillo; lo repartió a bulto en tres pedazos, quedándose ella con el más pequeño, esperando que no se disputaran los dos otros los mellizos. Luego sacó una botella de agua, bebieron todos un trago, y una vez terminado el frugal almuerzo, los niños se durmieron en la escasa hierba que había bajo el árbol, y ella se recostó contra el tronco, contemplándolos, medio dormida.

Aunque eran mellizos, no se parecían en nada. La niña tenía la cara alargada del padre y el mismo cabello rizado y ojos verdes; y, como él, era delgada. Se había dormido abrazando una muñeca de trapo muy vieja que le había regalado Teodosia. El niño era Platero puro; tenía la misma cara redonda con pómulos salientes de Dorotea, y el mismo cabello de ébano; era algo más grueso que su hermana y muchísimo más bruto.

Al fin cerró los ojos la madre, y se quedó dormida. Cuando al despertar reanudaron la marcha, tumefactos y doloridos, el sol ya había empezado a ponerse en el horizonte. Le resultaba extraño verlo todo tan desierto, en tiempos de cosecha, con el grano ya maduro en los campos y las espigas llenas, a punto de reventar.

No llevaban media hora de trayecto cuando acertó a pasar en su misma dirección un campesino anciano en un carro que olía extraordinariamente a estiercol.

-¿Vas a Villabrágima, moza? – preguntó el campesino, parando la mula. Tenía una voz sumamente agradable, paternal.

-No, abuelo. Pero si nos quíe llevar, vamos a Tordehumos.

-Pues, hale, monta, hija.

-Gracias. Que Dios le bendiga, buen hombre – respondió Dorotea, ayudando a los mellizos a que entraran en el carro. Ella se sentó en la tabla que hacía de asiento al conductor. Este gritó a la mula, y según empezaban a rodar, dijo a Dorotea:

-Te llevaré hasta la salida de Villabrágima. Tordehumos no está muy lejos de allí.

-No se moleste. Usted vaya a donde tenga que ir. Muchas gracias de todas las maneras.

-¿Conoces ya Tordehumos?

-¿Que si conozco Tordehumos? ¡Conque soy de allí!

-¡Ah! ¿Eres tú de Tordehumos, maja? ¿De quién eres, pues? No me parece haberte visto nunca.

-Soy una Platero. Salí del pueblo ya hace tiempo. Por eso.

-¡Vaya! ¿De los Plateros de Tordehumos? Sí, hombre. Entonces ya caigo. Eres hija de don Manuel, seguro. – Y después de un momento de vacilación: - ¡Cómo no! Si fue aquello muy sonao.

-Sí, eso es – le atajó Dorotea -. Pues yo soy la segunda. Primero venía mi hermana Antonia, luego detrás de mi, Felicitación, Paloma, y el último un niño... Y no sé cuántos entre medias, pobrecillos. Creo que en total debió de dar a luz mi madre, quen paz descansa, nueve veces.

-Claro, claro – contestó el anciano pensativo -. ¿No os voy a recordar, Madre de Dios? Eráis todas muy jovencitas. ¿Y dices que había un niño también? Sí, muy jovencitas todas, ya me acuerdo. ¡Hay que ver, cómo pasa el tiempo! - dio un suspiro profundo según miraba a su acompañante; y fue solamente entonces que notó que tenía ésta el cabello cortado al cero. Se le crispó la cara, marcándosele aún más las arrugas como surcos -. Veo que te han puesto la mano encima – dijo, meneando la cabeza tristemente -. Vergüenza les debería de dar -. Se rascó la cabeza con un dedo por debajo de la boina, pequeña y polvorienta, que no llegaba a ocultar por completo su cabellera de plata, todavía abundante, a pesar de la avanzada edad -. ¿De qué te han acusado, hija?

-De nada, abuelo. Dicen que soy roja, pero no es verdaz. Al revés, yo nunca me he metido en política, se lo juro.

-Vergüenza les debería de dar – volvió a decir el anciano, escupiendo.

-Me han paseado por todo Valladolid – se lamentó Dorotea, con lágrimas en los ojos -, como si fuera un bicho raro, sólo porque mi marido es de la UGT ésa, que mal rayo la parta. Fíjese si no he sufrido. Y a él se lo han llevado sabe Dios dónde. – Según hablaba, iba excitándose más y más, y al cabo, escondiendo la cara entre las sayas, rompió en sollozos.

El campesino volvió a menear la cabeza con tristeza en el rostro, y luego dijo, no sin un tono de indignación: - Malos tiempos se aproximan. ¡Qué diantre! – Al cabo de un cierto tiempo, añadió, como para consolarla: - Vamos, hija, no te pongas así. Que todos llevamos nuestra cruz a cuestas -. Y le contó que tenía tres hijos casados y un yerno, todos fuertes como robles -. Y, mira tú – continuó, bajando la voz y mirando a los lados como si temiera ser oído -, a la guerra se los han llevado a los cuatro; para defender el dinero de los ricos; porque otra cosa no es. A

nosotros, bien, mira los campos como están. ¡Ay, qué ruina, Santo Cristo de la Encina! Y cuando más falta me hacían. ¿Quién recogerá el trigo este año si no acaba esto pronto?, ¿quién hará la trilla? Si no quedamos más que ancianos y mujeres en los pueblos. – Suspiró profundamente, y concluyó, filosófico: - Quiera Dios que termine esto pronto, gane quien gane.

-Eso es – dijo Dorotea, paseando su mirada por aquel inmenso desierto que era ahora su Tierra de Campos.

-Dicen que a quien se ayuda Dios le ayuda – continuó el anciano -. Pero aquí, a nosotros, ¿quién nos va a ayudar? Si no podemos hacer nada, los cuatro gatos que quedamos.

-Todas las cosas tienen remedio, abuelo – dijo Dorotea, tratando de concentrar sus pensamientos -, menos la muerte.

Ya había empezado a anochecer cuando entraron por el arco de Villabrágima, la vieja y firme iglesia de piedra a un lado, y los vencejos que volaban como en otros tiempos alrededor de la torre, veloces y bullangueros.

Al llegar a la salida del pueblo, Dorotea saltó del carro, despertó a los niños, que se habían quedado dormidos en el estiercol, y despidiéndose del hombre continuaron el viaje hacia Tordehumos.

-Si bajas a Villabrágima – le gritó el anciano -, no te olvides de venir a vernos. Preguntas por el Miguelón.

-Gracias, abuelo. Y usted ya sabe donde me tiene.

La distancia entre Villabrágima y Tordehumos es de apenas una legua; pero estaban los tres viajeros tan agotados, que casi no se podían mover. El traqueteo del carro le había dado a Dorotea un ligero dolor de riñones; en cuanto a los mellizos, estaban ahora tiritando, muertos de sueño y de frío.

Pronto se encontraron los tres en la oscuridad de la noche. Oyeron un par de veces el graznido de la lechuza, y los niños se pegaban a la madre, haciendo aún más penosa la marcha.

Llegaron al abrigo de madera y adobe que hacía de parador, vacío y silencioso a aquella hora, torcieron a la derecha, un camino blanco polvoriento. Se veía en las alturas la oscura silueta recortada de las casas y, por encima, la colina pelada del castillo, las pocas piedras que quedaban, negras en el gris azulado del cielo.

-¿Veis el castillo, hermosos? – preguntó la madre, tratando de darles ánimo; y su voz sonaba extraña en el silencio de la noche -. Pues ahí ya está el pueblo, un poquitín más abajo, ¿lo veis?

Los niños respondieron que sí que lo veían, contentos de oírla hablar, agarrándose a sus sayas cada vez que había un ruido de los campos, de manera que la pobre mujer subía la cuesta poco menos que arrastrándolos.

-¡Hala, vamos – les decía -, daros prisa!

CAPITULO 2

Así llegaron a Tordehumos. Llamaron a la puerta del tío Urbano. Les abrió Berenguela. Tardó ésta en reconocer a Dorotea, y una vez pasado el primer momento de indecisión, se llevó la mano a los labios y exclamó, ahogando un grito de sorpresa.

-¡Bendito sea el Cielo! Pero ¿qué te ha pasao, Doro, hija?

-Déjame entrar, te lo suplico.

-Anda, pos claro que sí. Pasa, hija, no faltaba más. Tu tío, ¿sabes?, acaba de irse al casino. Pero, si quiés esperarle, entra. ¿Cómo llegas a estas horas? – soltó el ama de llaves, un tanto nerviosa -. Es mejor que paséis a la cocina, mira tú, ¡qué sorpresa!

En seguida se dio cuenta Berenguela de la situación de completo agotamiento físico y moral en que llegaban los tres caminantes; pues era obvio que habían venido andando de muy lejos, escapando Dios sabía de qué peligros. Les hizo sentarse a la mesa, y les preguntó si querían tomar algo mientras esperaban por el dueño de la casa.

-Por el amor de Dios, Beren – rogó Dorotea -, sácales algo a los críos, y luego déjame que les acueste. Están muertos, muertecicos. Yo esperaré aquí al tío.

Sacó el ama unos chorizos y una hogaza de pan candeal, y mientras comían los mellizos, después de haber apurado un buen vaso de agua, relató Dorotea al ama una gran parte del calvario por el que había pasado desde el día del alzamiento militar, evitando hablar mucho del marido.

-¡Ay, Madre de Dios, Virgen Santísima! – exclamó Berenguela con muestras de genuino horror -. Hay que ver, qué cosas pasan. Si paece hasta mentira. – Emitió un suspiro, y añadió tristemente -: Doro, pués creerlo. No es que a mí mimporte, al revés, ya te contaré, hija. – Dio otro gran suspiro -. Pero no creo que deba ocultártelo. Ya sabes que tu tío es muy de derechas.

-Sí, claro, ya lo sé. ¿Pero qué tiene eso que ver?, ¿a cuento de qué me lo dices?

-Mira tú, ¿cómo no va tener que ver? Hablando pronto y claro, majina, no creo que le va agradar nada el que haigas venido.

-Pero ¿por qué? No soy una ajena..., y procuraré no haceros gastar.

-¡Ay! Si no es eso, Doro. ¿Es que no te das cuenta? Bueno, tú conoces a tu tío. Y tu estancia aquí, en esta casa..., bueno, pos que va creer que le pués comprometer.

-¡Comprometerle yo! Y ¿por qué? Si no soy nadie ni he hecho nada.

La anciana suspiró otra vez: - ¡Ah, tú bien sabes lo cobardón que es!

La joven cogió a su hijita en sus brazos, pues se había quedado dormida en la mesa. -Déjame que lleve a los mellizos - dijo, levantándose. La otra hizo un gesto, como diciendo "ya conoces la casa."

Cuando volvió de acostar a los pequeños, se aproximó Dorotea al ama, y agachándose delante de ella, en una actitud de tragedia, imploró entre sollozos y suspiros: - ¡Oh, tías que ayudarme, Beren! Tú que eres tan buena. Por el amor de Dios, dile que me deje, dile que me deje estar. Ya sabes que no tengo donde ir. Dile que ayudaré en los campos. He oído decir que escasean los mozos. Soy muy fuerte, ya me ves. Trabajaré mucho, te lo juro. Ayudaré a recoger la cosecha y luego trabajaré en la era. Y te ayudaré en la casa. De rodillas te lo pido, Beren. No me chéis a la calle, que no tengo donde ir, que no tengo donde ir... - estuvo derramando lágrimas un buen rato mientras la otra decía:

-Si no es eso, bobina. Si no es eso lo que hace más al caso.

-Mira, pues decirle que no comeré mucho. Me conformo con que coman bien los críos, que yo ya me apañaré como sea. Hazlo por ellos, que ya les has visto, qué angelicos son, por ellos te lo pido. Me mataré a trabajar, te lo prometo. Creeme, creeme, creeme... - se puso a dar gritos histéricos - ¡Díselo, díselo, Beren!

-¡Oy!, si yo ya lo sé, si lo sé quieres muy buena y muy trabajadora - dijo el ama -. Si ya te he dicho que no es por eso, mona. Si por eso tan contentos, tu tío el primero.

-¿Pues, entonces? - preguntó Dorotea, levantándose y yéndose a sentar en una silla.

-¡Entonces!. Si tu misma lo has dicho, Dorotea, que te han paseado por todo Valladolid como una miliciana. Calcula.

-No me importa, Beren, que me hayan visto. Que me llamen miliciana o roja o lo que quieran, no me importa.

-¡Otra! Pero a tu tío sí que le importa, ¿no sabes? ¿Es que no lo comprendes, boba, que naide se atreve a dar cobijo a naide, tal como está todo, y quen seguida te tomen por lo que no eres?

-Yo no soy nada, te lo juro, no soy roja. ¡Déjame, déjame estar, te lo suplico!

-Doro, si por mí pues quedarte. Ya pues crérmelo. Te lo digo de corazón. Es él, maja. Que parece que no quías comprender. Si es que tol mundo tiene un miedo espantoso. Ya verás, si llegas a quedarte, yo misma, lo que he sufrido... - (bajando la voz hasta que no era más que un susurro) -, si ni a mi misma hermana puedo recibir aquí. Ya te contaré.

Entre tanto Dorotea continuaba el llanto, murmurando: - Pero si yo nunca me he metido en nada, si yo no sé nada de política, te lo juro.

-Bueno, bueno, ya veremos. Deja que decida tu tío. Tú ya le conoces. Para qué voy a hablar más. Hoy por hoy es uno de los hombres más ricos del pueblo, y en seguida, ya sabes, vienen las envidias..., ya conoces a las gentes de Tordehumos. ¡Madre mía, lo que son las codicias en estas tierras! Y tu tío, por muy adepto que sea al nuevo régimen, no se siente seguro. Ya ves.

-¿A qué hora vuelve, pues?

-¡Ah, eso, maja! No tiene horas fijas. Hoy día las reuniones en el casino duran hasta las tantas de la madrugada.

En eso oyeron que Feli lloraba; se levantó Dorotea, se dirigió al dormitorio, y cuando volvió al cabo de unos minutos encontró que Berenguela había apagado la luz (don Urbano acababa de instalar la electricidad en su casa; y era uno de los pocos sitios del lugar en que la había.)

-Tengo instrucciones de no derrochar la luz – oyó que le decía el ama, a la cual casi no veía -. Siéntate, hija -. Estaba ella misma sentada en un banco al otro lado de la mesa, recostada contra la pared.

-Y tú, ¿qué vas hacer, pues? – preguntó Dorotea.

-¡Oh, no te preocupes de mí! Te haré compañía, si no te molesta.

-¡Jesús! ¿Por qué me iba a molestar? Al contrario.

-De toas las maneras – continuó el ama, tras un profundo suspiro -, yo poco duermo estos días. Si no sé lo que me pasa.

Dorotea se había sentado en una silla, separada de la anciana por la mesa, larga y maciza, que llegaba hasta una ventana abierta, alta y estrecha. Había salido la luna y sus rayos penetraban ahora en la habitación, produciendo una banda argentina resplandeciente sobre el hule que cubría la mesa. Contempló la joven por un rato la silueta del ama, la cual apoyaba los dos brazos en el hule como una esfinge. Si no hubiera sido por los suspiros que salían de cuando en cuando del pecho de la anciana, habría jurado que ésta dormía, tan quieta y silenciosa estaba.

Pensó que en su juventud Berenguela debía haber sido muy bella, a pesar de su nariz, que resultaba ahora un tanto aguileña. Venía de un pueblo de al lado, y había entrado al servicio de los Jiménez cuando todavía vivía la señora; más tarde, cuando se quedó don Urbano viudo, ella pasó a ocupar el puesto de ama de llaves. Joven, fuerte y siempre muy decidida, en seguida se puso a cargo de todo: escogía la comida y la bebida del amo, le lavaba y planchaba la ropa, que ella misma seleccionaba para él, controlaba la bodega y la despensa, ordenaba a los mozos como una señora, y aun había habido algunos en el pueblo que decían que se hacían mutuamente compañía en la cama, ama y señorito, especialmente en las largas noches frías de invierno.

Pensando en ésta y otras cosas, una como nebulosa fue formándosele en los ojos a la joven, que, aunque al principio combatió el sueño heroicamente, terminó echando una cabezada; se espabiló, y volvió a echar otra cabezada, luego dos seguidas, y finalmente se quedó dormida. La despertó el canto de un gallo, y abrió los ojos asustada.

El color argentino del hule en la parte bañada por la luz de la luna contrastaba con los negros bordes de la mesa, a cuyos lados se veían las oscuras siluetas de las dos mujeres. En el medio de la mesa había una botella, proyectando una negra sombra alargada en la blanca superficie del hule. Según avanzaba la noche, la banda de luz iba desplazándose hacia donde estaba Berenguela, y al cabo aparecieron en la trayectoria de la luna dos manos crispadas huesudas, las uñas clavadas en el hule.

De pronto oyó Dorotea como un susurro lejano, muy triste. Si no hubiera reconocido la voz del ama, habría creído que era alguien otro, ajeno, que hablando estaba.

-Ha sido terrible también por estas tierras.

Y del pecho de la anciana salió un gemido: su cuerpo sin embargo seguía inmóvil.

-Veinticuatro han muerto en este pueblo. Ya ves, un pueblo donde todos somos medio parientes. ¡Veinticuatro asesinatos en veinticuatro horas!

La joven sintió un escalofrío; apretó bien las rodillas, que se le habían puesto a temblar alborotada, incontrolablemente.

-¡Ay, que triste, Madre de Dios! – prosiguió la anciana en el mismo tono -, y ni siquierapués hablar de ello, te tomarían por roja. Y en los otros pueblos, ¡Angel de la Guarda!, los que se han llevao también. – Y volvió a repetir -: ¡Veinticuatro asesinatos en veinticuatro horas!

Dorotea recordó aquel día dieciocho y los que siguieron: la Casa del Pueblo, los crímenes de los facciosos, el ‘paseo’ con su prima Zita por las calles de Valladolid, el sufrimiento que había sentido en su propia carne; le ardía el pecho, un malestar que le venía de lo más profundo de su ser. “Tengo fiebre,” se dijo, sintiendo una tiritona tras otra.

Salió un nuevo suspiro del pecho de Berenguela, y luego el mismo susurro triste, lejano, patético. - ¿Te acuerdas del Crespo, hija, uno de los labriegos del señor marqués? Vivía ahí enfrente, mujer, por eso. Si te tiés que acordar. ¡Ay, Virgen Santísima, Madre de Dios, Abogada Nuestra, y lo que hicieron con él, pobrecico! ¡Si esto es tentar a Dios! ¡Oh, Señor, no somos dignos...! (se oyó el silbido de una oración.)

Trató Dorotea de rezar también, mas no acertaba a concentrarse; se sentía débil; todo se le iba; le daba vueltas la cabeza.

-Una noche – prosiguió el ama, alzando la voz – me despertaron como unos gritos que llegaban de la calle; me acerqué a la ventana, abrí un poco el cuarterón, y vi una cosa horrible: lo estoy viendo todavía; por más que hago no lo puedo olvidar. En un carro, de esos que se usan pal estiercol, había una docena de hombres atados, algunos postrados de hinojos, como si estuvieran rezando, fíjate. – La voz quebrada de la anciana rompió en lamentos y sollozos - Doro, como me lostás oyendo, soy católica y buena como el primero, y nunca me he metido en política. Es más, odio a la república y todo eso del socialismo como no sabes, ¡que me caiga aquí muerta! - Movié una mano, para secarse una lágrima, y en seguida volvió a su anterior inmovilidad -. Mira, sin más decirte, que cuando las eliciones esas (que son las que nos han traído toas las desgracias) yo voté por Gil Robles y la Ceda, y siempre por las derechas, eso lo saben todos, ¡menudo es tu tío! – apretó las encías antes de proseguir: -Pero hay cosas, mira tú, hay cosas que ya pasan de castaño oscuro, de veras, y, ¡quel Señor me perdone! Algo había que hacer, ya lo sé, si eran republicanos. Pero tamién, matarlos así.

-¿Los mataron porque eran republicanos?

-Sí, hija. Porque otra cosa no eran. Bueno, diz que si algunos eran socialistas; pero el pobre Crespo, ¡si no era nada! Ya ves, ¿qué podía haber sido un pobre labriego? Si no sabía ni leer ni escribir. Y con cinco hijos, ¡ay madre, madre! Más valdría, por los niños, que no se metieran los padres nunca en nada, y no traer estas desgracias. Cinco huérfanos, ahora.

-Pobres criaturicas, ¿son jóvenes?

-Sí, mujer. Si el mayor no tié ni diez años. Si vivían ahí al lado, ¿no te lostoy diciendo? Que le he conocido al Crespo de toda la vida. ¡Ay! ¿Quién le mandaría meterse así en nada, con cinco angelicos? Es verdaz que dicen que si don Hernando daba sueldos de hambre. Pues ¿qué le vamos hacer? Si no hay más que ponerse en las manos de Dios, y ya vendrán tiempos mejores. Además, como tu tío dice, ¿quién puede pagar más hoy día como están las cosas? Si está todo muy mal, Doro, que te lo digo yo. Y las tierras, como él dice, que no dan nada. Lo que hay que hacer es trabajar más, y dejarse de protestar. Y si no, tú dime a mí, ¿qué iban a saber el Crespo ese, pobrecico, y otros como él, si son unos simples patanes, que nunca han ido ni a la escuela? ¡A qué meterse a pedir más! Infelices, si se dejan que les metan otros los perros en danza, que otra cosa no es. ¡Ay, dejarse enzarzar así! Bobos, más que bobos. Te digo que todo este sufrimiento nos lo ha traído la república. Eso es lo que la debemos, tantas eliciones y esas cosas. A mí, denme la ditzadura cien veces, que no estas repúblicas y estas guerras.

Dorotea iba a decir que sí, que eso era lo que pensaba ella también, y que la república no había traído nada bueno. Abrió la boca y titubeó una palabra o dos. Y se calló de repente, sin saber cómo seguir: le faltaba el aliento, no le salían las palabras. Tal vez estaba muy cansada y su cerebro no le daba para más; o quizás era otra cosa, un sentimiento más profundo de lo que ordinariamente sentía, algo que le decía, habituada como estaba a aguantarlo todo, que tenía que rebelarse: ¡Basta!, ¡ya basta!, ¡ya basta de dejar que sólo el instinto trabaje! ¡Piensa!

La otra continuó su irregular discurso: - Y que nos devuelvan a nuestro Rey, que él nos dé muchos años de paz y de tranquilidad. No sabes, es todo castigo de Dios lo que está pasando. Que Dios castiga sin piedra ni palo. Pero mira tú, también... ¡Matarlos así!

-¡Qué de sufrimientos! – comentó Dorotea.

-Y que lo digas. ¡Para volverse una loca! Atiende, mujer, que te lo cuento todo. Verás. Venían todos armados hasta los dientes, lo menos diez, la mayoría forasteros; o al menos yo no los había visto nunca; ¿no te estoy diciendo que ocurrió ahí al lado? Pos mira si los vería bien la cara. Falangistas, boba. Para mí que venían de algún sitio. Venía con ellos el Celestino, que ése sí qué es un bicho malo de los nuestros. ¿No te toca a ti nada el Celestino, hija, verdaz?

-No, no creo. Bueno, es un poco pariente, por parte de mi padre, pero ya lejano, casi nada.

-Pos mejor así, Doro, porque ése es muy requetemalo. Pero es mejor callar, que no quiero líos, y las paredes oyen.

-No, si yo no le he vuelto a ver. Además, por mí..., calcula.

Durante algunos segundos volvió a reinar el silencio. Parecía que se había quedado dormida el ama. – Pos, como te iba diciendo – prosiguió ésta al cabo -, lo vi todo desde mi ventana. No pude remediarlo. Los falangistas llamaron a la puerta, y alguien preguntó: ‘¿Quién es?’ Y entonces el Celestino que va y le contesta: ‘Soy yo, Crespo, majo. Abre, que no te pasará nada.’ Fíjate, Doro, qué falso. Llevaba ya la camisa azul, que no se la ha quitao desde entonces, parece que duerme con ella y todo.

-Sabes, Doro – prosiguió después de un rato -, el Crespo ya no volvió a hablar. Fue la María la que contestó, acobardada ella: ‘¿Qué qués, Celestino? ¿Por qué buscas a mi marido?’ Te digo que sentí como si mestuvieran agarrando el corazón con unos yerros, no sabes. No acertaba ni a respirar, te lo prometo. Una congoja así... – (tocándose el pecho) -. Pos he conocido a la María, chica, desde quera así..., y se podía ver por la voz que ya sabía a lo que venía el Celestino. ‘¡Abre o tiramos la puerta!’ se oyó un grito. Y de pronto se abre la puerta y aparece el Crespo, blanco como una mortaja. ‘¡Monta en el carro!’ le chilló uno de los forasteros, que eran todos falangistas, ya te lo he dicho. Y entonces la María que empieza a dar gritos, unos aullidos, chica, espeluznantes, que parecía que le habían entrao todos los diablos del infierno en el cuerpo, ¿no sabes? ‘¡Ay, dejármelo!’ chillaba, pataleando, mordiendo al que venía a sujetarla, ‘¡dejarle conmigo!, ¡dejarle conmigo qués mi marido!, ¡no os lo llevéis!, ¡no le llevéis al carro, no, no, no! ¡Por María Santísima, no os lo llevéis!’ Y ellos que se lo llevaban, muerto ya de miedo, con los del carro. ‘¡Celestino, Celestino, tú le conoces!’ gritaba ella, deshaciéndose del abrazo con que uno de ellos la atenazaba. ‘¡Si no ha hecho nada, si no ha hecho nunca nada, Celestino, tú lo sabes!’ Te digo, Doro, chica, que era horrible oírlo. Y ya ves, a los gritos se despertaron los pequeños, cinco criaturicas, que salieron a la puerta y todos se pusieron a llorar, mientras que se alejaba ya el carro

hacia el cementerio. Y a la madre la dejaron sangrando por tierra, retorciéndose y dando unos gritos desgarradores.

Dorotea exhaló un largo suspiro, inmóvil, aterrada.

-Y así se llevaron a los veinticuatro. Los buscaron, dicen, uno a uno, y... ¡al carro! Tanto muerto, madre, en un pueblo como éste. Contra el muro del cementerio, ahí junto a la ermita, no sabes. Pos allí los fusilaron; que lo oímos todos. –Hizo una pausa -. ¿Doro, te acuerdas de los Ponces, qué mozos y qué guapos eran los tres?

-Sí, sí que los recuerdo. Su padre era todo un señor, muy amigo del mío.

-Pos se cargaron a los tres, ya ves, tan listos y buenicos que eran. Y el pequeño un niño, apenas dieciseis años.... Sólo porque el padre, que ése sí que era republicano, había muerto (que ya sabrás que murió de cáncer esta primavera.) Pos va el Celestino y les dice con guasa: ‘¡Hala! Los dos mayores por rojos; y a éste nos le llevamos en lugar del padre, que merecía la horca por bandido.’ Ya ves tú, que juegan hasta con la muerte, que eso es la Falange, ¡válgame Dios!

-Pos a los tres les mataron – volvió a decir Berenguela tras otra pausa -, que su madre se volvía loca a repetir: ‘¿Los tres? Se han llevado a mis tres hijos. ¡Oh, Jesusito, Jesús Crucificado! ¿Por qué no me dejaste al menos uno? Tan guapos y buenicos que eran todos;’ Y así lleva, la pobre, una semana entera, día tras día, hora tras hora, que ni sé cómo aguanta; que la han visto que va por ahí como loca, chillando; y aunque la amenaza la guardia civil (¡que dicen que la dan una de palos!), pos ella como si nada.

La banda de luz que bañaba la mesa se había deslizado tanto hacia su lado que se veían ahora por enteros los brazos del ama. Un vaso de vidrio había aparecido resplandeciente a la luz de la luna. Por el contrario, la botella estaba ahora en la oscuridad de ceniza reinante en el resto de la habitación. Berenguela extendió un brazo, agarró el cuello de la botella y se sirvió un vaso de vino. Bebió lentamente, saboreando cada gota.

-¡Qué espectáculo, Santo Cristo de la Clemencia! – murmuró sordamente -. Yo no he visto cosa igual, ¡veinticuatro cadáveres, y uno de ellos el de una joven! Pensar que en ese horrible montón ensangrentado yacía el cuerpo casi desnudo de una mujer. Era la maestra de párvulos, ¿no sabes?, que la había hecho venir de Palencia tu primo Domi, quen paz descanse, que deso sí que no hay que quejarse de la república, y que Dios me perdone.... Era tan guapa, y lista como una ardilla. Y tan jovencica. Hay que ver lo que traen las guerras. La fusilaron, hija, como a los demás. Y no sé qué de diabluras la harían denantes, tan hermosa que ella era, que dicen que el Blasito uno de ellos. Ya ves, un mocoso que no tendrá ni dieciocho años, ya ves lo salvajes que son.

Al oír de repente el nombre de su primo Domi, se había puesto Dorotea a temblar como el azogue. – ¿Luego mataron a mi primo también? – preguntó.

-¡Y cómo! Fue su hermano, hija, tu primo Jaime Platero, quien se encargó de ir a buscarlo, y lo arrastró hasta el cementerio, que venían con él seis falangistas. ¡Ay, Virgen de la Merced, cómo estropea la política a la gente, qué lástima! Y pensar que eran... pos como tus mellizos, igualitos..., no, aún más, que gemelicos eran, que era una gloria verlos siempre junticos de pequeños, tan iguales. Ya ves cómo son las cosas; que la política no trae nunca más que odios y rencillas. Y entre hermanos, ¡qué pena! - Agarró de nuevo la botella, se sirvió otro vaso, y cuando acabó de beber, dijo, a manera de explicación: - Tanto hablar, chica, que me ha entrao una sed. Perdona que no te haiga ofrecido. Sírvete un vaso, si quieres.

La joven no se movió ni dijo nada. Estaba con los codos en la mesa, mordiéndose las uñas muy nerviosa. - Beren - preguntó, aprovechando que la anciana hacía otra vez una pausa -. ¿Te acuerdas de Justino, aquél que fue mozo del tío hace años? Era amigo de Domi, por eso.

-¿Cómo no me voy a acordar? - le atajó la anciana -. Mira, pos ése no cayó; que fueron a por él en seguida y parece como si el diablo en persona le hubiese avisao, no sabes. Que sí, mujer, que escapó el muy bicho; que encontraron a la madre bien solita y la dijeron que la iban a fusilar, y ella que no sabía y que no sabía. Hay que ver la de palos que la dieron. Pero él, hija, pos que se les fué, el muy dañino; que como yo digo, bicho malo no muere.

-Pero ¿no le buscaron por ahí?

-¿No testoy diciendo? ¡Anda que si le buscaron! Debajo de las piedras lo buscaron; pero como si nada. Y éste es el día que naide ha sabido dar cuenta de él: como si se lo hubiera tragao la tierra. Que dieron parte a Rioseco y a los pueblos de por aquí, y en ningún sitio pareció.

Dorotea volvió a suspirar, pensando en el primo asesinado. - ¡Pobre Domi! - exclamó.

-Pos mira, chica, amigo íntimo del que escapó, como tú has dicho; que no se debe ajuntar una con tol mundo, sabes. Quen seguida te contagian y en luego tos te llaman roja, ¿no lostás viendo? Que, como yo digo, que pagan justos por pecadores. Aunque malo también debió de serlo tu primo pa que lo mataran así.

-¡Uy, Domi malo, qué mentira!

-Pos ya ves el fin que tuvo. Si no era malo venga Dios y véalo. Que fue tu primo Jaime, hija, su propio hermano. Sí, él fue quien lo acabó. Que como no quería ponerse con los brazos en cruz, allí en el cementerio, se los clavaron a la tapia, por fuerza, con dos puñales, ¿no te das cuenta? Y él mismo disparó su pistolón.

-¿Jaime?

-Tu primo Jaime.

Volvió a oírse el canto de un gallo, esta vez muy cerca, bajo la ventana. Y luego el cacareo de las gallinas, como si se hubiera puesto el corral entero en ebullición. Había empezado a amanecer, y en lugar del resplandor de la luna, había invadido la cocina una especie de niebla gris azulada.

-A decir verdad, yo no lo vi – prosiguió el ama su discurso -; quen esos momentos, cada uno en su casa y Dios en la de todos, ¿no sabes? Pocos fueron los que lo vieron; y ya sabes, la boca cerrada como una cremallera. Pero a mí me lo contó mi hermana, ya te diré..., que lo que ha sufrido ésa tamién... sí, su marido. Pero calla, Doro, no vayas diciendo por ahí que yo te he conta nada, ¿eh?

-Sigue, por favor, que yo no abriré la boca.

-Pos que su esposa, ¡ay!, ¿cómo se llamaba la mujer de Domi?

-Isabel.

-Claro, mujer, Isabel. Si la conocí muy bien. Muy guapa ella, y muy sana. De Santander creo que era. Pos ya pués imaginártelo, ¡cómo gritaba la pobre! Que al principio no parecía sino que se hubiera vuelto tonta, tontica. Vamos, que no podía creérselo. ‘¡No le hagas daño, no le hagas ningún daño, Jaime, que no ha hecho nada!’ chillaba. ‘Y que es tu propio hermano.’ Pero él, hija, como si nada. Ya sabes que tu primo Jaime tiene un corazón de piedra; muy correcto y muy justo, eso sí, pero a duro no le gana naide. Pos, chica, que dicen quen seguida se puso como una fiera: que él no era hermano de ningún rojo, y que no quería ni oírlo, que merecía la muerte por comunista. Que tú ya sabes que don Jaime es muy de derechas.

-Y a Isabel, ¿qué la hicieron?

-Pos había salido con su pequeño corriendo, que todo lo había presenciado, ¿el hijo, no sabes?

-Domicianín.

-Ese, que no tendrá ni cuatro años. Pos ése. Ques hijo único, ya sabes. Y que su madre quería llevárselo pa que no lo viera, ¿no sabes?, cuando comprendió el horror de todo aquello, y ellos la retuvieron, y el niño lo presencié todo; su padre allí clavado en cruz y su madre aullando como una poseída. Tu primo Domi ya sólo abrió la boca pa pedir que no les hicieran daño a esos dos seres queridos, que a él no le asustaba la muerte, pero que mirase por su esposa y el niño, que se lo pedía por la memoria sagrada de sus benditos padres.

-¡Ay, ay, ay, cómo se puso don Jaime cuando el otro mencionó a los padres! – continuó Berenguela, después de haber apurado una última gota del vaso -. Dicen que le pegó una patada en la boca. Que yo, como té dicho, no estaba allí. ‘¡Cállate, rojo, más que rojo!’ me han dicho que le gritó. ‘¡No ensucies la memoria de esos espíritus santos mencionándoles! Y al instante acabó con él.

Dorotea dio un grito apagado de horror.

-Perdóname, hija. Estoy hablando hoy más de la cuenta. Que Dios me perdone.

-Y ¿a Isabel y al niño, qué les pasó?

-Se la llevaron aquella misma noche por la fuerza; que dicen que murió del disgusto, la pobre; unos que si se suicidó, y hay quien dice que la violaron. El Blasito, no sabes, que se quedó solo vigilándola, mientras los otros corrían a otros pueblos, ya ves, un mierda de dieciocho años. Lo que sí que sé es que nunca más volvió a saberse de ella. Al niño lo tomó don Jaime; aunque su hermana, doña Angeles, tu prima, se lo disputa, ¿no sabes? Por la herencia, boba, pos otra cosa no es. Porque ese crío no durará mucho, y si no, al tiempo. Hay que ver cómo va desde aquel día por ahí, angelico, que no paece sino que le han entrao los demonios en el cuerpo, siempre lleno de mocos y revolcándose por tierra, vomitando que da pena; y hasta que da ladridos como los perros, no sé como lo llaman. Pilesia o algo así.

CAPITULO 3

Acababa de rayar el alba cuando emprendió don Urbano el camino de vuelta al hogar. Su cara, un poco abotargada, daba muestras de un gran cansancio. La redondez y el color un tanto rojizo de esa cara, el pelo cortado al cepillo y su larga perilla de plata, le daban desde lejos un aspecto fabuloso de enanillo del bosque, cuanto más que su abultada barriga, claros calzones y apretadas botas de montar, le hacían parecer más pequeño de lo que en realidad era.

Había pasado una noche en el casino de los ricos, a la vez fructuosa y horrible, discutiendo de tierras y dinero con don Jaime Platero y otros dignos picatostes de la aldea. Entre los hombres que habían sido asesinados a raíz del alzamiento militar, había algunos pequeños propietarios cuyas parcelas irían naturalmente a las viudas e hijos, según los cánones del código civil. Pero como éstos no eran más que un atajo de rojos, como lo habían sido los difuntos, no era cuestión de dejarles que cultivasen sus tierras. En resolución, que habían determinado, don Urbano y sus comparsas, que las parcelas se juntarían en varios lotes que serían puestos en subasta pública, para que, con el dinero que se sacase, se socorriera cristianamente a las pobres viudas miserables y sus aún más miserables vástagos, marcados ya para siempre con el apelativo de hijos e hijas de rojos.

Hasta aquí todos habían estado de acuerdo. Donde las cosas ya se complicaron un poco, haciendo que estos dignos hombres de derechas se pusieran a discutir y a lanzarse improperios unos a otros como incultos arrieros, fue en la distribución entre sí de los diferentes lotes; pues no era cuestión de dejar que don Urbano (o don Luis, don Jaime, don Alonso, etc.) fuera a desistirse en la subasta en favor de tal o cual de ellos cuando esta o aquella importante parcela estaban en juego: todos querían las mejores para sí, naturalmente, por las cuatro perras que iban a pagar por ellas.

Lo echaron a suerte, y como ninguno quedó satisfecho, continuaron discutiendo, calculando, haciendo nuevos lotes, mangoneándolo todo. Luego, cuando ya parecía que se había calmado el cotarro, vino el señor alcalde (que lo era a la sazón don Jaime Platero) y sacó una nueva colación. No quería que las tierras del difunto Domiciano Platero fueran a la subasta: esas tierras le pertenecían por derecho propio, pues formaban parte de lo que había sido el patrimonio de su difunto padre; y, además ¿no era él el tutor de Domicianín, su sobrino?

Pero su cuñado, don Luis Henríquez, se lo disputaba: eso de la tutela no estaba todavía resuelto. A él le correspondía esa tutela, por estar casado con la hermana mayor del difunto, doña Angeles Platero.

Cuando al fin se terminó la reunión, el señor alcalde invitó a don Urbano a que viniera con él a su casa; y allí continuaron hablando por un rato los dos solos. Don Jaime se lamentó de que Luis fuera así, que no pensaba nada más que en el dinero y en las tierras, ¡ambicioso! Y que por eso se había casado con Angeles. Menuda liebre era ella también, ¡qué mañas! No se había jamás preocupado por el sobrínico, y ahora salía con ésas, sacando a relucir lo de que era la hermana mayor.

A buenas horas mangas verdes. Mucho que le importaba a ésa el bienestar del sobrino. Esa lo que iba era tras las tierras. ¡Si no la conociera! Ya sabía don Urbano (dijo) lo que son las envidias en los pueblos. Todos un atajo de interesados y ladrones; pero no le importaba; que no se saldrían con la suya, pues la avaricia rompe el saco, eso siempre se había dicho.

-Mira – le respondió don Urbano -, hazme caso y sigue mi consejo; que podría ser tu padre, y más sabe el diablo por viejo que por diablo. Tú bebe tu vino y deja el agua para el molino, que los refranes siempre trabajan, y yo al menos eso es lo que pienso hacer. - A continuación le hizo saber al alcalde, muy cortésmente desde luego, que él no quería meterse en líos de familia; que en lo que no va ni viene, pasar de largo es cordura. Que eso ya se sabía, en los pueblos las disputas no terminan nunca.

-Claro que si buenamente pudiera servirte – concluyó, echando según era su costumbre una de cal y otra de arena -, pues trataría de ayudarte, cómo no. Que tu sobrínico es tu sobrínico, y cuando se trata de ayudar a un amigo, a mí no me duelen prendas. Si no, al canto. Bien sabe Dios que, como vecino y amigo íntimo que fui de tu padre, más interés tengo yo en ayudarte que otra cosa. Que a mí ese Henríquez no me toca nada.

-Pues eso – dijo Platero -, y Angeles lo mismo. Tal para cual. Que viven en Rioseco y ¿a qué van a llevarse allí al pequeño?

A lo cual respondió Jiménez, para sembrar un poco de cizaña, que eso no; que lo mismo estaba el niño aquí que allá. – De todas formas – dijo -, sí que parece que los dos le quieren al niño, que el mismo Luis me lo ha jurado. Ese amor es genuino. Y, en todo caso, Angeles es la mayor. Esa es la verdad.

Al oír esto don Jaime Platero explotó, diciendo que no era cuestión de saber quién quería y quién no quería al pequeño, o lo de la tutela de mierda; de sobra sabían esa harpía y su esposo que el chiquillo no iba a durar. No había más que mirarle a la cara: un año o dos, eso es lo que le daba él de vida. –Verás como no me equivoco – concluyó, cayéndose agotado en una silla.

Don Urbano se sentó junto al amigo, y le dijo (como para apaciguarle) que sí, que ya lo había él notado, que no sabía qué le había pasado, pero que de un tiempo a esta parte estaba el angelico que era una pena. Un año o a lo más dos.

Finalmente dijo Jaime sin ambages que Urbano tenía que estar con él, que los amigos eran para las ocasiones. – O somos o no somos – dijo -. Mira, te venderé, a cambio, la bodega que he heredado de mi tío Eduardo. Y si, al caso viene, te la regalo. Vamos a cortar por lo sano. (Se trataba de una bodega que don Urbano Jiménez, que pasaba por vinatero en la comarca, le había estado pidiendo en vano por lo menos desde hacía un año.)

Con el pensamiento puesto en la bodega, salió el anciano a la calle cuando todavía dormía todo el pueblo; anduvo un rato por las solitarias callejas, cubiertas en parte por una ligera bruma matinal. Llegó a la Calle Real, pasó por delante de la casa ancestral de los Plateros, donde se hallaba la codiciada bodega, una casa de

adobe de dos pisos, con un arco de piedra, y escudo grabado en la piedra del que nadie conocía el origen.

“Con el majuelo del castillo,” pensó, contemplando extasiado una pequeña ventana semicircular que se abría a ras del suelo, “lo que podría yo hacer con esta cueva.”

Dio una patada con la punta de la bota a la reja, que estaba cerrada con candado. “Está firme,” se dijo vagamente. Y siguió adelante, dando un resoplido de satisfacción.

Cuando ya se aproximaba a su propia casa, se paró en seco, sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco y, después de haberlo observado por unos segundos, dio media vuelta y se fue a ver las tierras que habían sido objeto de discusión la pasada noche.

Llevaba las manos en los bolsillos, sacando bien la barriga, enseñando un chaleco negro cruzado por la masiva cadena del reloj, y las botas de montar tan apretadas que hacían parecer raquíticas unas piernas que en realidad eran rollizas; con su brazo derecho apretaba contra el costado un bastón de puño de marfil, que siempre llevaba consigo aunque más bien lo utilizaba sólo como adorno.

Salió el hombre al campo abierto cuando ya subía el sol en el Oriente despejando la bruma, y haciendo aparecer un cielo hermoso azul, aunque sentíase todavía el relente de la noche. Se paró, y con el bastón a la espalda, entre las manos, contempló las tierras labrantías, que se extendían ante su vista en aquella hermosa inmensidad; tierras pardas o amarillas, a sus pies, pues se había subido a un alcor, por la parte del castillo. Todo era silencio, excepción hecha de la algarabía de un centenar de gorriones en la copa de un chopo vecino, y que no alteraba en lo más mínimo la hermosa tranquilidad de la mañana.

Fue bajando poco a poco al llano. En aquella parte todo eran parcelas, todas o casi todas muy trabajadas. Vislumbraba la ondulante superficie, aquí y allá, de los sembrados, con la mies ya cayéndose de las espigas en algunas de las parcelas; otras ya segadas, dejando a la vista los rastrojos; y otras pocas, que ni siquiera habían conocido este año el arado, invadidas de maleza y de pedruscos. Más lejos, las grandes extensiones propiedad del marqués, en barbecho desde el principio de la república.

No perdió, sin embargo, el tiempo don Urbano en contemplaciones estéticas o en filosofías. El en seguida a lo suyo: a calcular el valor de las tierras. Examinó, una a una, las parcelas objeto de tan acalorada discusión en la reunión del casino, sopesando bien los pros y los contras de unas y otras; pasándose un buen rato aquí, haciendo alto allá; luego dando marcha atrás, decidiéndose por ésta, ésa o aquélla; para en seguida cambiar de parecer, y volver a empezar. “A ver,” se dijo, “ésta no es mala parcela, dos obradas. Aquélla en cambio no vale: muchos cantos; me destrozaría el arado en dos días. Y esa otra, demasiado pequeña, ni media obrada, no me haría ningún avío. ¿A qué sirve? Tendré que acordarme de todo.”

Volvió a dar marcha atrás. “Buena tierra ésta. Pero un poco lejos de la era. Podría ocasionarme más trastornos que otra cosa. Aquella de arriba me conviene más. Claro que sí. Un poco seca, ¡caramba! Nunca le hizo nada la lluvia, ahora me acuerdo, salvo arrastrar el abono al campo del vecino. No, ni regalada. Y aquélla, lo mismo, que luego, cuando llueve, se me va la simiente al llano; que me ha pasado varias veces con otras mías; y el gato escaldado del agua fría huye.”

Se acercó a una parcela rectangular, tan pequeña y recogida que más parecía un redil para marranos que otra cosa. Sin quitarse el sombrero, dobló el espinazo hacia tierra, cogió un puñado que dejó deslizar suavemente entre los dedos, una tierra negra, riquísima; y se quedó un buen rato pensativo. Ya estaba muerto el labrador que había trabajado esa parcela: **todos** estaban muertos; pero a éste le había querido él mucho: había sido su criado hacía una decena de años.

“Pobre Pepe,” se dijo para sus adentros, “sabía trabajar la tierra. ¡Qué lástima de hombre! ¿Para qué se metería así donde no le llamaban?”

Ya empezaban a verse en lontananza algunos labriegos caminando entre los sembrados, hombres de edad; los conocía bien. Iban acompañados de algunas mujeres, jóvenes y ancianas.

“Tendré que mandarle a Berenguela que salga un poco al campo,” musitó. “Estos malditos me han llevado todos los criados a la guerra.”

Pensando en Berenguela, y en el trabajo de los campos, las imágenes más tristes le vinieron de repente al pensamiento. Se llevó unos dedos gordiflones al cabello, debajo del sombrero, y estuvo así mirando hacia los campos con ojos saltones, resoplando angustiado; la cara se le llenó de papos y arrugas, y el colorado pescuezo estuvo a punto de reventar el botón superior de la camisa, que no llevaba cuello.

“¡Ah!” suspiró, “si el Buen Dios me hubiera dado al menos un hijo. Tal vez debí casarme de nuevo.”

-¡Que hay, Urbano! – oyó una voz clara, aunque distante -. ¿Qué cuentas anda ustez echando, paisano?

Se volvió, como cogido en flagrante delito. Al principio le confortó ver que sólo se trataba del corcovado Antón, el cual se hallaba en medio de su rebaño en un campo baldío, al otro lado del camino que conducía al pueblo. Pero en seguida le fué hirviendo la sangre, y su cara se puso otra vez apoplética. ¡Pensar que un idiota así le hubiese dirigido la palabra! ¿Echando cuentas, eh? ¡Maldito!

-¡Ea! – gritó - ¿A santo de qué me diriges la palabra así? ¿No te ha enseñado nadie urbanidad, hogazán, más que holgazán?

-Hombre, ¡como le veía tan calculador! – chilló el otro.

-Y ¿es que, por si acaso, tengo yo que darte razón de si echo o no echo las cuentas? ¡Buena la haríamos!

Por toda respuesta soltó el cabrero una carcajada y, dejando ahora el rebaño al cuidado del perro, se acercó despacito, doblando el cuerpo a un lado, al otro.

-¿De qué te ríes, desgraciado? – preguntó don Urbano -. No, si cuando yo digo... - Estuvo a punto de soltarle que deberían haberlo hecho fusilar por rojo, a él también; pero se calló de repente: después de todo, la guerra aún no había terminado, y a saber lo que podía todavía ocurrir. “La palabra es plata,” se dijo, “pero el silencio en estos tiempos vale más que el oro. ”

Antón siguió acercándose, apoyándose en el cayado, sujetando con la otra mano una ligera manta que le colgaba del hombro. Llegó tan cerca del otro que casi se tocaban los dos cuerpos.

-Somos viejos, Urbano, coño – susurró -. Estamos ya marcados por la guadaña, los dos, ¿no lo sabe?

-No toques, que infectas – le dijo el otro, apartándose -. Y ¿quién te ha dicho que me quites el título, eh, mostrenco?

-¡Ea pues, **don** Urbano! – respondió el cabrero, echándose una mano a la cabeza -. Y si quiere me quito la boina también.

El terrateniente le contestó, con desprecio: - Eres tan imbécil que todavía no ves la diferencia de clases.

-¡Estamentos, don Urbano! Que así es como dice el cura. Aquí tú, aquí yo. Esto es tuyo, esto mío, y así toda la vida. ¡Bah! ¿Es que no se ha dao cuenta, a su edad, que se llena antes el papo que el ojo. Vuelvo a decirle que a qué viene contar tanto las parcelas. ¿Pa qué queremos más tierra? Si no nos la podemos llevar al hoyo. Al revés, es ella la que a la postre nos tragará a todos.

Don Urbano iba a sacudirle con el bastón; pero ya el otro se apartaba diciendo: - A ver si no: un bujero de una arroba o dos pal cadáver es todo lo que necesitamos. – Y, sin esperar más, se alejó el corcovado llamando al perro, que había estado todo el tiempo manteniendo las cabras a raya.

CAPITULO 4

Unos momentos más tarde entraba el terrateniente en su morada, sin sospechar en lo más mínimo que le esperaba una desagradable sorpresa. Lucito y Feli acababan de levantarse de la cama y estaban en esos momentos corriendo por la casa como dos torbellinos, entrando y saliendo por las puertas de salas y alcobas como si tal cosa, la estancia de su tío abuelo incluida. Fue lo primero de que éste se apercibió al entrar, los gritos y las risas de los dos niños, procedentes de su habitación. Y, como anticipando una gran tragedia, su faz, de ordinario rojiza, adquirió una palidez de muerte.

Pasó a grandes zancadas a la sala-comedor, y vio que estaba traginando en ella Dorotea. Berenguela, que se hallaba a la sazón en la cocina, prudentemente deslizóse por debajo de la puerta trasera (que era de dos planchas o compuertas, y sólo la de abajo estaba abierta); y una vez en el corral, empezó a atarearse con las gallinas, esparciendo unos puñados de trigo y diciendo, « ¡pío, pío, pío!», como si allí no hubiese pasado nada.

Al ver al tío Urbano, Dorotea se precipitó a besarle en el carrillo. Aún no se había puesto la toca, y lo primero que naturalmente advirtió él, fue la cabeza rapada. El tono de su cara pasó del blanco a su pristino color rosado, y de éste gradualmente al granate. Al cabo estalló, colérico:

-¡Qué diablo! ¿Quién te ha mandado venir a Tordehumos, eh?

-Me han llevado al marido – contestó la sobrina, retrocediendo -. Nos han cerrado la tienda. Tío, por el amor de Dios y por la memoria de mi madre que está en la Gloria, déjeme estar unos días aunque na más sea. No tengo dónde ir.

-Te han llevado al marido, dices – replicó el tío en un tono desmayado, al tiempo que se dejaba caer en un sillón de mimbre -. Ya lo veo, ya lo veo. ¿Es que quieres que todo el mundo me señale con el dedo? ¿Qué tengo yo que ver con tu marido? Tú misma lo has dicho. Y si no lo has dicho, te lo digo yo. Se lo han llevado por rojo, lo mismo que a ti **eso**: - apuntando a la pelada testa.

La joven se llevó las manos a la cabeza y sofocó un grito. -¡Ay! ¡Ay, tío, se lo suplico!

-No hay tío que valga. Vete con los otros parientes, si quieres, que a patadas los tienes. ¿Por qué habéis de venir siempre a mí? Anda, vete con tus primos. Román o la Tasia. O la Melecia esa tuya. Con los Platero, que ahí los tienes bien ricos... los que quedan. Mira, ahora vengo yo de casa de tu primo Jaime, bien grande y espaciosa que es. No, no podéis estar aquí. Yo no soporto los críos, ya lo sabes. Ni puedo cargarme con las consecuencias de la malísima conducta de tu marido, siempre lo he dicho. No es ningún secreto el que estoy contra el sindicalismo y todo eso. Y tú... En fin, que no. No son tiempos éstos para andarse por las ramas; claramente te lo digo, no puedes quedarte. ¡Una roja en mi propia casa! Seguro que vendrían a por mí.

-No soy roja – protestó débilmente la mujer.

El se había levantado del sillón, y empezó a dar pasos acelerados alrededor de la habitación. Aunque había empezado voceando, iba instintivamente bajando el tono, y terminó en un susurro: - Tendrás que largarte inmediatamente. O si no, esperaremos a que se haga de noche.... No, no y no, ya bastante me has comprometido. Esta noche cuando todo el mundo esté cenando, preparará el carro Berenguela, y ella misma os llevará a Rioseco, ¿me entiendes? - Se paró de pronto, y mirando alrededor, chilló: -¡Berenguela!

Esta entró en la cocina, corriendo y sofocada. – ¿Me... me llamaba?

-Claro que te llamaba, ven aquí. ¿Dónde demonios andabas? ¿Cuándo llegaron éstos?

-Anoche.

-Eso ya lo sé. No, si cuando yo digo.... ¿A qué hora?

-Pos, hacia las diez.

-¿Reparaste si alguien los vio?

-Creo que no. Naide. Es decir, no había naide en la calle. Miré bien. Vamos, que ellos, creo, no se toparon con naide en el pueblo, ¿no es verdaz, Dorotea?

-Así es – dijo simplemente la joven.

-Y, ¿la Ignacia? – inquirió el anciano, mirando alternativamente a las dos hembras.

-Pos la Ignacia tampoco. No hay naide en la cabaña – dijo el ama de llaves -. Es decir, siempre se van a la cama temprano, y esta mañana partieron al campo muy de madrugada.

-Bueno – profirió don Urbano -, pues que no salga nadie en todo el día, ¿me oyes? – y, volviéndose a la sobrina: - Y a la noche a ver cómo lo hacemos. Te pagaré el tren burra a Valladolid, eso sí, y ya bastante hago.

-No, tío – dijo en esto Dorotea con determinación -. No me hace falta. Guárdese usted su dinero. Me voy ahora mismo. No se moleste, que ya trabajaré para ganar el pan, y si no pediré limosna. Y si me llaman roja que me lo llamen y me fusilen, si quieren, que ya me he enterado de cómo han ensangrentado el pueblo sus amigos. -Y cogiendo por las manos a sus hijitos, que se habían escondido detrás de sus sayas, les dijo: - Vámonos. No tengáis miedo.

Don Urbano la llamó con voz angustiada: - ¡Doro, espera, hija! No te precipites, que no adelantas nada. Ahora más que nunca no hay que hacer las cosas a tontas ni a locas. - Como la mayoría de los hombres de su clase, don

Urbano era un cobardón. Presentía que si alguien fuera a ver ahora salir a su sobrina sin haberla visto entrar, en seguida llegaría a la conclusión de que la había estado escondiendo todo el tiempo, y al instante las denuncias. ¡Y que tardaban poco en fusilarle a uno aquellos días! Con las ganas que tenían todos de apoderarse de sus tierras. – Reflexiona, Doro, no puedes salir a la calle así, mujer – imploró en voz baja -, aguarda a que anochezca.

-¿Cómo, así?

-¡Ea, la cabeza! – (señalando con el dedo) -. Recapacita, maja. Puede resultar arriesgado.

-A mí que más me da.

-Pero a mí sí, toma. Que gracia tienes. Por menos han mandado a más de uno al paredón. Y no sirven excusas. - Se había vuelto a sentar en el sillón, y estuvo un rato pasándose el pañuelo por el cuello.

Dorotea no se movió. Sin soltar de la mano a los mellizos, miró a su tío con absoluto desprecio: unos ojos grandes del color de la miel que en estos precisos momentos despedían fuego. Había comprendido de repente, contemplando a aquel viejo solitario y miserable que tan avaramente se aferraba a su dinero y a sus tierras, y que tenía un miedo atroz a todo, lo despreciable que resultaba el comportamiento de un ricachón propietario, que a la postre era un mísero esclavo de otros más ricos y poderosos. Y recordando a Agapito Ruiz, Casimiro Ferrer y otros nobles seres a quienes ni la misma muerte había amedrentado, por una vez en su vida se hizo fuerte, apretó bien las quijadas, y permaneció un largo trecho inmóvil, sin decir palabra.

-Mira, Doro – oyó que le decía el anciano en voz baja -, has llegado en un mal momento. Ya sabes tú que siempre te he acogido con los brazos abiertos..., y lo mismo con los demás sobrinos, desde luego, que yo no hago distingos. Pero ahora es diferente..., están muy mal las cosas, muy mal, tú lo sabes -. Hizo una pausa prolongada y continuó, cada vez más reconciliante -: Han matado a mucha gente. Mira, para no dar más que un ejemplo... y no lo vayas diciendo por ahí, jeh!... en Morales (que estuve allí el otro día) en una familia de siete varones mataron a los seis mayores, y al séptimo, porque no lo encontraron, se llevaron a la novia. Ya ves. Esto te lo digo para que veas cómo están las cosas. Que no hay nada seguro. Si te ve alguien por ahí, con el coco pelado, inmediatamente, roja, y sin preguntar si te han castigado ya o cambiar una palabra con nadie, pues ya sabes. Y a mí me castigarían por cómplice. Y el sinvergüenza ése de tu primo Jaime el primero, ¡con lo que está él por mis tierras! Mira, sobrina, no hagas que cometa un pecado denunciándote yo mismo, que soy viejo ya para andar máchandome la conciencia y esas cosas... (si es que es pecado denunciar a los rojos, que francamente no lo sé.) Pero en fin, dejemos a otros como Celestino y Jaime, que son todavía jóvenes y tiene tiempo para arrepentirse y confesarse, el que hagan las denuncias y los fusilamientos, que yo, maja, con mis canas más estoy para ir poniendo la mira en Dios, cuanto más que yo no gano nada con denuncias y acusaciones. Así que mira, acepta este pequeño obsequio de tu tío, y vuélvete a Valladolid, de donde no

deberías haber salido. – Le extendió una mano llena de billetes que había sacado a bulto de la faltriquera -. Y no dirás, sobrina, que no soy generoso.

-Pero tío – contestó Dorotea, llorando -, ¿a qué viene eso de denunciarme, si yo no he hecho nada? ¡Se lo juro por mi madre bendita que está en los Cielos y que no dejaré de ampararme!

-Bueno, bueno – dijo el tío, guardándose el manojo. La mención repentina de su difunta hermana no podía dejar de afectarle, cuanto más que siempre había arrastrado un complejo de culpabilidad hacia sus sobrinas desde que, a la muerte de la madre, había comprado por dos perras las tierras al calavera de Manuel Platero, su cuñado, dejando a las cuatro mozas y el bebé prácticamente en la calle.

Déjeme estar, tío –oyó que suplicaba la sobrina -, que ya me cubriré yo bien la cabeza y en seguida crecerá; y entre tanto puedo ayudar aquí a Berenguela, en la casa. ¡Hágalo por la memoria de mi madre!

Se había operado un cambio repentino en la conducta del viejo, roído toda la vida por el pavor y la avaricia. Dos veces la sobrina había mencionado a su hermana. Una serie de sentimientos contradictorios, en consecuencia, le embargaron en aquel momento y, aunque duro de corazón, no lo era tanto que las lágrimas de la joven dejaran de influenciarle. – Vamos, vamos – dijo -, no llores.

Era don Urbano Jiménez una persona muy supersticiosa y, aunque tenía un miedo acerbo a lo que pudieran hacer con él los vivos en aquellas históricas circunstancias, aún temía más a los muertos: el que vinieran a atormentarle si dejaba desamparada así a una sobrina carnal; su hermana Felicitación, allá en el Cielo, no se lo perdonaría. En resolución, pensó que tal vez haría mejor en esconderla, y esperar a ver lo que pasaba. Entre tanto podría utilizarla, sacar algún provecho de aquella moza fuerte y decidida. Escaseaban los brazos en el pueblo; y él bien lo sabía. Y la idea de que eventualmente podría ser Dorotea una ayuda en los campos, ahora que se le habían ido a la guerra los mozos que le quedaban, le vino al pensamiento una y otra vez, y terminó por convencerse de que había que cambiar de táctica. Se olvidó de la política. Era una mujer joven la que tenía enfrente de sí. Y, después de todo, como no pensaba darle ningún jornal, quizá saliera ganando, si la guardaba.

Rompió en una risa histérica de repente - ¡Ji, ¡ji! ¡Bueno, bueno! – eyaculó, volviéndose a levantar -. Tal vez todo se pueda arreglar, sobrina, que Dios aprieta pero no ahoga. Quédate, si quieres, mira, lo importante es que no salgas a la calle por unos días, ¿sabes? Y vas a prometerme que los niños no harán ningún ruido. Luego ya veremos. –Y tornando a Berenguela: - Y tú, a ver lo que haces con la Ignacia, por si acaso llegan a enterarse, ¿eh?; que luego más tarde incluso podremos decir que la he mandado yo a buscar porque me faltan los mozos y necesito ayuda en los campos. – La idea pareció reconfortarle, y continuó, un poco histérico: - ¡Je, je! Eso es, que te necesito sobrina, ¡je, je! ¿Verdad, maja? ¿Por qué no? Bueno, no hay más que hablar, ahora a esconderse bien, a ver si te crece **eso** un poco y más tarde ya veremos. Ya está todo arreglado, ¿ves?

CAPITULO 5

Los rebeldes que tan eficazmente habíanse amparado del poder en la Vieja Castilla concluyeron sabiamente que sería necesario aprovecharse del fruto de los campos, en algunos de los cuales ya estaba cayéndose la mies de las espigas; mayormente, en aquellas parcelas de pequeños propietarios que **no** habían boicoteado los planes y directivas de la joven república; pues de los ricos terratenientes, ya se sabe que la mayor parte de ellos había esos años dejado las tierras en barbecho. Ahora el ejército y los que lo dirigían se daban perfecta cuenta que desperdiciar sin más ni más ese succulento producto de la fértil Tierra de Campos hubiera sido una locura, cuanto más que iba a necesitarse mucho trigo para alimentar a la tropa, y aún no se había inventado el perfecto soldado que sólo se alimentara del aire.

Se organizaron, pues, partidas de campesinos y ciudadanos no combatientes, ya entrados en años algunos, que recorrían los pueblos, como antiguamente habían hecho los temporeros extremeños, con sus propias guadañas y otro equipo, ayudando a los pocos labriegos que aún quedaban y que con sus valerosas mujeres ya habían emprendido las tareas de la siega.

Vinieron con los forasteros algunas mujeres, que despertaron la curiosidad de los lugareños, lo cual hizo menos arriesgada la salida al campo de la sobrina de don Urbano, cuya cabeza ya había empezado a cubrirse de un vello negro que ella ocultaba en lo que podía con una toca oscura. Para muchos Dorotea era justo una forastera más.

Señalemos que de este asunto de alimentar bien a la tropa se encargó en persona el gobernador militar de la provincia (todo era **militar** ahora en esa parte de España), el cual dictó una serie de bandos, el primero de los cuales, fechado el 14 de agosto de 1936, decía como sigue: "la normalidad en toda la provincia es absoluta, colaborando todos los vallisoletanos en prestar patriótica ayuda a los que luchan en el frente por la salvación de España, y desarrollándose las operaciones del campo con completa tranquilidad, en la leal cooperación y colaboración de obreros y patronos." Se exigía además la armonía total entre las clases, el servicio abnegado a las instituciones y el trabajo sin fin, y la adhesión sin reserva al Nuevo Orden establecido; y se ordenaba que los Agentes de la Autoridad, la Guardia Civil, las Fuerzas de Asalto y el Personal de la Comisaría de Vigilancia llevaran a cabo los necesarios "registros, detenciones, informaciones y cuanto con el orden público se relacione." Todo un programa. ¡menudos eran los señores Ponte y Saliquet!

Tan pronto como se abrieron de nuevo los colegios, introdujose en los programas escolares la asignatura de "formación política", enseñándose con esmero los Puntos de la Falange y otros credos del fascismo. Había llegado a la sazón a Tordehumos una nueva maestra, llamada Teresita Mariscal, de unos treinta y tantos años. Era hermana de un jefe del "Movimiento". Por eso. Ella misma era delegada de la Sección Femenina, y había sido cofundadora del "Auxilio Social" de Salamanca, de cuya ciudad era natural.

Era doña Teresita Mariscal una mujer de aspecto severo, muy alta, delgada y sin pechos, con unas gafas de concha grandes, que le daban un aspecto de lechuza, cuanto más que tenía el cabello ralo, brillante y extraordinariamente negro. Negra era también casi toda su indumentaria. Es decir usaba el uniforme del partido: guerrera, falda y corraje, con la camisa azul marino abierta, y el emblema del fascio español bordado en rojo. Era una visión la pobre en Tordehumos, donde las mujeres eran más bien bajitas y rollizas, según el principio imperante entre los machos del lugar: "A mí déseme gordura, y obtendré hermosura."

Por razones que no llegaron nunca a elucidarse, el cura del pueblo, don Facundo Lobato, le cogió mucho miedo a este terrible elemento. Cosa rara, pues era tan de derechas como la Mariscal, o más. Y eso lo sabían todos.

Pero también se sabía que el reverendo Lobato había metido últimamente la pata, cayendo, como quien dice, en una trampa el día del "Alzamiento". O mejor dicho, tuvo la mala suerte de ser primo carnal de uno de los que fueron fusilados por rojos. León Lobato se llamaba el primo, natural de Medina de Rioseco: era la oveja negra de la familia, y todos le habían repudiado ya hacía años. No quita que los falangistas de la cabeza de partido todavía andaban investigando.

Haciendo un poco de recapitulación diremos que en Rioseco había habido una revolución en 1934. Eran simples labriegos casi todos los que habían participado en ella, y como ciento setenta de ellos murieron en el combate, que fue terrible, contra los soldados bien armados del ejército. Otros veinte habían sido fusilados junto a la tapia del cementerio. Vivos, sólo quedaron trece, paradójicamente aquellos que habían sido políticamente más activos durante la contienda. Los metieron en la cueva de un convento, en espera de ser juzgados y conducidos al paredón.

Había sido muy sonado aquello de "los trece de Rioseco", de los cuales León Lobato era el notorio cabecilla. Fue en el período del Bienio Negro, con un gobierno de derechas, cuando todo iba muy mal para el pueblo, que todo esto aconteció. Y fue Medina de Rioseco el único punto en Castilla que se había unido a la "Revolución", que se inició en Asturias y se extendió en seguida a otros puntos de la periferia del país.

Sin embargo, una vez liquidada la revolución, no procedieron las autoridades de Rioseco con la diligencia debida contra los mencionados trece. Pasaron dos años, llegó el triunfo popular en la elección legislativa de febrero de 1936, y fueron liberados los famosos trece con bombo y platillos. Parece ser que los latifundistas, contra los cuales los sublevados habíanse alzado primordialmente, salieron a la puerta de la cárcel a amenazarles con los puños. Uno de ellos hasta dijo a León Lobato, entre los dientes: "¡Esta me la vas a pagar, te lo juro!"

En efecto, el mismo día 19 de julio de 1936, cuando ya el "Alzamiento" había triunfado en la provincia, los señores propietarios terrenos, algunos ya vestidos de Falange, salieron a buscar a los malditos "trece", los subieron a una camioneta y al campo se los llevaron, a darles un pistoletazo a cada uno en la nuca, León Lobato el primero. Luego dejaron los cadáveres por tierra, para que los viera todo el pueblo. Fueron en Rioseco los primeros que cayeron de manos de los sublevados facciosos.

Había esperado don Facundo Lobato que aquello sería el fin del asunto. Pero no, los falangistas no olvidan nada, y nunca cesan en sus investigaciones. Y ahora le pesaba al viejo sacerdote no haber corrido a apuntarse a la Falange, en prueba de su adhesión al Generalísimo (nuevo título de Franco, que había sabido imponerse a los demás generales), como habían hecho ya otros sacerdotes de las inmediaciones.

Además, don Facundo tenía sus dejes de monárquico, y ya eso no era bien visto en la "España de Franco": nadie hablaba hoy día de la inminente restauración de los Borbones, ni se sabía si iba a seguirse el ejemplo de Mussolini, con una dictadura fascista, o si el Caudillo iba a instaurar una monarquía suya propia, y para toda su descendencia.

Comoquiera que sea, una de las primeras medidas que don Facundo tomó, a la llegada de la nueva maestra de la Sección Femenina, fue ir a verla, en toda humildad, al edificio de ladrillo situado a la ladera sur del Castillo. Entró con dos huevos en cada mano, que le había traído del corral su vieja ama de llaves. Agradecióselos la maestra, que le llamó padre y le besó la mano.

A continuación dio el sacerdote a la Mariscal un informe de todos y cada uno de los niños del pueblo, y se ofreció a enseñarles los domingos por la tarde el catecismo con una buena dosis de formación política. Luego, cuando empezaron las clases, él fue quien pronunció la oración de comienzo del curso, "alabando hasta las nubes el nuevo régimen de autoridad y a todos sus dignatarios, y presentando a la señora maestra como la mejor adquisición de los tordehumeños desde los tiempos remotos del Rey Wamba; y, en fin, pidió al Señor en las Alturas que protegiese al Santo Caudillo, que había salvado a España y había hecho que entrara Dios de nuevo en las escuelas."

Otro día le devolvió la Mariscal la visita al cura, y le dio algunos consejos. Ya se había enterado todo el mundo de que en Villabrágima había salido el cura párroco a bendecir las tropas nacionales al principio de la guerra, cuando se dirigían éstas a luchar contra los republicanos en las provincias del norte. Y don Facundo se había estado temblando todo, pensando que le iba a reprochar ahora la maestra el no haber hecho él otro tanto. Pero no, Teresita Mariscal se conformó con mencionar el hecho, y le ofreció la oportunidad de paliar ese error. Un nuevo cuerpo de ejército se dirigía esta vez del norte hacia el sur, y sería bien que Tordehumos hiciera ahora lo que Villabrágima había hecho en su día. No faltó más para que don Facundo agarrase la estola, el hisopo y otros objetos de culto, los metiera en una maleta de madera, y se pusiera a esperar el día del paso de las tropas, dispuesto a darles la bendición. Era por la carretera de Rioseco a Toro que iban a pasar.

Llegado el día, descendieron los dos juntos por la polvorienta cuesta que va a la carretera, platicando como el famoso caballero andante y su escudero: ella grande y estirada, él barrigudo y rechoncho. Les seguía un muchacho, en monaguillo atuendo, y cerraba la marcha el viejo sacristán, el cual cargaba con la maleta.

Era una plática amistosa, casi romántica, olvidados de la guerra y de sus muertes. A un momento dado, dijo la señorita Mariscal, viendo una banda de palomos en el aire azul: -¡Mire, Padre, como esas idílicas aves saben siempre el camino sin que nadie les indique!

“Idílico de verdad,” pensó el cura, que asintió muy oficioso.

Oyeron en esto un ruido de trompetas y tambores. Ambos se miraron, al principio con cautela, no fuera que la guerra hubiese llegado a aquellos parajes. Luego Teresita estiró sus largas piernas y siguió la marcha a gran velocidad, haciendo que el otro se cogiera la sotana con sus manos regordetas y también se lanzara a la carrera, casi como si estuviera corriendo en una prueba deportiva. Lo mismo hicieron el sacristán y su ayudante.

Lo primero que encontró don Facundo al llegar a la carretera, fue que la mayoría de los soldados eran jovencísimos, y algunos iban llorando, en sus uniformes color caqui grandotes y alpargatas baratas de cáñamo.

La tropa sin embargo no reparó en el señor cura, según alzaba éste el hisopo en el aire, salpicando a algunos de ellos de agua bendita, mientras decía:

- Vais soldados a la guerra bajo la advocación del imperio glorioso de la Cruz. Sed virtuosos hasta la muerte. De nuestro Santo Caudillo habéis de aprender el sentimiento de la disciplina, la constancia en la subordinación, el valor y el peso de una tajante justicia, el cumplimiento exacto del deber y la religiosa aptitud y actitud de servir a España siempre.

Y ya la tropa había pasado de largo.

CAPITULO 6

Desde su llegada a Tordehumos usaba Dorotea unos viejos vestidos que habían pertenecido a la que fue su tía Isabel, difunta esposa del señor don Urbano Jiménez. Los pañuelos que continuamente le cubrían la cabeza tenían el mismo origen.

No obstante, su tío todavía no las tenía todas consigo. - Ocúltalo bien, maja - le decía -, que no están los tiempos todavía para ir tentando la suerte. Que ya sabes que el diablo, cuando no tiene nada que hacer, con el rabo espanta las moscas. - Y luego le mostraba a la sobrina, con peros y señales, cuán peligroso era en la Nueva España dar la menor señal de republicanismo. - Y ¡tú con eso! - exclamaba, señalando a la pelada cabeza - ¡Cuántos no han caído por menos!

Pues llegaban cotidianamente al pueblo los bandos del feroz general Emilio Mola, amenazando con las penas más severas a los enemigos del régimen, que hubieran o no cometido delitos o faltas.

-Venir aquí, que os leo esto que ha recibido Gerardo, y que me lo ha prestado - les dijo a las dos mujeres una noche en que los tres estaban sentados al amor de la lumbre en la cocina, esperando a que se hiciera la cena -. Para que veáis que no hay que ir por ahí tentando al diablo, y cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Dorotea y Berenguela asintieron con la cabeza, y el anciano, antes de comenzar la lectura, comentó:

-Es de un discurso del general Mola, pronunciado hace unos días -. Luego, calándose las antiparras, procedió: - « Es la primera vez que uso Radio Castilla para dirigirme al pueblo castellano, este pueblo fuerte y aguerrido, de tierras secas y campos de oro, país de mieses y que el sol abrasa. También va mi palabra de hoy a cuantos sienten latir sus corazones al unísono de los que combaten en el frente y de los que alientan tras él, dando para la causa de España vidas y haciendas, frutos de amores y trabajos. Va mi palabra, además, a los enemigos, pues es razón y justicia que vayan sabiendo a qué atenerse, siquiera sea para que, llegada la hora de ajustar cuentas, no se acojan al principio del Derecho, de que jamás debe aplicarse al delincuente castigo que no esté establecido con anterioridad a la perpetración del delito. Y para ver si de una vez se enteran, ellos y quienes les dirigen, de cuál es nuestra postura y adonde vamos, seguros ya de una victoria decisiva y pronta. Victoria que hemos de obtener, porque nos asiste la razón, nos apoya el pueblo sano, y nos ayuda Él, que todo lo puede. »

Se le atragantaron al pobre las últimas palabras, pensando en la amenaza del general de 'ajustar cuentas'. ¡Se veían las cosas tan confusamente en toda España en esos momentos, que nadie estaba seguro de nada! Estuvo carraspeando durante unos segundos, ojeando mientras tanto el resto del bando, a la vez interesado y sospechoso. Le había colocado Berenguela, en una mesa camilla de al lado, según era su costumbre, un vaso de agua en el que se disolvía lentamente un espumoso azucarillo. El anciano agarró el vaso y bebió un trago. Al fin, continuó la lectura:

-«Nosotros hemos ido al Movimiento, seguidos ardorosamente del pueblo trabajador y honrado, para librar a nuestra Patria de la anarquía, del caos que desde que escaló al Poder el llamado Frente Popular iba preparándose bajo los puños cerrados de las hordas marxistas y a los acordes tristes de la Internacional. » - Continuó leyendo don Urbano la lista de 'acciones delictivas' que habían estado preparando los comunistas desde el pasado febrero 'con la complacencia morbosa de ciertos gobernantes.' Y, después de haber echado otro trago, concluyó la lectura del bando: -« Pero, ¡ah!, todo esto se ha de pagar, y se pagará muy caro. La vida de los reos será poca, que no se puede pagar tanto crimen con sólo la muerte. Les aviso con tiempo y con nobleza: no quiero que se llamen a engaño. »

-Ya lo sabéis – advirtió a las dos mujeres -. Y tú, sobrina, a tener muchísimo cuidado. Ni hablar de que puedas salir por ahí sin la toca. Y siempre un sombrero de paja encima. Y luego, no sueltes nunca palabra: ni hablar ni murmurar de nada, ni pensar siquiera en nada. Que si se quiere que el diablo no se presente, no hay que tentar la suerte. Ahora recemos juntos. - Las dos mujeres asintieron, y él continuó -. Lo primero una oración por las almas de los mártires, caídos en Barcelona y Madrid, defendiendo nuestra santa tradición.

CAPITULO 7

Pasado el tiempo de la siega, y luego el de la trilla, en seguida llegó la vendimia, que aquel año tuvo lugar sin ninguna de las muestras de alboroto y regocijo que siempre habían acompañado en aquellos pueblos los momentos de la cosecha y el piso de las uvas.

Iban las mozas solas a los majuelos, silenciosas y aburridas. Buena diferencia con otros años, cuando se metían los mozos y las mozas entre las viñas, y corrían unos detrás de otros con grandes racimos en las palmas de las manos, que aplastaban ellas en los rostros abobados de los jóvenes, entre risas y chillidos; para luego salir corriendo perseguidas entre las cepas y los sarmientos llenos de fruto. A veces eran los hombres quienes restregaban las uvas en las caras de las jóvenes casaderas, para en seguida besarlas, diciendo que bebían el jugo en sus carrillos de rosa; y terminaban tumbándolas por tierra, entre los matorrales, donde pronto cesaban los combates y chillidos, para dar paso a estados de ánimo menos turbulentos y mucho más peligrosos.

La mayoría de los días el cielo era gris, de un gris de plomo que amenazaba lluvia. En cambio no llovía nunca; siempre la misma monotonía gris de temperatura constante, sin frío ni calor. Si por casualidad, el sol asomaba la cara un poquito entre dos nubes, era un sol pálido, sin fuerza, que duraba sólo unos momentos, para volverse a esconder, haciendo el día aún más oscuro y desagradable.

Había un silencio en los campos que impresionaba, interrumpido únicamente por el súbito graznido de un pajarraco o los ladridos de unos canes en el pueblo, o la campana de una iglesia en lontananza; y, una o dos veces, el retumbar sonoro de un grupo de aviones volando por encima de las nubes, invisibles, aterradores. Ni el fuego de artillería, ni el ruido de motores para el transporte de tropas eran ya jamás oídos en aquella parte cristiana (cristianizada) del norte de Castilla.

Dorotea subía al majuelo cada mañana con la Ignacia, que se lamentaba de que le hubieran quitado al marido para llevarle al frente, un hombre ya maduro de cuarenta años que tanta falta hacía en el hogar, cuanto más que se habían llevado también al Ignacico. “Dos hombres en la guerra –decía-, fíjate, Doro, si no tengo sufrimiento; y que no te creas, mujer, que tu tío, si no trabajase yo, no soltaría ni un céntimo. Tú ya le conoces.”

Durante la vendimia hizo amistad Dorotea con una labriega de aspecto demacrado y triste, solterona, que vivía sola en la parte alta del pueblo, y a quien había contratado a destajo don Urbano. Algunas veces se sentaban las dos trabajadoras a la vereda de un camino, a descansar de las fatigas del día platicando de las cosas del pueblo, de las faenas del campo, del futuro más o menos esperanzador según pasaban los días; y de esta forma, poco a poco, vinieron a hablar de la guerra vagamente, en voz muy queda, aunque no hubiese testigo alguno en cien metros a la redonda.

-¿Qué va a ser de todos nosotros? – se lamentaba Casta, que así se llamaba la labriega - ¿Quién va a dar pan y trabajo a todos los españoles? Si no puede ser,

tanto destrozo, tanta sangre. ¿A qué conduce esta guerra? Si esto tiene que clamar al cielo un día.

-¡Calla! – decía Dorotea, en un susurro -, que te puén oír.

Era extraño, en efecto, oír a una labriega hablar así, empleando términos que tan poco se aparentaban a los discursos que Dorotea había oído en casa, de boca de su tío; pero aquella no era una labriega ordinaria, y tal vez por eso se había quedado soltera, no habiendo encontrado en su vida un mozo que la comprendiera y respetara.

Dorotea había conocido a Casta cuando era ella una pollita y la otra ya una mujer madura de una treintena de años, alta, fuerte y llena de salud. Le había parecido entonces la labriega una brava moza, cuya hermosura era entonces objeto de envidia entre las demás labriegas.

-Te digo, Dorotea – dijo Casta en conclusión -, que si fuera hombre me echaba el hatillo al hombro y, sin decir nada a nadie, me iba aunque andando fuese, ¿no sabes?, a la otra zona; y aun así, no sé si un día no lo haga.

-Como que te crees tú que te sería fácil; si yo misma, no te creas, lo he pensado – inventó Dorotea.

Otro día relató Casta a Dorotea la historia de los crímenes del diecinueve de julio en Tordehumos, y que ya ésta había oído de los labios de Berengueta. Y añadió: -¿Cómo puede Dios haber consentido tanto crimen..., si es que de verdad hay un Dios ahí en lo alto que se preocupe de sus criaturas?

No paró ahí la labriega, y habló de los crímenes cometidos por los facciosos en los pueblos de los alrededores.

-Una tarde estuve trabajando en la cabeza de partido, no sabes, en una casa que se iba a poner en venta – relató -; habían asesinado al propietario, y su viuda había salido huyendo hacia otras partes. ¡Y lo que allí ocurrió! Te estoy hablando de Rioseco. No me preguntes cómo lo he sabido, ni quién me lo ha contado. Están ocurriendo cosas horribles.

-Ya ves – puso Dorotea -, en Rioseco, una ciudad tan llena de iglesias y tan cristiana.

-Pues así, como lo oyes, en Rioseco. Pero atiende, mujer, que te lo cuento todo –bajó Casta aún más la voz -. Dicen que se oía el ruido de un motor todas las noches; que se encerraba la gente en las casas, oían el ruido, y corrían hacia el balcón. Abrían un poquito los cuarterones, desde luego que sin encender ni una vela, y que siempre veían la misma camioneta con muchos hombres esposados, a quienes amenazaban con sus pistolones unos falangistas que no sabe nadie de dónde habrían venido. Así sacaron de sus hogares lo menos a doscientos. En la oscuridad de la noche, ¡no te creas! La 'saca', la llaman a la camioneta, porque los sacaban en ella pa la muerte, ¿te das cuenta?. Nada más que porque eran republicanos, que dicen que los dejaban tumbaos en los caminos, que están llenos

de cadáveres y nadie se atreve ni siquiera a retirarlos pa darles cristiana sepultura. Que eso, chica, es lo que es la Falange. Y éste es el día en que ni el registro civil, ni los parientes ni allegados han dado la menor seña, que nadie ni se atreve a dar cuenta o pedir papeles o decir nada, ¡le tomarían en seguida por rojo al que se moviera! Tal es el miedo, Doro, que tiene todo el mundo, que dejan que se los coman los cuervos antes que dar razón..., un padre, un hijo, un hermano, novio, pariente... ¡ffijate!

Una tarde, de esas frías de otoño, cuando el cielo, de color plumizo, parecía querer aplastar la tierra entera, y se sentía aún más la angustia en los corazones, Dorotea, casi sin darse cuenta, se puso a hablar de algo que había estado en su mente desde el día en que había empezado a platicar con la labriega: ¿Sabría ésta por casualidad lo que había pasado a aquel mozo que había sido camarada de su difunto primo Domi Platero, y que se llamaba Justino Alvarez?

-¿Justino? – exclamó Casta, sorprendida, y añadió muy deprisa: -No, no sé nada. Ya... ya habrás oído que ése escapó.

Grandes formaciones de cornejas cruzaban el oscuro gris del cielo. Dorotea las siguió con la mirada. –Sí, ya lo sé – profirió -, eso es lo que he oído decir.

Casta no dijo nada.

-Lo que me estraña – continuó la joven -, es que no le encontraran en Villabrágima, por un decir, o en alguna parte. Si escapó andando...

Tampoco esta vez contestó la otra.

Berenguela estaba esperando con el carro en el camino. Cargaron las dos con una banasta de reluciente uva negra, ayudándose con unas correas que llevaban atadas al cuerpo. Luego otra banasta, y luego otra, hasta que llenaron el carro y se pusieron todos en camino. Berenguela llevaba la mula del cabestro, y las otras dos iban detrás, silenciosas. Detrás de ellas venían unos perros.

Llegaron a la Calle Real, donde les aguardaba don Urbano, delante de la reja de su nueva bodega. Abrióse dicha reja, que estaba a ras del suelo, descargáronse las banastas, y deslizaron los racimos por un conducto acanalado directamente a las tinajas donde había de pisarse a su debido tiempo la uva. La Ignacia estaba ya dentro de la cueva, alumbrada por candiles de carburo. Se esperaba que la viña produjera seis tinajas de mosto, que al andar del tiempo se transformaría en delicioso vino.

A la caída de la tarde, se volvió Dorotea sola al majuelo, a recoger a los mellizos, que se habían pasado el día corriendo entre las cepas, zampando todo el tiempo, hasta ponerse tibios de uva negra.

Después de haberse pisado las uvas con ayuda de otros lugareños, y cerrado bien la bodega, que durante el tiempo de la fermentación devenía inaccesible a causa de los gases que emanaban del mosto, ya quedó poco que hacer en la hacienda del señor Jiménez, como en el resto del pueblo. Se fue sosegando el

ritmo de los días, que fueron haciéndose cada vez más cortos, y los trabajos cada vez más reducidos. Es verdad que algunos campesinos araron sus tierras; pero como también escaseaban los mulos, que se los había llevado el ejército, tuvo que hacerse todo muy despacio, colaborando unos tordehumeños con otros.

Para San Martín se preparó la matanza, y al final de noviembre se curaron jamones y se hicieron chorizos y morcillas. Y luego, ya nada, o casi nada. Entró el invierno con sus largas noches frías, que sucedían sin novedad a los días tristes aburridos; los campos desprovistos de toda vegetación a no ser los matorrales húmedos y los árboles sin follaje; heladas, barrizales, algún solitario pastor con sus ovejas; la guardia civil en los caminos.

De cuando en cuando llegaba al pueblo un mozo de vuelta de la guerra, un soldado del ejército nacional que volvía herido, de convalecencia, o a quien habían dado permiso de unos días; y que contaba algunas cosas del frente, pocas en realidad. Nadie sabía mucho de lo que estaba pasando, ni siquiera los soldados. Los que llegaban así de improviso decían algo de lo que habían oído hablar a sus jefes, o leído en los bandos y órdenes del día: la tropelías de los rojos; o los triunfos de los nacionales, que avanzaban poco a poco, limpiando pueblos y ciudades.

Una vez llegó muy mal herido un hermano de la Ignacia, que había perdido un brazo luchando en la provincia de Toledo. Una tarde vino a pagar sus respetos al amo, don Urbano, y se puso a hablar de la guerra. En el hospital en que le habían operado, un legionario le había contado que en Badajoz había que ir separando los cadáveres con los pies para poder andar por las calles; y que por las alcantarillas corría la sangre formando verdaderos riachuelos; y que en la catedral, donde se habían refugiado algunas familias, entraron los tercios de Yagüe a bayoneta calada y en el mismo altar mayor mataron a todos los hombres; y luego, en la plaza de toros, los moros de Franco, con el escapulario del Sagrado Corazón de Jesús en el pecho, jugaron al tiro al blanco con los prisioneros rojos, mientras los señoritos del lugar, sentados en las gradas, presenciabanlo todo con gusto, haciendo apuestas entre ellos; y que ocho días después de la conquista de la ciudad podían verse todavía los muros de las casas salpicados de negras manchas de sangre.

Una mañana llegó a Tordehumos un inspector de policía que se llevó al manco Alejandro, y ya nadie le volvió a ver. El terror se apoderó de tal manera de los lugareños que a nadie le quedó gana de oír sobre la guerra, mucho menos hablar de ella. Ni siquiera se atrevía la gente a mencionar al Rey, pues no se podía estar seguro de nada.

De cuando en cuando el silencio y la tranquilidad del lugar eran rotos por las voces y lamentos de la Ponce, que iba dando tumbos por barrizales y barbechos, llorando la pérdida de sus tres hijos; o los quejidos espantosos de alguna otra madre, que acababa de recibir la noticia de un hijo caído en el frente defendiendo la bandera de la Santa Tradición.

Don Urbano Jiménez Jiménez, cuyas tierras habían experimentado el tan esperado aumento tras la bien organizada subasta, leía el Diario Regional, cuando se lo traían de la capital, que no era muy a menudo. Así se enteraba del avance de los nacionales: Badajoz, Toledo, San Sebastián; las cosas iban de rechupete; y su

cara de gran enanillo del bosque adquiriría un aspecto jovial. Pero en el frente de Madrid las cosas no iban tan bien como le hubiera gustado, y lo sabía, a pesar de la censura. Se agarraba entonces la perilla de chivo con aire preocupado y mandaba que Dorotea le sirviera su refresco preferido: un azucarillo de nieve disolviéndose en un gran vaso de agua fría de la fuente.

CAPITULO 8

Aquel invierno Dorotea trabajó mayormente en la casa. Se levantaba temprano, cuando en el cielo aún brillaban las estrellas. Se salpicaba un poco la cara con el agua helada del pozo en el mismo corral, y secándose con una rodea volvía a la casa, donde el ama ya había empezado a encender la lumbre. No faltaba en el pueblo lo esencial, la manduca; y para el desayuno se comían unos torreznos de tocino, muy ricos, con un blanquísimo pan de miga; o unas sopas de ajo bien calientes, a las que Berenguela añadía un huevo revuelto si habían puesto las gallinas; y a veces un vaso de leche de cabra. Cuando don Urbano leía en el Diario del hambre que se pasaba en la zona roja, donde ni pan negro había, no podía menos de regocijarse, dando palmadas como un niño. “¿Cómo pueden tener la pretensión de ganar la guerra, esa gentuza,” exclamaba, poniendo el periódico a un lado para cortarse una rebanada de pan, “si no saben ni alimentar al pueblo?”

Los mellizos habían estado yendo a las clases de doña Teresita Mariscal desde el primer día. Un mediodía del mes de noviembre Lucito volvió a casa llorando, diciendo que no quería ir más a la escuela, que la maestra siempre le pegaba y le llamaba muchas cosas. Preguntaron a la niña, la cual confirmó lo que había dicho su hermano, añadiendo que a ella también la pegaba, que le tiraba de la oreja, y que a Lucito le pellizcaba entre las piernas hasta que le hacía llorar. En efecto, el pobre tenía los muslos acribillados de cardenales.

-¿Pero hijo – chilló Dorotea -, eres tan malo que te tiene que pegar así la maestra? No se explica.

El chico sacaba el hocico, testarudo, limitándose a decir: - No soy malo. Yo no soy malo.

-¡Ay, qué morugo es! – dijo la madre, sacudiéndole -. Pero di, por algo tendrás que pegarte, ¿no?

Y mientras el chico permanecía en su obstinado mutismo, alcahuetó la niña: - Le pega porque diz que nuestro papá está en la cárcel por rojo. A mí también – añadió, reviejeta, - por eso.

En efecto Teresita odiaba a los rojos, o para mejor decir, a los hijos de los rojos, que eso era su campo. Cuando el pobre Lucito mostró en casa la evidencia palpable de ese odio (la manifestación más mezquina y más estúpida de la lucha de clases que implantó en España el Alzamiento), había tomado el niño una determinación: jamás le volverían a ver el pelo en esa escuela. Aquel mismo día, al terminar el almuerzo, salió a la calle sin esperar a la hermana, dio la vuelta a la casa, pensando adentrarse en los campos. Y, encontrando atada al postigo del corral la burra de su tío abuelo, que Dorotea había dejado ya preparada para ir a la fuente, se montó en ella subiéndose en un poyo de piedra, la desató, y gritando «¡jarre!, ¡jarre!», trotó por el camino que conducía al manantial más contento que unas castañuelas.

Feli, creyendo que su hermano iba ya camino de la escuela, salió tras él corriendo, y tuvo la sorpresa de ver que Lucito no parecía. La interrogó la maestra, no supo qué responder, y después de un buen tirón de los lóbulos, tuvo que ponerse de rodillas delante de la clase, tocada con dos orejas de asno. Acto seguido leyó la Mariscal un texto que había enviado la Jefatura del Movimiento, con aprobación del Episcopado español. « *Las atrocidades del bolchevismo en la zona roja,* » era el título del eficiente texto.

-« En la zona roja – empezó la maestra después de haber mirado fijamente por unos segundos a todos y cada uno de los niños y niñas que, de edades de entre cuatro y once años, ocupaban los bancos de la sala -, es decir, en Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga y otros sitios muy malos, los sindios desvalijan iglesia tras iglesia, sin dejar una, ¡y hay que ver las riquezas que encierran nuestras iglesias! Desvalijan convento tras convento, escuela tras escuela, palacio tras palacio, con una destreza y una maña que prueba que están entrenados para ello. Después lo incendian todo, iglesias, conventos, escuelas, palacios, todo. Nuestros valientes aviadores, desde el aire, lo han visto. Y han visto que estas ciudades en las manos de los rojos son unas enormes hogueras en las que se mezclan los penachos de humo y las llamas, las explosiones y estallidos de bombas. Se oyen los gritos de dolor de los que perecen abrasados en los incendios, junto a los gritos de triunfo de los incendiarios rojos. Pues los que habitan estos edificios, sobre todo las monjas y los sacerdotes, son arrojados a las llamas vivos, después de haber sido torturados y mutilados salvajemente. – Hizo una pausa -. No se conoce en la historia de la humanidad una salvajada y una barbarie semejantes. »

La Mariscal miró de nuevo a sus alumnos y alumnas. Los mayores permanecían inmóviles, sumamente asustados; los parvulillos de primera línea miraban a la ventana con la esperanza de ver pasar un pajarillo, una nube, una hoja de árbol arrastrada por el viento, algo que pudiera distraerles un poco. Con los más pequeños estaba el sobrinito del señor alcalde, un niño extraordinariamente bello que miraba de soslayo, balanceando extrañamente el cuerpo y sacando la lengua de lado como si riera.

-« En Madrid – continuó leyendo la maestra – una líder soviética, llamada Pasionaria, hizo exponer en plena calle a un pobre fraile desnudo y, delante de una enorme multitud de cafres se arrojó sobre él y allí mismo, a mordiscos, le cortó la yugular... » (una vena del cuello)... « con los dientes al pobre fraile, el cual cayó muerto al suelo y sin que ella soltase su víctima. »

Un grito apagado de horror salió de una parte del auditorio infantil. Teresita dio un par de golpecitos con el puntero en su pupitre, y continuó la edificante lectura: - « En Gerona los rojos entraron en un convento recoleto de clausura, prendieron fuego al edificio, obligando a salir a las monjitas, y las forzaron a que se desnudasen en plena calle en medio del gentío; y allí mismo, a las más jóvenes, los milicianos las violaron varias veces » Les hicieron muchas diabluras, -explicó muy de prisa-. « A continuación, les hicieron unas mutilaciones atroces, y las obligaron a marchar desnudas por la ciudad. A la superiora, una dama respetable de setenta años, la cortaron además los pechos; y si, agotadas, se caían las pobres monjas al suelo, un miliciano que venía detrás con un bidón de gasolina las rociaba bien y las prendía fuego. »

En esto, el pequeño Domiciano Platero se levantó de su asiento y balanceando los brazos, los dedos estendidos hacia afuera, pasó por delante de la clase como si no viera a nadie; y ya se disponía a salir de la sala, cuando la maestra lo agarró por el cuello, le pegó un par de tortas, y le obligó a que se sentara en su sitio. El niño se quedó sonriendo en el banco después de haber emitido un débil gruñido. Al cabo la maestra continuó su lección de urbanidad: - « En Barcelona, en el convento de Paco San Juan, quemaron los rojos el edificio con las monjitas en él; luego abrieron los nichos, sacaron los cadáveres y se pusieron a bailar con ellos alrededor de las llamas, riñendo entre ellos para ver quien cogía el mejor muerto: un fotógrafo que intentó sacar una fotografía fue asesinado en el acto. En Almería las calles principales no son más que un montón de ruinas: no sólo nuestros gloriosos aviadores lo han visto desde el cielo, sino que además los artilleros de un buque alemán lo han presenciado todo desde el mar. En todas partes los milicianos rojos queman pueblos y ciudades, sistemáticamente, casa por casa, muchas veces con sus habitantes dentro. Cerca de Barcelona, en el manicomio de San Andrés, entraron una tarde los rojos, y como aconteciera que alguien, un loco, dijera que él era el rey, los rojos le mataron en el acto, y como el director protestó, le mataron también, y luego a todos los médicos, las enfermeras y un montón de enfermos, pretextando que los médicos escondían a los fascistas entre los locos. »

Teresita escudriño a su auditorio, y explicó entre los dientes: - A todo lo que no les gusta lo llaman **fascista**. – Y luego continuó leyendo: - « También en Barcelona, durante el saqueo de un palacio, descubrieron los rojos un enorme perro mastín. ‘Este perro es fascista; hay que matarlo,’ dijo el cabecilla de los milicianos. ‘Y ¿por qué?’ preguntó el propietario, ‘¿cómo es que un perro puede ser fascista?’ ‘Pues lo es,’ dijo el miliciano, ‘está demasiado hermoso;’ y le pegaron un tiro; luego mataron al dueño. En Madrid hay un hospicio de huérfanos de obreros. Más de dos docenas de estos huérfanos han muerto abrasados por las llamas. Los rojos quemaron el asilo y pusieron los cadáveres en fila en el suelo para fotografiarlos y decir que era la aviación nacional que los había matado en los bombardeos. También han quemado hospitales, clínicas, sacando a los enfermos de sus camas; los torturan, les abren las heridas, les sacan los ojos, les mutilan horriblemente, causándoles nuevas heridas, marcando las letras FAI, » que son letras de los rojos ¿sabéis? « Y que tengan cuidado los médicos y las enfermeras; que no se metan por medio, ¡les matarían! Y las mujeres soviéticas, ésas sí que son dañinas.» (Miró a las niñas, una por una, con ojos de buho.) «Peores aún que sus maridos. El salón de uno de los palacios saqueados por los rojos fue el centro de las escenas más horripilantes que imaginarse pueda; orgías de mujeres bolcheviques que mandan que les traigan a los sacerdotes y los frailes más jóvenes de las prisiones, y les hacen las mayores diabluras antes de matarlos ellas mismas con sus pistolones. En el local de un comité revolucionario, en una sala enorme, colocaron a los sacerdotes y frailes desnudos en jaulas colgadas del techo, a unos metros del suelo: allí estuvieron durante varios días, sujetos a las risas y escupitinajos de la muchedumbre miliciana, que además empujaban las jaulas para que se balanceasen. Pero no es sólo con los religiosos; con los civiles, lo mismo. Las esposas y las hijas de éstos a quienes ellos llaman fascistas son traídas a rastras y violadas a los ojos de los maridos, padres y hermanos. » - (Miró de nuevo a los alumnos y concluyó, alzando la voz): - “Y muchas veces incluso de los hijos.” Niños chiquititos como los más pequeños de entre vosotros. Estos son los crímenes y

tropelías de los rojos de la zona soviética, que nuestro Glorioso Ejército y la Falange no tardarán en liberar y ponerlos bien a raya.

Teresita Mariscal una vez más contempló con ojos fulminantes a su auditorio, una veintena de niños y niñas de un pueblecito en que se habían cometido veinticuatro asesinatos en las veinticuatro horas que siguieron al Glorioso Movimiento, veinticuatro víctimas de sus correligionarios fascistas.

No se oyó a nadie ni respirar. Sólo uno de entre los pequeñines emitió al cabo un sonido; era el hijo del difunto ex-director de aquella misma escuela y de su también difunta esposa. Primero movió un poquito su cabecita de ángel hacia un lado, mirando de soslayo hacia la ventana y luego al techo, tan de soslayo que apenas se le veían las pupilas; y mientras, se le balanceaba el cuerpo, los brazos rígidos, los dedos extendidos hacia fuera. De pronto, abrió la boca, un poco amoratada, y salió de ella un aullido... un algo triste prolongado inhumano. ¿Era un grito de protesta, ante tanta difamación, tanta mentira, o una risa incontrolada, algo así como si él solo comprendiera, por algún extraño milagro, la verdad, la horrible verdad de todo lo que estaba pasando? Pobre Domicianín, qué ironía del destino que tú, joven mártir inocente del fascismo, hayas tenido que estar presente (aunque no lo hayas oído, pues te dieron la gracia del silencio eterno) a la lectura de esa tirada propagandística que, con el beneplácito del Concilio Episcopal, fue leída en todos los rincones del suelo hispanico que habían rescatado ya del yugo marxista los ejércitos fascistas en su 'Cruzada de Liberación.'

Entre tanto Lucito cabalgaba tan contento en la burra de su tío abuelo, la cual se puso en seguida al trote, haciéndole rebotar con la albarda, que contenía los vacíos cántaros; pasaron por delante del manantial sin que se detuviera la pollina, que cogió al cabo el camino del Sequillo. Al llegar a la margen del río, se paró en seco el animal, que al mismo tiempo inclinaba la testuz para beber de sus cristalinas aguas, y el niño cayó de bruces al suelo, entre los guijarros y la húmeda arena. A continuación, sintiéndose la burra libre, comenzó de nuevo a trotar, esta vez en dirección al pueblo, y desapareció. Asustado, empapado y dolorido, creyó el zagal que la burra se había escapado, y temiendo que don Urbano le diera, en consecuencia, una buena tanda de palos, decidió no volver a Tordehumos. Al anochecido, sintiendo el frío en el cuerpo, se acurrucó en un rincón, contra la valla de una era, y de ahí no se movió. Estaba helado y hambriento; pero no se atrevió a volver a casa; no le perdonarían el haber hecho novillos y haber dejado además que se le fuera la pollina. Empezaron a salir las lágrimas de sus grandes ojos pardos, y llorando se quedó dormido.

Le despertaron los aullidos lejanos de unos perros o lobos. Pensó levantarse y echarse a correr; pero estaba tan entumecido que no se podía mover. Los aullidos iban aumentando, aproximándose. Empezaron a oírse otros ruidos. A través de las lágrimas vio unos bultos en la oscuridad, rodeados de innumerables estrellitas de una luz blanca, intensa que al cabo le forzó a cerrar de nuevo los ojos. Oyó la voz de su madre, y vio las siluetas de los perros y las personas; oyó otras voces, más ladridos, mucha gente.

-¡Ay, hijo, hijito! ¡Lucito mío, cariño! – estaba en los brazos de su madre, que le preguntaba que qué le había pasado, dónde había estado su hermoso.

-Mamá – lloró el niño, sorbiéndose los mocos -, no quiero ir más a la escuela, no quiero, nunca.

-Bueno, hijo, pues no irás, si eso es lo que quieres.

CAPITULO 9

Desde entonces iba el niño con la madre todos los días a la fuente, a caballo sobre la pollina de marras. En la fuente encontraba Dorotea otras mujeres del pueblo, con las cuales a menudo hacía corro, platicando de las cosas de la vida. Entonces el niño, que no podía soportar las charlas y se aburría muchísimo, se volvía andando al pueblo, a esperar a que salieran los otros chicos de la escuela, para correr con ellos al campo y practicar aquello que a todos embelesaba, las pedreas: eran guerras que se organizaban entre la gente menuda de los diferentes pueblos de la comarca, imitando naturalmente a los mayores, « los rojos » y « los nacionales ». Lucito había llegado más de una vez a casa con un descalabro en el cabeza, consecuencia de una pedrada de un « soldado del enemigo. »

Pero las clases duraban hasta las cinco, y las tardes se le hacían muy largas al desafortunado zagal. Para matar el tiempo, subíase a los árboles, a ver si había todavía una pera, o algún higo, o una almendra que pudiera cascar con un canto en el camino. O si no, saltaba las tapias de los huertos; entraba en los corrales para espantar a las gallinas, o sacudir con una vara a los cerdos. Otras veces, se salía al campo, donde apedreaba las cabras que dejaban algunos vecinos cerca de sus cabañas, atadas a un arbolillo o un peñasco. Y todavía se aburría el pobre como una ostra.

Entonces se acercaba piano piano a la escuela y, escondido detrás de una encina, se ponía a esperar a que se oyera la campana anunciadora del fin de las clases. La maestra, que era un águila, en seguida le echó el ojo, y salió corriendo un día con un palo para darle una sacudida. Lucito, que la vio venir, puso pies en polvorosa, y como no le pudo alcanzar la otra, le arrojó el palo como un bumerán. El chico esquivó el golpe y, después de una breve carrera, tuvo la maestra que darse por vencida. Siempre dispuesto a dar guerra, Lucito, en cuanto se vio fuera del alcance de la terrible dama, se paró en seco, y llevándose el pulgar de la mano derecha a la punta de la nariz, y sacando la lengua, empezó a burlarse de ella. Luego se subió entre las breñas al castillo, y otra vez a las andadas. Vio un rebaño de cabras en una hondonada, y ¡a practicar otra vez su deporte favorito! Juntó unos cantos a sus pies, y apenas había comenzado a lanzarlos cuando se le apareció el hocico de un perro furioso, enseñando unos grandes comillos afilados. Mal lo hubiera pasado el travieso muchacho a no haber sido que detrás del perro apareció el cabrero Antón.

-¡Diablo de chaval! Ven aquí, redomado gandul. ¿Tirando piedras a mis cabras, eh?

-Si yo... no estaba tirando piedras... se lo pueo jurar por mi padre – balbuceó el aprehendido culpable; pues el otro ya le estaba arrastrando de la oreja -. ¡Ay, ay, ay! – chillaba.

-¿Cómo que no? ¿Qué es esto? – preguntó Antón, restregando el morro del chaval en el monton de cantos acumulados a sus pies -. Además de malo eres embustero.

-Yo no he sido – chilló vagamente el muchacho -, se lo juro.

-¿Quién lanzaba piedras entonces, eh? – le hizo sentarse en los cantos -. Y ¿pue saberse qué haces tú aquí?, ¿es que no hay hoy escuela, por si acaso?

-Sí que la hay – contestó Lucito, hurgándose la nariz. Miraba asustado al viejo que, sentado a su lado, le agarraba un brazo, y no le dejaba irse.

-¿Entonces?, ¿por qué nostás tú en clase?

-No me quíe la maestra.

-¡Hombre, qué casualidaz! ¿Por qué no te quiere?

-No sé.

-¿No sabes? Pues maltratar a las cabras sí que sabes. ¿No sabes que la cabra es una criatura delicada?

Lucito asintió con la cabeza.

-¿Y que se les corta la leche si se les da disgustos?

-Ya no lo haré más – gimió el chiquillo con voz de súplica.

-Bueno, esta vez te dejo ir. Pero la próxima vez que te coja, ¿sabes lo que te voy hacer?

El niño le miró de hito en hito, fijó sus ojos en la chepa del cabrero y tuvo mucho miedo. –Ya no lo volveré hacer – repitió.

-Rapaz mal criado – dijo Antón, relajando la presión en el brazo de Lucito -. Anda, lárgate. Y no dejes que te vuelva a ver por aquí. ¿Sabes? Se lo voy a decir a tu madre.

El chico se encogió de hombros, bajando la cabeza; y tan pronto como se vio enteramente libre, salió dando tumbos hacia el pueblo, dispuesto otra vez a hacer el mal.

CAPITULO 10

En el manantial de agua dulce que los lugareños llamaban 'la fuente', Dorotea reanudó su amistad con la labriega que había trabajado en el majuelo durante la vendimia. Una tarde Casta invitó a Dorotea a que viniera con ella a su casa, que era una de las diminutas de la ladera del castillo.

-Allí estaremos más tranquilas, boba – le dijo -, y podremos hablar un poquito.

Dorotea, que había llegado a conocer bien a la labriega, aceptó la invitación en el acto; creía que le iba a hacer su amiga una confesión, proponer tal vez que se escaparan las dos juntas a la otra zona. Entró en la choza excitadísima.

Pero Casta apenas desplegaba los labios; era como si hubiera cambiado de repente de parecer. Se oía el ulular incesante del viento, que entraba por un millar de resquicios en las paredes, amenazando con apagar la vacilante luz de un cabo de vela que había en el medio de la mesa.

En un rincón se veía una especie de biombo, hecho de cañas, y detrás se averiguaba la existencia de una cama. Al otro lado de la habitación, que era toda la casa, se veía un agujero con una lumbre de boñigos y montones de paja. Encima, una especie de repisa, con artículos de cocina. Y colgando de clavos en la pared dos pucheros, una sartén muy negra, y una espumadera y un cazo. Todo muy simple y denotando pobreza, pero no sucio ni desordenado.

Todo lo observaba Dorotea desde su silla. Estaba quedándose fría, sin hacer nada, y, como además se había puesto muy nerviosa, sintió la necesidad de ponerse de nuevo a dar pasos. Y hablar mucho. Empezó a contarle a la otra cosas de su vida, a ver si se animaban las dos un poco. Y sin saber realmente por qué, se puso a relatar lo que le había pasado antes de la guerra, "justo cuando comenzaba el alzamiento," dando rienda suelta a su imaginación. ¡Lo que había sufrido ella con el marido! ¡Ah! ¿Pero no lo sabía? Creía que se lo había contado. Sí, mujer, habían reñido mucho ella y su Lucio. Por eso. Y continuó contándole otras cosas de su vida, quejándose mucho.

Luego cambió un poco de rumbo. Sentía un peso muy profundo en el alma. Pues era ella la que había conducido a su marido por el camino que le había llevado a la cárcel, era ella la socialista. A **ella** podía decírselo. Que la habían visto desfilando en las manifestaciones y con el puño en alto. Tenía un remordimiento y una pena tal, que no sabía qué hacer. Por su Lucio sufría. Y era esa la causa de su desvelo ahora, el no aguantar más esta pereza, el querer pasar a la otra zona, hacerse miliciana, luchar, salvar a su marido

Contaba todo esto Dorotea bajando mucho la voz, haciendo un aspaviento a cada paso, dando un suspiro tras otro, observando todo el tiempo a la labriega, como esperando ver en ella un signo que le permitiera ir más adelante.

Casta contestaba, cuando la otra hacía una pausa, que sí que se veía que era ella muy valiente, y que ya sabía que había sufrido mucho, esa agonía interminable, y que se lo había contado ella misma todo ya otras veces. Una vez le preguntó a Dorotea que si tenía esperanza de juntarse un día con su marido.

-¡Ay, eso sólo Dios lo sabe! – respondió Dorotea - ¿Juntarme con mi Lucio? ¡Qué más quisiera! – (una lágrima en cada ojo) -. Ya sabes, Casta, que tengo un hermano (Santiago, el chiquitín, ya te acordarás, ¿no?) Pues él es el que se ha encargado de enterarse adónde se han llevado a mi Lucio. Pero, fíjate, creo que le han movilizao para llevarlo al frente. Es mi prima Teodosia quien me ha pasado recado, Teodosia Martínez, hija de una hermana de mi padre, ya difunta, que en paz descansan los dos; que se casó mi tía con uno que había estado en Argentina, Hipólito, de los Martínez de Mozón, ¿les conoces? Pues esa es la prima que me pasó razón; pero no sé si he entendido bien. Como todos tienen miedo de hablar de la guerra, pues no estoy segura; casi no me enteré de lo que me decía el práctico que traía el mandado de Valladolid.

Volvieron a reunirse las dos mujeres en la choza de la cuesta del castillo a ‘parlar un ratico’, como ellas decían, y se hicieron cada vez más amigas. Pero no tanto como a Dorotea le hubiera gustado. Fue ésta dándose cuenta poco a poco de que había algo que impedía que esa amistad se hiciera verdaderamente íntima. Hablaban con entusiasmo y familiaridad, “¡Ay, Casta, mona! – decían - ¡Doro, guapa!”; y en seguida venía la reculada de parte de la labriega, como si tuviera miedo de caer en una trampa.

A Dorotea le habría gustado que hubiera habido en seguida más confianza entre ellas, más calor, más camaradería. Sobre todo que no había ninguna otra en el pueblo a quien ella pudiera abrir su pecho así. Sus primas, por el momento, se limitaban a saludarla, a llamarla “guapina”, “mona” y otros agradables apelativos; pero se ostinaban en no corresponder mucho con ella, por miedo “a lo de Lucio.”

Una vez, al entrar en la estancia única que constituía la morada de su amiga la labriega, vio Dorotea que había en la mesa un cesto de mimbre que la otra se precipitó a cubrir con un paño de cocina. No dijo nada, y la labriega tampoco hizo referencia a ello durante todo el tiempo que duró la visita, que fue corta; pues Casta tenía prisa para un mandado que tenía que hacer.

-¡Adiós, guapa – dijo, al cabo -, que te encuentro muy bien, Doro maja, de veras.

Y en efecto, que estaba otra vez muy bella Dorotea. Con la buena comida del pueblo, con el ejercicio de los campos, el constante trajinar en la casa, los paseos en la burra a la fuente, la vida sana y sencilla, sin preocupaciones que verdaderamente vinieran a apesadumbrarla, su aspecto físico fue adquiriendo poco a poco la frescura y lozanía de antaño; estaba otra vez hermosa, más que nunca, a sus treinta y tres años. Llevaba el pelo corto, peinado hacia los lados, cubriéndole en bucles las orejas; sus grandes ojos castaños habían recobrado su anterior fulgor; y sus labios, ligeramente abultados y siempre rojos, parecían dos guindas preciosísimas que decían comedme. Incluso ese defectillo, un ligero vello que había asomado hacía ya algún tiempo por encima de su labio superior, ahora más bien

servía para realzar su belleza de mujer madura, dando a su entera boca el aspecto de un durazno fresco y sumamente apetecible, sobre todo que en los últimos tiempos había recibido su cutis mucho sol, junto con ese viento magnífico que tan a menudo sopla en la llanura castellana.

CAPITULO 11

Entre los camaradas de su tío Urbano que venían a verle a casa, había un don Alonso Carrión Cienfuegos, esmerado y distinguido él, que no hacía más que fijarse en Dorotea cuando estaba la familia reunida en la cocina, que era donde don Urbano le recibía durante las largas tardes de invierno. Era don Alonso solterón, de una cincuentena de años, administrador de fincas de profesión. Es decir que administraba las fincas del señor Marqués de Campos, el cual, como ya no venía mucho a Tordehumos, teniendo casa en Valladolid y en otros muchos lugares, le había dejado a su amigo y consejero que habitase permanentemente la casa y se ocupara de las tierras.

Se sentaban los dos comparsas al calor de un brasero, mano a mano, en la mesa-camilla, metiendo bien las piernas bajo la manta que la cubría, platicando muy en secreto de política. Los dos eran de extrema derecha y muy católicos. Su ídolo era el general Emilio Mola, jefe de los ejércitos del norte y aliado de las facciones carlistas.

Mientras tanto las dos mujeres se sentaban en sendos taburetes junto a la trébede, haciendo una la costura y pelando la otra patatas o preparando cualquier otra cosa para la cena. Dorotea se levantaba de vez en cuando para arrojar al fuego un cuadrado de boñigo endurecido y paja de la cuadra. Y cada vez que así hacía, aprovechaba para desplazar un poquito el taburete hacia el rincón donde los dos hombres estaban hablando, a ver si se enteraba de algo.

Ya hacía tiempo que había notado Dorotea que le miraba insistentemente don Alonso, miradas que ella no hubiera esperado, francamente, de un caballero tan distinguido que además ya no era ningún pollo, y que ciertamente no ignoraba su condición de mujer casada. No hacía mucho empero para disuadirle; al revés, a veces le incitaba, muy discretamente, eso sí; pero lo hacía: lo atacaba con los ojos como quien dice. ¡No la halagaban poco esas miradas furtivas del apuesto caballero, esos suspiros que de vez en cuando se le escapaban del pecho! Pues conviene saber que, aunque ya entrado en años, don Alonso era de muy buena estampa, elegante y bien parecido.

Le hubiera gustado oír a Dorotea que don Alonso Carrión preguntaba al amigo sobre la sobrina, saber que efectivamente se interesaba en ella. Pero no, ¡siempre hablaban de la endemoniada política, de Franco, Mola y los otros generales, y de cómo iban las cosas de la guerra!

-Ya sabrás que Mola está muy descontento – le decía don Alonso una noche a su amigo.

-¿Pues qué? – preguntaba don Urbano.

-No, nada. Que le contestó a Franco: ‘¿Vas a decir que no puedo ostentar el mando?’

Una tarde de crudo invierno, estando Dorotea sola en la casa, llamaron a la puerta. Corrió a abrir, y era don Alonso. Toda azarada le informó, balbuceando, que su tío no estaba en casa, que no había nadie, pero que si quería esperarle que pasase, que quizás no tardaría mucho. El administrador, quitándose los guantes, respondió que bueno, que esperaría un poquito, si no le molestaba, y se coló en la casa, al tiempo que entraba un gato hermoso que estaba pasando al parecer mucho frío en la calle.

-¡Cómo me va a molestar! – iba diciendo Dorotea -, si no es ninguna molestia, de verdad. Además, don Alonso, usted es ya de la casa, ¿no sabe? Al revés, pase usted con mucho gusto, y siéntese junto al fuego, si quiere, mientras yo sigo con mis labores.

Don Alonso se sentó junto a la trébede, habiendo depositado antes el gabán en la mesa camilla. Mientras tanto Dorotea seguía atareada en las faenas de la casa. Estaba haciendo la plancha encima de la gran mesa de cocina. Como ello le daba calor, sólo le cubría el torso una blusita sin mangas, ligera, que se le apretaba deliciosamente al cuerpo. Don Alonso la observaba, y la veía trajinando muy excitada, torciéndose a un lado y a otro, apretando la negra plancha hacia abajo con su hermoso brazo desnudo, mientras con el otro se tocaba los labios o echaba hacia atrás un rebelde mechón, nerviosa al saber que era observada; luego a empujar con los dos brazos, con fuerza, después de haber sacudido sobre el tejido los dedos llenos de agua, enseñando al inclinarse la silueta de los pechos y apretando su barriguita contra el borde de la mesa.

Se metió el caballero una mano en el bolsillo de la americana. - ¿Le importa si fumo? – preguntó, extasiado y sudoroso, un cigarro puro en la mano.

-¿A mí por qué me habría de importar? – contestó ella -. Fume si quiere, que está usted en su casa.

Acto seguido se entabló entre los dos una animada conversación sobre las tareas de la casa, el trabajo en general y la vida en el pueblo, maravillándose entrambos de que pudieran apañarse así, viviendo tan campantes en una aldea como Tordehumos; pues don Alonso era también forastero. Al cabo vinieron a platicar de las tierras, y especialmente de las propiedades de la familia Núñez de Campos, la casa del marqués, que don Alonso habitaba ahora, un edificio hermoso situado en el camino vecinal que bajaba hacia el antiguo parador de los coches de líneas. Dorotea dijo que ya lo sabía, que era una casa muy hermosa y que la había visto un millar de veces, que ya de pequeña le había chocado esa casa: lo rico y hacendado que debía ser el señor marqués. Pero que por dentro no, que no la había visto nunca.

-¡Ah! Pues tiene que venir a verla, sin falta – se precipitó a decir el administrador. Y añadió con exageración: - Es un palacio, se lo aseguro.

Dorotea señaló, muy coqueta, que ella nunca había visto un palacio por dentro, un palacio real y verdadero y con gente que viviese en él. Había visto, eso sí, el de los Condes de Benavente en Valladolid; pero, en fin, eso era otra cosa, un museo donde había que pagar y todo; aunque confesó que ella se había colado,

¡qué gracia!, mira que si le iban a sacar a ella los cuartos para ver eso; iban dados. Como si se estuviera chupando los dedos.

El miraba fascinado la mano libre de Dorotea, que se metía ella a cada paso entre los labios como una niña. ¡Sí, claro! No le faltaba razón. El Palacio de los Benavente, pues eso era un museo. Y los museos ya se sabía, era una cosa bien diferente el ver un palacio habitado, es decir, donde todavía vivía la gente: en eso tenía ella más vista, que era más natural el entrar en un sitio donde había un propietario; lo otro era artificial.

Dorotea dijo que a ella le gustaba la naturalidad en todo, y que odiaba lo artificial.

-Pues tendré mucho gusto en enseñarle un día la mansión de los señores del lugar, que al fin y al cabo usted es tordehumeña y debe conocer todo lo que se refiere al pueblo – ofreció de nuevo el administrador, inclinándose muy cortés -, vamos, si usted lo desea.

-Pues claro que me gustaría ver como es eso por dentro – se apresuró a responder la mujer. Había dejado ya la plancha y estaba sentada ahora en un taburete, con un puchero lleno de cebollas, pimientos y otras verduras a sus pies, y un palomino en la mano.

Don Alonso arrojó los restos del cigarro en el fuego, cogió el gato y lo colocó en sus rodillas, acariciándole en silencio.

-Claro que me gustaría verlo – repitió Dorotea, apuntando al caballero con el cuchillo con el que estaba descuartizando el palomino – cuanto más que como usted ha dicho, que es un verdadero palacio, y no es artificial. Así que sí que me gustaría ir un día. A mí me gusta ver esas cosas, salir, ver mundo; soy una correterona, al pan pan y al vino vino.

CAPITULO 12

Don Alonso, pues, enseñó la casa del marqués a la sobrina del amigo, y quedaron ambos muy satisfechos de la visita. No omitió detalle el administrador, ni de los diferentes aposentos, ni de la antigüedad de los muebles, la historia de cada objeto, los cuadros, tapices, estatuas, los marfiles, filigranas de oro y plata, cristalería, vajillas, etc. Fue corriendo cortinas, destapando antigüedades, encendiendo candelabros, poniendo en marcha péndulos y relojes. Pasó luego a la capilla, donde se había casado el marqués y se habían celebrado además no sabía cuantos actos y ceremonias.

Por el momento vivía el administrador en una de las alas del edificio, con un ama de llaves muy vieja y algo sorda, que presentó a Dorotea según salían los dos al jardín. En los tiempos en que don Hernando y otros miembros de la familia aún venían a Tordehumos había habido en permanencia un montón de servidumbre, aparte de los mozos de labor. Pero a la llegada de la república, y luego con la guerra, todos habían desaparecido, despedidos unos, movilizados otros para el frente, y hasta que no quedó ninguno, salvo la sorda anciana.

La visitante fue presentada asimismo a los perros de la casa, tres en número, a cada cual más hermoso.

-Este es Sultán, gran cazador – dijo el caballero, acariciando un perrazo con manchas negras que había venido a lamerle la mano.

-¡Oh, es precioso! – señaló Dorotea, aparentando interés.

-Aquella es Negrita. El lobo, Centauro.

Como la casa caía algo lejos del pueblo, el señor Carrión había traído a Dorotea en una tartana descubierta, de un caballo, a la cual se había referido el administrador como 'el surré'; y al terminar la visita, ayudándola a montar otra vez en el carruaje, la invitó gentilmente a dar una vuelta, si así lo deseaba, para que viera el campo, al tiempo que él echaba un vistazo a sus tierras. – Le gustará verlo, Dorotea – aseveró -, son inmensas.

-Si están de paso, don Alonso – contestó la mujer, vagamente -. Pero sin tardar mucho, ¿eh?

-Se lo prometo.

Se metieron por un sendero solitario que conducía directamente a Castromonte, seguidos por uno de los perros, que no cesaba de ladrar. Hacía mucho frío, y Dorotea apretaba el abrigo al cuerpo con las manos enguantadas. Don Alonso vestía un gabán negro con puños y cuello de piel.

-Habría visto usted – decía don Alonso, atusándose pensativo el bigote – que soy muy amante de los animales. Es la educación que recibí en mi casa ancestral, allí en Toledo. - Miró de soslayo a la mujer y, soltando un poco las riendas del

caballo, añadió filosófico: - Mis padres me enseñaron un amor a la vida, un no sé qué de respeto hacia todo lo que se mueve, que ahora ya eso forma parte de mi carácter, una segunda naturaleza como si dijéramos. Siempre teníamos un montón de perros en casa; y de gatos, no hablemos; sin contar los caballos. En mi juventud siempre íbamos de caza, mis hermanos y yo. Cobrábamos docenas de piezas que mi padre siempre bendecía en la mesa. No le digo, siempre muy amantes de los animales y de la naturaleza. Y nada de tratarlos (los animales, quiero decir) a patadas, como hacen algunos. Los gatos, por ejemplo, ¿ha visto usted como los tratan los... los bestias de Tordehumos?

-¡Oy, madre! – exclamó Dorotea, infantil -, oiga usted, que yo soy de aquí.

-¡Oh, disculpe! – respondió él -. Mil perdones. No lo decía por usted, eso por descontado. En muchas casas hay, bueno, ese amor por los gatos. Pero hay otros..., no, de veras, ¿no ha visto lo salvajes que son algunos, propinando patadas cuando se cruzan con un gato, por ejemplo?

-¡Eso sí! Algunos sí que lo son – respondió Dorotea, dejándose llevar; y añadió -: Es verdá. Son unos cafres los de los pueblos. ¡Cómo tratan a los animales! Sobre todo los burros.

Iba la tartana atravesando un terreno algo elevado y boscoso. Al cabo don Alonso dio la vuelta al caballo, y emprendieron el camino de vuelta a la nava, aunque no todavía hacia Tordehumos.

-¿Sabe usted? – dijo aproximándose a la mujer -, a mí me parece que los animales a veces sienten más que las personas. No, de verdad. Se lo digo yo. - Había un aire de misterio en sus palabras que desconcertó a la joven.

La cual se limitó a confirmar, arqueando las cejas: -¿Eh? ¡Ah, sí! Claro que sí. Son muy sentidos. Los animales son muy sentidos.

-Y lo que no se puede negar – insistió el caballero – es que son **mejores**. No, yo cuando veo que hay gente que no respeta a los animales... o la naturaleza en general, ¡eh!...!Ay, cómo me pongo! Porque le digo francamente que si no fuese por... - Se paró de repente, y de sus ojos crueles casi salían chispas.

Dorotea hizo otra vez ese gesto de exquisita coquetería con las cejas, y de su pecho salió un suspiro. En realidad no le escuchaba. Tenía los ojos clavados en el camino, entre las orejas del caballo, y esperaba que el administrador soltara un poco más las riendas y la llevara a donde no se pasase tanto frío.

Pero don Alonso erre que erre: perruno hasta la médula. – No, al menos uno puede depender de **ellos**. La fidelidad de un perro, por ejemplo.

-Es verdá. Son muy leales los animales, sobre todo el perro.

-Mientras que los hombres..., ya ve como nos ha fallado el pueblo en... en casi toda España, eso es la verdad. Ya se habrá enterado de las atrocidades que están cometiendo los rojos en Madrid, pongo por caso. Diga lo que quiera, que lo

que hicieron las hordas marxistas en el asalto del Cuartel de la Montaña... eso es digno de Nerón.

Dorotea, que no sabía a lo que el otro se refería, ni había oído hablar nunca del Nerón ése, ni casi del Cuartel de la Montaña, contestó que sí, que eso era digno de Nerón.

-En mi mismo Toledo – continuó el administrador -, de no haber sido por el valor y el coraje del Coronel Moscardó.... Ya leería lo de la hazaña del Alcázar en el Diario, ¿no?

-Algo me ha contao mi tío. Pero no, no lo leí. Ya ve.

-Pues ahora se lo cuento yo – dijo el caballero, y volvió al asunto, hablando de ello por un cuarto de hora: cómo la guardia civil se había levantado contra el populacho y en favor de Cristo Rey, cómo se habían refugiado, con ellos, todos los hombres de bien, metidos todos en el Alcázar, pasando toda clase de calamidades con sus esposas y niños, y hasta que llegaron los legionarios de Africa, salvando de una muerte segura a aquellos héroes, defensores de la Santa Tradición.

La mayor parte de las fincas del marqués, fuera en el monte o fuera en el llano, estaban muy abandonadas. Las tierras de cultivo llevaban años en barbecho. Y la mayor y más rica de las fincas, la de Los Tejos, había sido transformada en un coto de caza. Allí es adonde condujo don Alonso la tartana. Ataron las riendas del caballo en un matorral, y se pusieron a caminar por un sendero algo húmedo, al lado de un arroyo.

-Dicen que en algunos de estos ríos hay cangrejos – observó el administrador.

-¡Ah, en el Sequillo sí que los hay! – contestó entusiasmada Dorotea - ¡Ay, cómo nos metíamos de pequeños en el agua! Nos quitábamos hasta las bragas, y se nos pegaba la enagua al cuerpo. ¡Ay, la de cangrejos que nos llevábamos a casa! No se crea -. Con el ejercicio había entrado en calor la mujer, que, animada, le contó al administrador la de diabluras que les hacían los chicos, tratando de tocarlas, y como salían ellas corriendo alborotadas, dando voces.

El la contemplaba con ojos de sádico, dándose golpecitos con el látigo en el ribete del abrigo. – Venga – dijo, agarrándola -, le enseñaré uno de mis lugares predilectos. Aquí no viene nadie hoy día, pero años atrás nos pasábamos jornadas enteras cazando, el marqués y yo.

Le miró Dorotea, dudosa, y él la confortó, diciendo: - No, no estaremos mucho tiempo, se lo aseguro.

-Creo que deberíamos volver al surré – suplicó ella -, se está haciendo de noche.

-Tiene usted razón – replicó él -. Otro día. – Y dieron media vuelta.

La perra les había seguido, entrando y saliendo por los matorrales, husmeando como si buscara algo. Don Alonso la llamaba, se agachaba para acariciarla, cogía una ramita del suelo y la arrojaba a lo lejos, chillando: - ¡Hala, Negrita, a por ella! - Y la perra salía corriendo, ladrando alegremente, y hasta que llegaron a donde habían dejado la tartana; y se volvieron al pueblo.

CAPITULO 13

Volvió a invitar el señor Carrión a la sobrina de su viejo comparsa, y continuaron los paseos en tartana y a pie por las propiedades del Marqués de Campos. Iban siempre acompañados de uno u otro de los tres canes del administrador.

Una vez, que le tomó la mano para saltar un arroyuelo, sonrojó de tal manera Dorotea que él, muy caballero, le pidió perdón y preguntó si le había hecho daño o la pasaba algo.

-¡Oh, no, nada! – balbuceó la mujer -, no me pasa nada, don Alonso.

-No me llame don Alonso, se lo suplico. Alonso a secas. ¿Me lo promete?

Se le acercó el perro, cogió don Alonso un canto con su mano enguantada y lo arrojó muy lejos, emitiendo un sonido gutural.

-No – dijo pensativo al cabo de un rato, sin que la otra supiera a cuenta de qué -, la vida en Tordehuegos puede ser triste y solitaria para un hombre como yo.

-Pues sí, ya me lo figuro – contestó ella, clavando un tacón en la tierra húmeda del sendero -. Si yo me preguntaba que cómo puede hacerse usted a la vida del pueblo.

-Ya ve, las obligaciones. A la fuerza ahorcan.

-Y ¿por qué no se casa usted? – preguntó ella, reanudando la marcha.

El administrador volvió a tomar la mano de la mujer, y dijo en voz baja y dulzona, acercando la cara: - Ahora ya, ¿quién se casaría conmigo?

-¡Anda! ¿Con usted? – contestó ella, haciendo aspavientos; y luego, bajando la mirada: - Más de una en el pueblo se pirriaría por casarse con usted. Puede creérmelo, d... Alonso.

El se aproximó tanto que casi le tocaba la cara con los labios según preguntaba: - ¿Se casaría **usted** conmigo?

-¿Yo? – exclamó ella, separándose asustada -. ¡Madre, qué pregunta! Si yo ya estoy casada.

Don Alonso estuvo a punto de perder la compostura. Se pasó un pañuelo muy bien planchado por la parte inferior del bigote, como secando una gota de rocío, y declaró: -¡Oh, perdóneme, Dorotea! No. No sé ni lo que digo. - Y luego, extendiendo una mano sin guante, la palma hacia arriba, como esperando ver si llovía, añadió: - Nos vamos a quedar helados. Volvamos al 'surré'.

El cielo se cubría más y más densamente de nubes, y la noche se les echaba encima. No habían salido aún de entre unos árboles húmedos, oscuros, a donde el caballero había conducido como un sátiro a la dama, con sabe Dios qué intenciones, cuando el perro empezó a moverse y a dar muestras de una furia sin igual, dando pequeños ladridos y llenándose la boca de espuma, mientras movía la pelosa cola con gran agitación. Y vieron por entre las ramas del tejo que les ocultaba, a una cierta distancia de ellos, la silueta de una negra mujer o fantasma.

-¡No! ¡Calla, Centauro! – ordenó el amo, apretando bien las mandíbulas, pues también él se puso furioso -. ¿Quién será esa vieja? – se volvió a Dorotea.

-¡Yo qué sé! No la he visto en mi vida – mintió ella, ya que de hecho, y a pesar de la incipiente oscuridad, había reconocido a Casta.

-Es raro – continuó él, sosteniendo el perro -, si no fuera porque sé que no hay nada en esta finca, salvo conejos, pensaría que venía a robarme algo.

-Estará buscando leña para el fuego – sugirió Dorotea.

-No sé – dijo el administrador, malhumorado -. Le digo que a punto estoy de soltar el perro y dejar que devore a esa vieja; vería que poco tardaba en hacer trizas de ella.

-¡Oh, no! No haga usted eso – le contuvo Dorotea, amedrentada.

-Bueno, vámonos.

Salieron al campo raso. Dorotea vio que a lo alto de una loma asomaba un tejado destartado. Luego, cuando volvían en la tartana para coger el camino de Villabrágima, al subir esa misma loma, vio en la ladera, al otro lado, la estructura circular de un palomar muy viejo que debía estar abandonado.

Aquella noche estuvo la mujer dando vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. Con los ojos cerrados veía objetos extraños, imágenes que no tenían ninguna relación con la realidad, presente o pasada, de su vida. Oía las ráfagas del viento, eso sí, azotando los vidrios de la ventana, el pataleo inquieto de la única mula que quedaba en el establo, y el canto de un gallo; sonidos bien familiares. Pero había algo más, no sabía qué, y aunque continuaba envuelta en la manta, tratando de dormirse, su mente no obedecía. **Veía** cosas, percibía el movimiento de cierta materia que la rodeaba, oía ruidos: formas, colores, fantasmas, aullidos y jera todo tan incomprensible! Tenía delante de sí esas sombras, esos personajes raros que tanto la impresionaban; los veía dando saltos, haciendo piruetas, viniendo hacia ella, incluso dirigirle la palabra, y no acertaba a comprenderlo. Y no obstante, ella no hacía nada, casi inmóvil, como un cadáver. Tiesa, silenciosa, muerta de miedo. Se le representaba la imagen de un viejo, quitándose unos guantes de cabretilla, los dedos como sarmientos viniendo a agarrarle los pechos, estrujándoselos dentro de una tela suave como la seda que ella no recordaba haber vestido antes nunca; sintió un dolor insoportable en los pezones; oía una voz dulzona medio ahogada por un líquido blanco, espumoso que le manchaba la enagua, y que salía a borbotones de entre unos dientes negruzcos, la boca de un anciano, y una voz como un silbido,

instando a un perro o un lobo a que corriese y que hiciera algo horrible. - ¡No haga eso, no haga eso, no haga eso! - chilló, y abrió los ojos.

Comprendió con cierto alivio, despejándose, que estaba en su aposento de la casa de su tío, un antiguo granero encima de la cuadra. Volvió a oír el pataleo de la mula, y otra vez el canto del gallo.

Al día siguiente se fue sola a la fuente nada más comer. Y desde allí, sin preocuparse del aumento de peso, con los cántaros ahora llenos de agua, volvió la burra hacia el sendero de la ermita, rodeando todo el pueblo, para que no la viera nadie, cruzó la carretera, y entró en el sendero que conducía a Castromonte. Pero se detuvo en la mitad del camino. Había reconocido el bosquecillo de los tejos, la loma por la que había visto subir a Casta al anochecer del día anterior. Sintió al instante miedo, pero siguió adelante: se le había metido en la cabeza que tenía que ver ese palomar por dentro. No sabía lo que quería ni lo que buscaba, o el porqué de aquel empeño en llegar hasta allí. A decir verdad, parecía hipnotizada.

Era una tarde de mucho viento. El cielo gris de plomo había estado amenazando todo el tiempo lluvia, que ahora había comenzado a chispear muy suavemente, al tiempo que se calmaba un poco el vendaval. Dejó Dorotea la burra atada entre los tejos, y ascendió el montículo a cuyo otro lado se veía solitaria y fea la construcción cilíndrica del palomar en ruinas.

A pesar de que el miedo que sentía iba en aumento, ya no le quedaba más remedio que seguir adelante. Iba a descargar una nube justo encima de ella, y no había otro sitio donde protegerse, ciertamente no entre los tejos. Dejaría descargar la nube y volvería corriendo a la burra, y a casa.

Llegó al edificio a tiempo de protegerse de la lluvia, que comenzaba a batir ya abundantemente. Empujó el cuerpo contra la puerta, que estaba atrancada, metiéndose bajo el alero de lo que en aquella parte quedaba de tejado.

Estaba así recostada, maldiciendo el momento en que se le había ocurrido emprender semejante aventura, cuando de pronto cedió la puerta y simultáneamente se sintió arrastrada hacia el interior por dos brazos descomunales de hombre o de fiera o no sabía qué. Instintivamente dio un grito, que su atacante amortiguó con una mordaza con la que le cubrió los labios y ató fuertemente en su nuca, al tiempo que le daba la vuelta, apretándola contra la pared interior del palomar, cuya puerta continuaba abierta. De tal manera que la poca luz que entraba en el palomar mostraba a medio perfil el cuerpo y rostro de la mujer.

-¡Doro! – exclamó el hombre sordamente -. ¿Qué haces tú aquí? ¿Quién te ha dado el soplo? - Incluso en la oscuridad brillaban sus ojos ferozmente.

Parecía mentira que ese ser demacrado, medio desnudo y feroz pudiera ser aquel mozo apuesto y galán que había ella tanto amado en su adolescencia y a quien en el fondo de su alma no había dejado de querer. La corona del cráneo aparecía rasa y unos horribles mechones marrones le caían por detrás y encima de las orejas, una melena que se unía por delante a una barba desgredada, dándole al todo un aspecto espantoso de león. Ella le miraba con ojos saltones de súplica y de

terror, haciendo en vano mil esfuerzos para hablar, decirle algo; él comprendió el gesto al cabo, y emitió un gruñido, con el que pareció pedirle perdón. Y acto seguido desató la mordaza, diciendo:

-¡Maldita sea! ¿Quién más lo sabe? Dime.

-No, nadie, Justino, nadie... quiero decir... yo no sé – murmuró ella, cada vez más asustada. Su corto cabello empapado caía hacia los lados, dándole un aspecto inocente de adolescente, aterrada -. Déjame, por favor..., déjame que me vaya.

-¡Cómo diantres puede ser! ¿Quién te lo ha soplado? – repitió él entre los dientes, todavía atenazándole los antebrazos, los codos contra la pared.

-Nadie, te lo prometo. Nadie lo sabe. Ni siquiera sabía que hubiera alguien aquí. Llegué por un casual, créeme – (llorando) - ¡No me hagas nada, te lo suplico! Ya sé que no puedes quererme, Tino, pero no me odies; hazte cuenta que cuando niños nos juramos... que nos amaríamos siempre.

Durante muchos años, después de la salida de la joven 'para la capital', el pobre mozo enamorado no había tenido otro pensamiento, otro deseo que volver a verla: aquella cara redondita, aquellos ojos pardos luminosos, las largas trenzas negras, sus nariz respingona y aquellos labios hermosísimos de niña mimada refunfuñona. Después, cuando ya supo que Dorotea le había olvidado, que se había casado con otro, creyó volverse loco de dolor. Coincidió aquello afortunadamente con su ida a Marruecos, la guerra de Africa. Un día (ya de vuelta al pueblo) también él se casó, con una moza que murió de parto, sin dejarle siquiera el consuelo del hijo, que también falleció. Y de nuevo la soledad, hasta que llegó la República, y su amistad con el señor maestro, la política, la radicalización de sus propias ideas, la lucha por la reforma agraria: había logrado hallar otro propósito en la vida, una meta, una ilusión y un militantismo donde ya no había ni podía haber lugar para una mujer. ¡Qué importancia podía tener ya, en aquel mundo de lucha que a todas luces se aproximaba, la falta de una hembra, la imagen de aquella jovencita que le había traicionado, su primer amor... ya olvidado hacía años!

Y con todo, en este desesperado momento, apartado de la vida activa de una patria que de hecho se desmoronaba, encerrado, sometido a emociones, ¡oh cuán contradictorias!, ningún sentimiento podía continuar inalterado, fijo, siempre lo mismo. La vida pasa, camina, todo da vueltas, y más vueltas; uno cambia, el mundo es otro..., y aparecen nuevas imágenes, recuerdos de algo que se creía ya muerto... ¡aquella hermosa mujer, en este instante en sus brazos!

Se le despertó de repente aquel deseo, aquel amor ya tanto tiempo apagado. Era simplemente un hombre acorralado que veía la muerte muy cerca, y necesitaba un momento de tregua, un respiro. Cerró los ojos. Y los volvió a abrir. Contemplando a aquella mujer implorante, temerosa de lo que él le pudiera hacer, algo le trajo al sentimiento la niña que había temblado en sus brazos aquella noche que nunca, nunca había olvidado, su primer beso de amor. Y no pudo retener un sollozo. Agachando la cara, para que no le viera ella llorar, apretó sus labios contra su hombro, el negro cabello rociado de lluvia, y la besó una y otra vez.

Ella respondió a sus besos con igual intenso amor, como había respondido **aquella noche**, cuando nació Santiaguillo, aquella primera vez, sólo que con mayor deseo, más profundamente. Cayeron por tierra abrazados, y todavía él la besaba; y ella a él aún más: quería ser amada, necesitaba tenerlo y tenerlo en su interior, tierno y caluroso, como si estuviera encinta de él, con él muy adentro; en su cuerpo de mujer madura hermosa que tenía un mundo que ofrecer, y recibir, un mundo de placer inconmensurable.

Más tarde, se sentaron en el suelo entre dos paredes cilíndricas de adobe, oyendo el sonido de la lluvia en el tejado y en los campos. Y abrazados, con lágrimas en los ojos, las palabras: ella mencionó el sufrimiento que le había causado la guerra, tantos muertos, tanta sangre, y la alegría al enterarse, cuando llegó al pueblo, de que su Tino había escapado; él relató la aventura de su escapatoria; fue precisamente Casta (de quien ya había hablado Dorotea), que estando un día fregando los suelos del cuartelillo de la guardia civil, entendió que había un mensaje de la capital que anunciaba el triunfo de la rebelión contra el gobierno; y vino corriendo a avisarle; lo demás se lo debía a la suerte; conocía bien aquella finca abandonada, por haberla visitado varias veces con el funcionario de la reforma agraria.

-En un principio pensaba pasar aquí unos días, hasta ver. Y si el triunfo de los rebeldes se confirmaba, saldría una noche a decir adiós a mi madre.... Y ya ves lo difícil que resulta; no habría llegado ni a la carretera – concluyó, desalentado. Se levantó nervioso, cerró la puerta y volvió a sentarse junto a la mujer.

Dorotea, cuyos ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad, vio a ambos lados las filas de nichos, vacíos de pichones, algunos con objetos y provisiones. Había también una manta, en la que estaban sentados, encima de un montón de paja y hojarasca, y un cojín o almohada.

-Todo esto lo ha traído ella – dijo Justino -. Corre un riesgo enorme, la pobre. No tengo ningún derecho. Hay patrullas en la carretera. Los veo todas las noches.

-¡No debes salir! – gritó Dorotea. - ¡Te matarán!

-No puedo más. He de intentar algo, llegar a la otra zona.

-Tino, no salgas todavía. Aquí estás seguro. La situación puede cambiar de un momento a otro. He oído decir que han sido rechazados en el frente de Madrid.

Justino acarició con la punta de los dedos los rizos de Dorotea. – Ahora es el momento, Doro – dijo, besándola en los labios -. Para las Candelas los días se harán más largos.

-Aguarda un poco más, ahora que nos hemos encontrado.

CAPITULO 14

Dorotea no regresó al pueblo hasta la madrugada. Dejó la burra atada en el portón del corral, y luego de haber dado la vuelta a la casa, entró por la puerta principal sin hacer ruido y se fue derecha a la cama. Al punto le entró una tiritona extraña, sintiendo un escalofrío tras otro. Acababa de quedarse dormida cuando despertó de un sobresalto. Un sudor frío le bañaba la frente. Volvió a quedarse dormida y se volvió a despertar. Oyó el canto de un gallo en el corral. Al cabo sintió como Berenguela se levantaba. La oyó trajinando en la cocina; pasos, y el ruido de pucheros. Sabiendo que tenía que preparar unas sopas de ajo para el desayuno, trató de levantarse; pero no pudo; algo la paralizaba, como sujetándola entre las mantas. Solamente entonces se dio cuenta de que estaba sudando copiosamente. Y al mismo tiempo tiritaba. Seguramente que tenía fiebre.

A los pocos momentos, cuando se encontraba de nuevo en esa especie de torpor que precede habitualmente al sueño, sintió que alguien entraba en la habitación; oyó la voz chillona, inquisitiva del ama. Debió de responder alguna tontería, pues Berenguela soltó un gruñido de sarcasmo.

Sintió un dolor profundo en el cerebro: sonidos incoherentes, visiones, voces confusas; hasta que se le nubló la vista. Por un rato vio sombras difusas todo alrededor. La habitación y las sombras comenzaron a dar vueltas. Cesó al cabo ese malestar y los dolores; y luego ya no sintió nada. Cuando al fin volvió enteramente en sí, lo primero que de nuevo vio fue el visaje aguileño del ama, la cual le dirigía una mirada de obvio reproche. Movié los ojos alrededor de la habitación, y preguntó con voz débil: - ¿Qué me ha pasao, Beren?

-¡Ah, hija! – replicó la otra rabetona y maliciosa -, eso es lo que yo pregunto. Creíamos que te había tragao la tierra, conque ya ves. ¿En dónde te metiste tol día de Dios?

Solamente entonces recordó Dorotea su aventura en el palomar. Vaciló antes de responder; luego soltó la primera mentira que se le ocurrió: - Fui a Villabrágima... a... ver a los Miguelones.

Obviamente el ama no creyó una palabra. - ¿Toa la tarde, rica – dijo, apretando los labios -, y aun una parte de la noche?

-No me dejaron salir a causa de la lluvia... Dijeron que esperara...a ver si escampaba.

Afortunadamente para Dorotea, aunque la vieja sabía que mentía, no iban dirigidos sus tiros en la buena dirección, de manera que la joven pronto vio una escapatoria. ¡Sobre todo, Dios Santo, que nadie ni sospechase, ni por lo más remoto, la realidad de lo que le había pasado! Como buena espía que era, había detectado Berenguela que el señor Carrión andaba tras la pupila de su amo. Lo había descubierto de hecho ya hacía tiempo, y había estado siempre en consecuencia a la expectativa. Así que la astuta ama de llaves, aunque había

cogido a la sobrina en la mentira, se equivocó en lo esencial de cabo a rabo, y sospechó de donde no había nada (o bien poco) que sospechar.

-¡Hija, hay que ver como has estao delirando tol santo día, gran merced! – murmuró según salía de la estancia -. Y cómo le han debido de zumbar los oídos a don Alonso.

-¡Beren! – la llamó Dorotea asustada. Pero la anciana ya no podía oírla, o si la oyó no quiso darse por enterada.

Confusa y pensativa se quedó Dorotea. Si en efecto había estado delirando y había pronunciado el nombre de don Alonso Carrión, lo más probable era que se le hubiera escapado también el de... ¡No quería ni pensarlo! Trató de averiguarlo cuando volvió la anciana por la noche con unas medicinas que había recetado el boticario; pero no se atrevió a ir muy lejos en sus indagaciones, y no logró sacar nada en limpio.

Quando se halló completamente restablecida, lo cual ocurrió cuatro días más tarde, sólo tenía un pensamiento en la cabeza, un deseo en el corazón: volver a entrevistarse con Justino. Quería verle, amarle, hacer algo por él: en su repentina infatuación se imaginaba que iba a salvarlo y escaparían juntos, edificarían en alguna parte una nueva vida, ajena a todo esto, la guerra, las persecuciones, tanta muerte, y alcanzarían, ellos solos, una felicidad que duraría eternamente.

Llevaba siete meses en Tordehumos y ya se le figuraba que no había salido nunca de allí. Su vida en la capital, la Calle de las Angustias, la tienda, Lucio, las luchas y el sufrimiento de aquellos terribles días parecían haberse disipado de su memoria, enteramente, para siempre. Sentíase como una niña con zapatos nuevos. Se tocaba el cabello, el cutis, los labios, los hombros desnudos, los pechos..., y recordaba que le había besado allí su amante; y explotaba de entusiasmo, de alegría, de deseo. Otra vez, más aún, tenerlo, tenerlo de nuevo en sus brazos, amarle de nuevo es lo que deseaba.

Si se hubiera calmado un poco, si hubiera actuado racionalmente, vería que no, que no era verdadero ese entusiasmo, que no podría olvidarse de los **suyos**, que no sería posible hacer tablarrasa de toda su vida anterior. Y **no** lo había olvidado. No era posible. Simplemente lo apartaba de su mente, voluntariamente; dejaba que ocupasen esos recuerdos un rincón apartado del cerebro, como si no hubiera ocurrido más que en sueños, o que lo había vivido otra persona, otra Doro, no ella, la Dorotea que amaba a Justino, solamente su Tino, sólo él, al infinito.

Empero, pasados los primeros momentos de esa euforia tan pueril como injustificada, pues bien se daba cuenta ella que su vida había estado siempre llena de entusiasmos falsos y reales caídas, volvía a sumirse en un pozo de miseria y de contradicciones. ¡Si ni siquiera sabía si volvería a verle, unirse con él, llegar al palomar, amarle una vez más, una vez más, una vez más..., aunque nada más fuera una vez más! Un hombre sin libertad, un escapado de la justicia, de la justicia cruel del régimen..., acabarían encontrándole, asesinándole, como habían asesinado a los otros. A menos que... ¡Si encontrara esa libertad!, ¡si pudiera escaparse de **ahí**, huir a la otra zona! Pero no, ¿por qué huir?. ¡Le perdería, le

perdería de nuevo, dejaría de ser su amante! Y ella... A menos que... ¿no podría ella huir también con él para siempre? ¡Oh, se desesperaba, se volvía loca, se volvía loca, se volvía loca, loca, loca, loca! “¡Qué horrible,” se decía, “qué castigo me manda el Señor! Le quiero, me quiere, y no hay cobijo en el mundo entero para nosotros, nuestro amor.”

¡Qué injustos eran los cielos! ¿Por qué haberle encontrado si ahora lo veía perdido otra vez, ese amor, ese hallazgo prometedor de tanta felicidad? “Es la maldición que me persigue: tenerle aquí tan cerca, sus brazos, sus labios, los besos..., tan delante de los ojos, y a la vez tan imposible. No puedo, no puedo... ¡Ay, los sufrimientos que trae la vida.” Y al cabo de un rato: “No. He de verle, debo verle, necesito verle, y hablarle, ayudarle. Le sacaré de ese agujero aunque me cueste la vida.”

Entre las personas que vinieron durante su convalecencia a verla figuraba don Alonso Carrión, el cual se presentó el primer día con un gran ramo de flores. Luego volvió ya cada tarde. Al tercer día, Dorotea ya estaba levantada. Berenguela había hecho unas torrijas muy ricas, con canela y miel, y las dos mujeres tomaron la merienda con don Alonso y don Urbano, acompañando las torrijas con un chocolate espeso, oscuro y muy dulce; todos al calor del brasero de la mesa camilla.

-Ya veo que está usted muy bien – le dijo el caballero a la sobrina de su amigo.

-No del todo - contestó Dorotea -, pero gracias a Dios voy mejor, eso sí.

A lo que añadió el ama: - Hija, no digas, que ya podías hacer un esfuerzo y ponerte bien, que está la casa que parece un aparvador. – Apretó bien las encías, mientras con una mano espantaba las moscas, que habían venido a posarse en la fuente de las torrijas -. ¡Ay, qué lata! – exclamó -, en cuanto empieza el buen tiempo se llena esta cocina de moscas, ¡qué asco!

-No se enoje por ello, señora Berenguela – dijo don Alonso, que ya le traeré de Valladolid media docena de tiras matamoscas para que las cuelgue usted del techo, y verá como se pegan a las tiras, una a una, que en diez días acaba usted con ellas.

-No sé qué decirle, ¡hay tantas! – replicó Berenguela - Entonces, ¿piensa ir a la capital, con lo peligroso que es hoy día el moverse de casa?

-A la fuerza ahorcan – comentó Don Alonso. Y, a continuación, informó al ama que tenía que hacer un viaje de negocios y que no podía dejar de ir a la capital; y terminó diciendo que si se le ofrecía alguna otra cosa, también lo haría con mucho gusto.

A lo cual don Urbano, anticipándose, dijo que sí que tenía algo que quería que le trajese su amigo de Valladolid, el Diario Regional y un cajetilla de picadura, si es que se vendía el tabaco libremente.

Cuando el señor Carrión regresó de la capital, relató algunos incidentes curiosos que hicieron sonreír sobre todo a las dos mujeres. - Está la Acera llena de italianos – dijo -, y las mantequerías están haciendo su agosto: a los italianos les gustan mucho los helados. – También contó que había visto desfilar a los alemanes. – Eso es disciplina – comentó -, qué paso más marcial... esos taconazos. – Lo que aprovechó don Urbano para tornar la conversación hacia el estado de los combates, quién avanzaba y quién retrocedía, y si estaban ya los nacionales en Madrid.

-Estamos avanzando, eso es todo lo que puedo decir – dijo el administrador -. En fin, espero no tener que volver a salir. Es difícil y arriesgado el viajar hoy día. Si en coche, que no hay gasolina. En tartana, imposible ir tan lejos. Los trenes pueden ser bombardeados desde el aire. Y además que han sacado esta modita del salvoconducto. Lo necesitas aunque nada más sea para hacer un corto viaje, y en las estaciones, autobuses, trenes, o para entrar en un hotel, en todas partes, en seguida: '¡A ver su salvoconducto!'

-¡Salvoconducto! ¿Con qué se come eso? – preguntó Dorotea, sin muestras de gran interés.

-¿Qué – inquirió el ama -, vas tú a sacarte uno, por si acaso?

-Pura curiosidad – respondió la joven -, yo ¿para qué lo quiero?

-Pues si quieres enterarte, sobrina – añadió el tío -, pregunta en el cuartelillo, que allí te informarán, ¿no, Alonso?

-Sí y no – contestó éste -. Es la policía quien los da. Alguien tendrá que ir a Rioseco a sacarlo.

-¡Bah! Yo ¿para qué lo quiero? – volvió a decir Dorotea -. Si no pienso moverme de aquí.

-Haces bien – interpuso el tío -. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. ¡Buenos están los tiempos para viajar!

Después de unos momentos de silencio, en que cada cual metía mano a su merienda, don Alonso dijo: - La Junta de Defensa pide donativos en oro y metálico. Yo acabo de darles todo, Urbano: la cadena del reloj y otras cosas. - Había un aire de reproche en su voz.

-¡Oye, Alonso! Que yo ya he dado bastante; que el primer día ya me desprendí del auto, que fue el primer Renault que se vio en estos parajes, ya te acordarás – dijo don Urbano, poniéndose muy colorado; y para cambiar de asunto, añadió: - Así que dices que estamos avanzando en todos los frentes.

-En **todos** los frentes, no sé. Estamos progresando en el norte, eso sí. Y a propósito, que ésa es otra, se oye que si entran nuestras tropas en Bilbao se va a necesitar mucho trigo.

-¿Y a mí por qué me miras así? – gritó don Urbano -. ¡Que se va a necesitar grano! Pues bueno. A mí que me registren. - Miró a su alrededor, como esperando ver entrar un cuerpo de ejército en su casa para reclamar su cereal, que tenía bien guardado en el granero.

-Se rumorea en la capital – oyó que decía el otro – que muchos agricultores tienen escondido el grano, y que van a comenzar las pesquisas.

-¡Pesquisas a mí! No sé si me dará este año para la simiente siquiera. Conque fíjate.

Otro día en que la conversación entre los dos comparsas había tomado el mismo cariz, sobre la necesidad o no de entregar el trigo, oyó Dorotea que aconsejaba don Alonso:

-Pues yo que tú, tendría mucho cuidado, Urbano.

Estaban sentados los cuatro, formando un semicírculo, alrededor del fuego, casi debajo de la campana de la trébede, pues aquel día hacía un frío espantoso. Don Urbano estaba tiritando. Aproximó la silla, puso un cuadrado de estiercol en las llamas, y de su boca salió un suspiro; pero no dijo nada al amigo.

-Mira, hombre – insistió éste -, yo por mí, qué más me da, ya sabes, en lo que no va ni viene....; pero si quieres seguir un consejo (yo no me meto, lo digo por decir), no ocultes nada..., o por lo menos anticipáte, sé tú el primero. Antes de que vengan los de abastos, vas tú, y te ofreces. Voluntariamente, se entiende.

-Ya – es todo lo que articuló el terrateniente - ¡Ya!

-Unos cuantos sacos, claro – dijo el administrador -. Y lo demás, si te pillan, pues les dices que lo necesitas para sembrar.

-¿Tú crees? – preguntó el anciano, azarado.

-Sí.

-Y ¿cómo se hace eso?

-Bien fácil. Envías un carro a la cabeza de partido. Intendencia, claro. ¡Ah!, y que te den un recibo. Son cosas muy graves para tomarlas a la ligera.

CAPITULO 15

Pasaban los días, y Dorotea se consumía pensando, haciendo planes y no pudiendo ponerlos en efecto. Por el día Berenguela estaba siempre detrás de ella, y por la noche era imposible salir, más arriesgado incluso que a la luz del día, los guardias vigilaban más. Tardaba ahora en llegar el crepúsculo y, aunque todavía hacía mucho frío, parecía que el sol iluminaba más la tierra que durante el buen tiempo, un sol blanquecino que proyectaba en los campos largas sombras de objetos y personas. Tan sólo una noche se atrevió a salir para ir al encuentro de su adorado. Fue un milagro que nadie se enterase en la casa, que no la oyeran en el pueblo. Según bajaba la cuesta, justo antes de llegar al destartado parador del olvidado coche de línea, ocultándose detrás de uno de los árboles del camino, vio en la carretera a dos guardias civiles en la oscuridad, con sus pesados capotes y tricornos negros de charol, cada uno con su mosquetón. Estuvo a punto de volverse atrás, pero incluso eso le daba ahora miedo. Aguardó escondida mucho tiempo; luego cruzó la carretera; tomó el camino de Castromonte, y al fin llegó al palomar abandonado. Pero fue imposible repetir la experiencia. Y sin embargo tenía que verle de nuevo; cada noche; necesitaba estar con él, tenerle en sus brazos, amarle mucho. ¿Qué podía hacer, qué podía idear para salir sin que la vieran; que no la pillaran los guardias?

La solución se le presentó en la forma de **otro** hombre, don Alonso. Y fue Berenguela, que siempre estaba dándole la lata, preguntándole sardónica si no había vuelto a la mansión de los Núñez de Campos, azuzándola Dios sabía con qué intenciones malévolas, quien de repente le dio la clave: existía una posibilidad al menos de ausentarse de la casa, una visita al administrador, y podría ella luego idear cualquier cosa que le permitiera llegar hasta Justino.

Así, la primera vez que se halló a solas con el administrador, se atrevió Dorotea a hacer una sugerencia, y él hizo una oferta que creyó espontánea; ella aceptó, y se pusieron de acuerdo para que una noche cenaran juntos.

Esa noche, al volver con el caballero en la tartana a Tordehumos, ella le pidió que la dejara a la entrada del pueblo.

-¿Por qué? No es trabajo acercarme un poco más.

-No, si no es por eso. ¡Oy, no quiero que se enteren todos que he estado cenando con un hombre fuera de casa!

-Yo no soy ningún extraño – dijo él; y agarrándola por la muñeca, antes de que descendiese ella a tierra, añadió: - No, si yo sólo busco agradarla. Tenga, aquí un regalito. Métaselo en el cabás.

-¡Ah, muchas gracias! – dijo ella, con un fulgor de sus ojos marrones.

La casa de don Urbano era una de las primeras del pueblo según se subía por la cuesta del parador. Así que, una vez que la dejó don Alonso, se escondió entre unas encinas y esperó un ratito, el tiempo de ver qué era lo que le había

regalado el administrador. Sacó la cajita del cabás, y pudo ver que se trataba de un perfume de marca extranjera. Suspiró, excitada. Escudriño en la oscuridad y emprendió el camino de vuelta a la carretera, adentrándose en los campos para evitar el parador, donde probablemente estarían, abrigándose un poco del viento, los dos guardias civiles. Cuando al fin atravesó la carretera y tomó el sendero que la llevaba directamente al bosque de los tejos, aceleró el paso, buscando siempre las sombras, parándose a cada instante para cerciorarse de que no la habían seguido.

Era una noche de luna, y antes de dar el salto final, ya en la ladera de un alcor que la conduciría al palomar, decidió sentarse entre unos tupidos matorrales y aguardó, para estar segura; sacó un peine del bolsillo del abrigo, y se peinó a tientas, contemplando a lo lejos la vieja construcción cilíndrica donde se hallaba Justino.

“¿Y si ya no estuviera?” pensó de pronto, alarmada. Había tenido ocasión de hablar una vez con Casta, que por su lado había venido a traerle unas provisiones, y ésta le había dicho que le había encontrado muy alterado, que se temía mucho que Justino un día hiciera una locura. Ella le había preguntado que qué quería decir con eso, y Casta le respondió que se temía que intentara salir de su escondite y le encontraran los guardias.

Con este pensamiento en la mente, bajó Dorotea la cuesta en dirección del dilapidado palomar, se paró indecisa un instante delante de la puerta, antes de llamar con los nudillos, temblando. Le pareció que tardaba un siglo en llegar la respuesta. Al fin, encontrándose delante del amado, dejóse caer en sus brazos, suspirando.

-¡Tino, estoy muerta, muertecita! Me tiemblo toda. Creí que no te volvería a ver. ¡Protégeme!

El la apretó, besándola, suspirando a su vez. ¡La había echado tanto de menos! Se sentaron en la hojarasca, entre los dos muros de adobe de los nichos vacíos, y Dorotea volvió a suspirar, un suspiro profundo, casi un sollozo.

-¡Mi adorado, mi adorado!

Por un hueco junto al techo entraba un rayo de luna, y él pudo ver en sus labios hermosos, en esos grandes ojos luminosos, un claro mensaje de cariño entrañable y de deseo.

-¡Estás hermosísima! – susurró, al tiempo que ella avanzaba los labios, murmurando amor.

Momentos más tarde estaba ella de pies, desprendiéndose del vestido, que dejó caer junto al abrigo; luego la enagua, el sostén, las medias y la braga. Y apareció toda ella desnuda, bella, embriagadora, iluminada por ese rayo de luna que penetraba por el hueco en la techumbre.

Sintió él cómo otra vez se deslizaba ese cuerpo hermoso de entre sus brazos desnudos, ¡su amada!, contorsionándose ligera y dulce, como una culebra de suave piel calurosa. La vio en el suelo, extendida sobre la manta en la hojarasca, elevando un poquitín la rodilla izquierda, extendido el otro muslo, la apetitosa entrepierna, los brazos abiertos, invitándole a venir, a amarla, poseerla tan completamente.

Se tumbó a su lado, la abrazó apretando ese cuerpo divino contra el suyo, suspirando entre caricias y besos y mordiscos, murmurando palabras de amor. ¡Ah, sentir otra vez el contacto caliente de tu cuerpo blanco tan lindo, estos pechos acariciadores firmes, un muslo entre mis piernas, la redondez de ese culo en las dos manos, mis dedos, hincarlos bien en tus carnes hermosas, sentir la embriagadora ondulación de la barriguita, la pasión de tu cuerpo, la humedad de tus labios..., más y más! Te quiero, te quiero. Luego, sujetándola de espalda contra el suelo, sintiendo que ambos cuerpos van a unirse en uno, esa vibración encantadora... ¡oh, hembra divina! Y un ligero apretón de esas dos piernas, mis manos en los dos muslos lindísimos, la redondez sublime de las caderas, los dos carrillos hermosos... y más y más, ese movimiento rítmico, y no encontrar resistencia, penetrar el interior de un cuerpo amado, divino; sentirla por dentro, toda ella, mi carne, tu carne de diosa: tus ojos color de ámbar, tu cutis moreno, tu corto cabello entre mis dedos, agarrándote, sintiéndote toda. Y otra vez besando tus labios, tu lengua, mordiendo y mordiendo esa boca sensual.

La apretó bien contra sí, y más, y más aún; y mientras mordía sus labios ardientes y olía el aroma de su cutis, sentía muy adentro la pasión de sus carnes, su deseo intenso, el contacto ese húmedo con su ser más profundo: con el movimiento rítmico de los dos cuerpos, la alborotada ondulación de esos brazos que no cesaban de apretar, que no querían que te fueras: y los suspiros, los mordiscos, la saliva, las lenguas: un momento de verdadero éxtasis.

Dejaron finalmente caer una cobija sobre sus hombros, y se durmieron, el uno en los brazos del otro.

CAPITULO 16

El Domingo de Ramos, a la salida de la misa, don Alonso compró unas carracas a los mellizos, que salieron corriendo con ellas, disputándose las y haciendo un ruido de espanto. Y ya la madre no volvió a verlos en toda la mañana.

Había entre tanto ofrecido el administrador su brazo a Dorotea, la cual iba muy azarada, pensando en lo que dirían sus primas y conocidas, viéndola así acompañada de un hombre, los dos solos, en el camino de la ermita; pues era la costumbre entre los lugareños ponerse aquel domingo en camino, después de la misa, para ir a pedirle a Cristo Crucificado toda clase de dones y milagros. Tranquilizóla el administrador, diciendo que era su deber de caballero dar el brazo a una dama, según estaban las calles de barro, con las lluvias, que parecía aquello un lodazal.

Iba muy arreglada Dorotea aquella mañana, habiéndose pintado los labios, dado colorete en los carrillos y un toque de perfume en el cuello, justo debajo de la oreja. Lucía un vestido bonito que había pertenecido en su tiempo a su tía Isabel, un abrigo de entretiem po, y de su brazo pendía un bolso nuevo. En la otra mano llevaba un ramo de olivo.

-Debe ser muy duro para usted – iba diciendo el administrador – vivir en un pueblo como éste. – Que era exactamente lo que a él mismo le había dicho Dorotea en otra ocasión.

-Debo confesar – respondió ésta, sintiéndose halagada -, bueno, ¿cómo lo diría?, que resulta un poco dura la vida de pueblo, eso sí; pero, ya vé ¿a dónde va ir una que más valga?

Habían llegado al cementerio, desde donde se veía ya la ermita. Don Alonso se paró en seco, y dando distraídamente con la punta del baston a un pedrusco, preguntó: - ¿Continuamos?

-¡Oh sí, claro!

Reanudaron la marcha, y don Alonso reanudó la conversación.

-No. Tiene usted razón. ¿Dónde va a irse uno ahora, tal como están las cosas?

Dorotea no dijo nada, y él continuó platicando, bajando un poco la voz.

-Cualquiera sabe cómo va a terminar todo esto.

-¿Qué quiere usted decir?

Don Alonso miró a un lado y a otro, y contestó, casi un susurro: - ¿Quién hubiera pensado que a estas horas estaríamos todavía a las puertas de Madrid?

Ella había fijado la mirada en la arena del camino, silenciosa.

Volviéndose para mirar por encima del hombro, el caballero susurró de nuevo: - Para mí que nos falta algo.

-Sí, claro – respondió ella, sin comprender.

-Han relegado a segundo plano al que fue el cerebro de la Organización.

-¿Qué quiere usted decir?

-Ya conoce usted el refrán – dijo el administrador, bajando todavía más la voz-, el más ruín jabalí es el que se come la mejor bellota. Franco dice que Mola es muy tozudo.

- Y¿eso va hacer que dure más la guerra?

-No sé - aguardó el administrador a que pasase de largo un grupo de mozas que volvían de la ermita, y, con voz de misterio, añadió: - Pero lo repito, a estas horas teníamos que estar ya en Madrid.

Agarró él el sombrero, se echó ella un pañuelo a la cabeza, y entraron por una puerta desvencijada en arco; y don Alonso, quitándose un guante, metió dos dedos en la pila del agua bendita, tocó con ellos los correspondientes de Dorotea, y ambos se persignaron mirando hacia el altar. Era un altar hermoso. Los dos retablos laterales parecían hechos de oro: columnas talladas de estilo barroco, y un sinfín de volutas imitando cierta vegetación; y algunas repisas de santos, vírgenes y ángeles de todas las categorías. Debajo de un Cristo moreno, en el medio del retablo mayor, había una mujer rezando con los brazos en cruz. Le caían a Jesús sus largos mechones a los lados de la brillante cara, con su corona ensangrentada de espinas, y su larga barba rizada de dos puntas. El lienzo que le cubría sus partes vergonzosas era gris, y tallado en la madera, mientras que un sudario de lino puro blanquísimo había sido atado a la cintura, extendiéndose los extremos a ambos lados del crucifijo, colgando dichos extremos de los dos antebrazos de Jesús. Estaba el altar adornado con flores, ramos de olivo y palmas; y había en las paredes laterales gran número de exvotos y repisas llenas de cestos con higos, avellanas, almendras y otros frutos secos de la región. Zumbaban las moscas alrededor de los higos, algunos de los cuales estaban reventados y medio podridos.

Dorotea y don Alonso se postraron en sendos reclinatorios, susurrando ella una oración. Al terminar los rezos don Alonso encendió un cirio y depositó una limosna en una hucha de zinc cerrada con candado.

De nuevo en el camino vecinal, don Alonso preguntó a Dorotea: -¿Qué es lo que rezaba con tanto fervor delante del altar?

-¡Oy!, es que yo soy muy devota de mi Santo Cristo de la Vega, ¿no sabe? – respondió ella -. Es muy milagroso. Ya desde pequeña, no crea, y no me he olvidado, ya ve.

-No, ¿pero qué es lo que le pedía? – insistió él.

-¡Oh! Es que ya no me acuerdo. Bueno, pues eso, que nos dé mucha salud, ¿no sabe?, y pues que se acabe esta guerra. Muchas cosas.

Don Alonso le echó una mirada llena de significación: - Y ¡yo que me creía que entraba mi humilde persona en sus rezos!

-¡Ay! Pues sí que entraba, claro que sí – contestó ella, muy de prisa - Siempre le pido al Señor por los que me son más allegados, como usted.

Al llegar a un cruce del camino, paróse el administrador y preguntó: - No, pero en serio, ¿nada más que **allegado**, es eso lo que yo soy?

Ella sonrojó, pero no dijo nada.

Siguieron por un lindero que les apartaba del camino del pueblo. El administrador apretaba ahora el brazo izquierdo de Dorotea, acercándola a su persona. Dijo, con un tono que mostraba un cierto azaramiento, poco común en él: - Tengo unos dineros ahorrados en un banco del extranjero; ya me entiende; por si se pone esto peor.

-¿Pues qué? – dijo Dorotea en un tono embarazado, simple. Se le había llenado el cerebro de confusión.

-Eso – añadió él, en el mismo tono extraño y vago -, a veces, ya sabe, uno se ve obligado a viajar. ¡Oh, no, no estoy pensando que hay peligro, pero nunca se sabe!

-¿Viajar a dónde?

-Ya le he dicho, al extranjero. ¿Se vendría usted conmigo, pongo por caso?

Dorotea se apartó de repente, y señaló con cierto enojo: - Yo ¿irme al extranjero? ¡En qué cabeza cabe! - Luego, con más calma: - Bueno, no sé, lo pensaría.

Don Alonso la cogió de la mano, y ya iba a dirigirle otra vez la palabra, cuando ella le cortó, y suspiró: - No. En otra ocasión. Vamos a decirnos ahora adiós.

-La acompaño – dijo él, dirigiendo los pasos de nuevo hacia el camino.

-No, usted continúe por aquí, hacia su casa, que está muy cerca. Yo puedo continuar sola hacia el pueblo. Ha sido muy interesante. Gracias.

Don Alonso la detuvo todavía un ratito. – No, pero dígame Dorotea – murmuró, tomándola ahora las dos manos -, no le importa que le haya hablado así..., con el corazón en la mano, por así decirlo, ¿verdad?

-¡Gran mercez! ¿Por qué me había de importar? Claro que seguimos siendo amigos, ¿no es así?

El clavó sus ojos en los de la mujer, según decía: - Precisamente quería señalarle que lo somos, y por ello, sin compromiso alguno de su parte, permita que le brinde mi ayuda para lo que pudiera ofrecérsele, usted ya me entiende.

Sí que le entendió Dorotea. Suspiró de nuevo, clavando su mirada en el piso húmedo del sendero. – Gracias – susurró -, se lo agradezco, de veras.

-No hay de qué – dijo él soltando una de las manos de Dorotea -, no, no me dé las gracias, se lo suplico. Bien comprendo yo que usted no se doblegaría a solicitar ayuda de un hombre..., debido a su condición de mujer casada, desde luego; pero no me mire a mí desde ese ángulo, por favor. Más bien, vea en mí..., bueno, un allegado, si quiere, ¿no es eso lo que ha dicho? - Parecía haber perdido el administrador parte de su empaque y compostura; hablaba en voz muy baja, como si le faltara confianza, ese sentido de amor propio tan señalado en él en otras ocasiones -. Después de todo, por la edad, podría muy bien ser su padre.

-¡Oh, no, por Dios, no diga eso! – exclamó ella divertida y chabacana - ¡Mujer, ni tanto ni tan calvo!

Don Alonso estrujó la mano derecha de la mujer, que ya estaba dando la vuelta para irse a casa. Luego se alejó con una sonrisa dulzona en los labios: - No lo olvide – lanzó.

CAPITULO 17

Entre tanto corrían los mellizos hacia el Castillo, esperando encontrarse allí con los otros niños del pueblo, que solían jugar los domingos bajando y subiendo por la ladera más escabrosa del cerro, utilizando para las bajadas unas espuestas muy viejas que les servían de 'esbarizaculos', que luego arrastraban hasta la cima, para volver a empezar.

Iban pues los dos niños tan tranquilos, sacudiendo sus carracas en el aire, produciendo ese ruido de diablos, que dicen representar los gritos de los condenados en el Infierno, cuando uno de ellos, Lucito, tropezó de buenas a primeras con el estirado cuerpo de una dama con quien hubiera preferido no topar. Alzó el chaval la mirada, más que aprensivo, y encontróse en la trayectoria de la aguileña nariz de la maestra, que parecía amenazarle con caer sobre él en picado, cual un pájaro de presa.

-Dime, ¿tú por qué ya no vas a la escuela, eh? – preguntó la dama.

Lucito miró a un lado y otro, buscando ayuda, pero su hermana ya había salido corriendo, y él respondió, balbuceando: - Ya voy... a ir, seño...rita. Es que he perdido la... Es que... no tengo, no teeen...goo.... - y se calló de repente, no sabiendo qué mentira inventar.

La maestra le dió un buen tirón de oreja, para que fuera aprendiendo, al mismo tiempo que le decía: - No inventes disculpas; y a ver si es verdad que vas a ir. Que quiero verte allí pasadas las Pascuas sin falta, ¿sabes?

-¡Ay, ay! –chilló el chiquillo -. Sí, ya lo sé.

-¿Ya lo sabes, eh? – dijo la Mariscal, agarrando el antebrazo del muchacho y arrebatóle con la otra mano su carraca, que el pobre había estado escondiendo detrás del cuerpo, lleno de aprensión -. Pues ¡hale! Puedes irte. Y a ver si te sabes de memoria los Puntos de la Falange cuando vuelvas a clase, que te estaré esperando.

Lucito salió corriendo hacia el Castillo, insultando a la maestra y diciendo que no iría a la escuela jamás, deshaciéndose todo el tiempo en lágrimas de cocodrilo.

Había estado observando todo esto el bueno de don Facundo desde el resquicio de una puerta, y como estaba deseando cambiar unas palabras con doña Teresita, se fue derecho a saludarla, corriendo a pasitos y alzándose la sotana con las manos para no tropezar y caerse al suelo, que estaba bastante barroso.

-Buenos días nos dé Dios – dijo, ofreciendo la mano a la señorita delegada del Partido -. ¡Así se hace, la letra con sangre entra!

La señorita, que tenía prisa en llegar dondequiera que estuviera yendo, le besó el envés de la blanca mano sin pararse, y el sacerdote continuó hablando, a su lado.

-Sí, buena labor está usted llevando a cabo, señorita – dijo -, al inculcar en nuestros jóvenes, con la idea del sacrificio, los puntos esenciales del Nuevo Estado. Nosotros mismos los hemos aprendido estudiando, y siguiendo el ejemplo sublime de la Sangre Fecunda de Nuestros Mártires.

Lo cual tocó la fibra sensible de la espigada Jefa de la Sección Femenina, que siguió con el mismo tema, señalando conmovida: - Así es, Padre. No seríamos dignos de Nuestros Caídos, ni de la Sangre Derramada en el Combate, si no lo tuviéramos en cuenta en esta etapa importante de nuestra Santa Católica Cruzada.

Se habían puesto los dos al paso, el rubicundo señor cura acelerando los suyos para no dejarse distanciar por su acompañante, de miembros mucho más largos. Don Facundo sabía que la maestra iba a pasar un par de días en Medina de Rioseco, y aunque no se atrevía a mencionar el asunto, dijo, tratando de no señalarse mucho.

-A propósito, habrá que celebrarse una ceremonia en Rioseco para honrar a esos Caídos. La Iglesia está con ellos.– Era una puntada que daba para que no se olvidasen de él. Sabía que se iba a celebrar en la cabeza de partido una importante ceremonia falangista, y quería que le invitaran. A pesar de ser de derechas, todavía no las tenía todas consigo, y estaba buscando el momento de hacer su profesión de fe, como otros curas de aldea de los alrededores, expresar públicamente su adhesión sin falla al Movimiento, haciéndose del Partido.

-Desde luego- contestó ella parcamente.

-No olvidemos nunca el valor de la sangre derramada. Nuestra calidad de católicos, como usted dice – insistió el cura, jadeante -, nos señala que hemos venido al mundo con un destino de servicio. Para el Cristiano, la muerte es dar remate glorioso a la vida. – (Sonrió)-. La suya, señorita Mariscal, es una vida ejemplar. Por eso yo la admiro y la respeto en su trabajo diario.

-Yo sólo trato de llevar a cabo la misión encomendada – respondió Teresita, moviendo piernas y brazos con marcialidad. Portaba su uniforme negro y azul marino de la Falange. En el pecho mostraba el emblema de las cinco flechas y el yugo, bordado en rojo. La nueva boina encarnada de Requeté la llevaba plegadita en el hombro derecho de la guerrera.

El señor cura lucía la sotana nueva de los días de fiesta, la teja negra en la mano; aunque gordinflón y rojo de cara, hacía buena figura, al lado del espantapájaro de la otra, sobre todo para los vecinos del pueblo, que no estaban acostumbrados a ver gente esbelta.

-Tengo que esperar aquí a un auto, Padre – dijo la delegada, al tiempo que se paraba en seco a un cruce de dos caminos.

-Le acompañaré un ratito, si no le molesta – respondió el Padre -, tengo gran deseo de oír de sus labios cómo se comportan sus alumnos, los cuales son la esperanza y la alegría de este pueblo. – Era un pretexto que utilizaba el sacerdote,

muerto como estaba de curiosidad por saber con quién iba a encontrarse la delagada.

-Sí que lo son – dijo ella sin mirarle -. En la Nueva España a que la Falange aspira, la educación de los niños es primordial. Ya sabe usted que el fascismo tiene por lema: Patria, Familia, Imperio.

-¡Por el Imperio **hacia Dios!** Por favor, señorita, no se olvide. **La Religión.**

-Y el Trabajo. Sólo el fascismo asegura al campesino y al obrero, cada uno en su estamento, el trabajo que le corresponde según su capacidad, para que viva la familia y asegure la prole necesaria para que tenga la Nación mañana trabajadores y soldados: es el camino que, con la colaboración de la Iglesia, nosotros enseñamos.

-¡Para mayor Gloria de Dios!

-Desde luego.

-Sí – continuó pensativo don Facundo -, Religión, Patria, Familia, Imperio y Trabajo. Hay que poner toda nuestra mira en ello, ahora que ya hemos derrotado al marxismo.

La Mariscal elevó la mirada, contemplando distraída la inmensa tierra llana de aquella hermosa parte de Castilla. Hubiera preferido que se fuera el sacerdote, pero decidió seguirle la corriente. Dijo sentenciosa, al tiempo que se colocaba con un dedo sus gafas en la curvatura de la nariz: - Aquí ya todo va bien, gracias a Dios, pero todavía arde, con todos sus horrores de odio y destrucción, una buena parte de España, esclavizada por la barbarie roja -. Hizo una pausa -. Y es tarea básica de todos los que pertenecemos a la Falange defender nuestra civilización en todas partes.

-En lucha desde luego contra el comunismo ateo y materialista.

-Ciertamente. Bueno, tendré mucho gusto en continuar esta conversación en otra ocasión.

El señor cura no se dio por enterado, y siguió platicando. La señorita, frunciendo un tanto el ceño, preguntó: - ¿Ha visto usted a ese niño a quien daba, unos momentos ha, una lección de urbanidad?

-Sí, pues no le he estado diciendo que aprobaba su actuación.

-Pues bien, sin ir más lejos, he ahí una criatura con quien debemos andar con cuidado.

-¿Pues qué?

-Ese niño es hijo de un rojo. Su padre ha desaparecido, sin que sepa dar nadie razón de donde se halla. Me han llegado noticias de que fue uno de los que

fomentaron la rebelión marxista de hace unos meses en Valladolid. ¿Sabía usted que había órdenes directas de Moscú para que el 29 del mes de julio pasado el gobierno frentepopulista rojo declarara la revolución bolchevique, proclamando la fundación de los soviets en nuestra patria y entregando el mando a los rusos?

-¡Vaya! ¡De la que nos hemos librado, pues! –dijo, asustado, el señor cura.

-Gracias a Dios que llegó antes el Huracán de Gesta del 18 de Julio, sin que nos asustaran las bombas y las amenazas, ni los incendios de las iglesias.

-Eso es, sí señorita. Y por ello proclamamos la Santa Católica Cruzada.

-Estamos haciendo la guerra para salvar a España – corroboró Teresita.

-Tiene usted razón. Hay que combatir el crimen, los sacrilegios, las tropelías de los rojos. Dios nos invita al sacramento – dijo el señor cura; y sus ojos saltones denotaban en aquel momento suma espiritualidad, transcendencia, destino, fe en el más allá -. Postrados en nuestras iglesias, delante del Altísimo, debemos todos juntos en unión declarar: ¡estamos Presentes!

La señorita Mariscal estaba en esos momentos más que ausente, observando un Balilla negro que entraba en el camino, procedente de la carretera de Rioseco.

-Pues el padre de ese niño – dijo sin mirar al cura -, es ateo. Ya ve si no tenemos que trabajar, elaborar esa masa infantil que usted decía son la esperanza de este pueblo. Debemos edificar para ellos un mundo mejor.

- Y lo construiremos. En cuanto al niño ese, lo tendré en cuenta, y hablaré a la madre enseguida– dijo el Padre.

La Mariscal no dijo nada. El coche subía la cuesta envuelto en humo, dando tumbos a causa de los baches y los guijarros del camino.

-Se me ha parado el reloj – dijo el sacerdote, que había tirado de una cadena de oro del bolsillo pequeñito en el costado izquierdo de la sotana.

Todavía no dijo nada la señorita.

-Debi de olvidar darle cuerda anoche – comentó el padre, todavía con el reloj en la mano.

-Son las once y media – apuntó Teresita.

Y como el cura se dio cuenta de que allí ya no pintaba nada, dióse la vuelta y emprendió la caminata de regreso al pueblo. No lo hizo muy deprisa, sin embargo; al contrario, se fue muy poco a poco, y bajo el pretexto de dar cuerda al reloj de bolsillo, se plantó detrás de un viejo almendro, espiando. Vio llegar el vehículo, que era un automóvil oficial de esos que funcionaban al gasógeno. Apenas vio al individuo que ocupaba una gran parte del asiento trasero, y junto al cual se colocó la

delegada de la Sección Femenina. El chófer, que había salido a abrir la puerta trasera para dar paso a la viajera, era un hombre de avanzada edad, de él enteramente desconocido. Y esto le preocupó no poco. Al menos él no le había visto nunca y, como natural de Medina de Rioseco, tenía que conocerle, pues conocía bien a casi todos los habitantes de la cabeza de partido y aun de otros lugares de la Tierra de Campos.

Salió el auto cuesta abajo, llenándolo todo otra vez de humo, y se dió pensativo la vuelta don Facundo, para entrar otra vez en el pueblo. Iba traginando el cerebro, muerto de curiosidad y tantito de miedo. No había sacado nada en limpio de la maestra sobre qué iba a hacer ella aquel par de días en Rioseco. Se le representaba una y otra vez la silueta del energúmeno que había vislumbrado en el asiento trasero del automóvil, y la maestra a su lado. Era sin duda un Jefe del Partido, probablemente encargado de la vigilancia y control de las gentes en aquella parte de Castilla. ¡Oy, oy, oy! ¡Qué de calamidades le podían todavía llegar! Y no servía de nada el que uno fuera de derechas, adepto al nuevo régimen y dispuesto a colaborar con la Falange. ¡Podrían fallar tantas cosas, torcerse tantos canales de interpretación, que uno no podía estar seguro aquellos días de nada, absolutamente de nada! ¿Por qué había sido la maestra tan reservada con él cuando se atrevió a insinuarle algo sobre el mitin de Rioseco? Y ¿por qué le había señalado tan enfáticamente que **ella** había recibido noticias, al parecer muy ciertas, de que el padre de aquella criatura a quien sacudió allí, en la calle, un mojicón, era rojo marxista, revolucionario o no sabía qué? ¿Qué clase de investigaciones se hacía allá en la cabeza de partido, registros, arrestos, pesquisas, escuchas o lo que fuera, sin que él fuera notificado de nada?, y ¿qué clase de discusiones tenían **ésos** en sus mítines secretos? “Ese niño es hijo de un rojo.” Pues bueno. Sí, sí. Ya había oído él rumores, en alguna parte, sobre el desaparecido marido de la sobrina de don Urbano, y su afiliación a la UGT, su revolucionarismo y otras cosas más. ¿Cómo podía haber sido tan tonto de no haber corrido él mismo a denunciarlos, a los dos hijos y a la madre, en el momento en que lo hubo sabido... o sospechado, sin que nadie tuviera que empujarle a hacerlo ahora, y sobre todo antes de que se enterarse de todo ello la delegada de Falange o la gente de allí, de Rioseco?

Por casualidad vió, en aquellos momentos, a los niños de la sobrina de don Urbano Jiménez, volviendo del Castillo con otros chiquillos. Lucito se había apoderado ya de la carraca de su hermana, y andaba jugando otra vez con ella, tan contento, olvidado ya de la amenaza de la maestra, y más aún de la promesa que había hecho de volver a la escuela una vez pasadas las vacaciones de Pascua.

No pudo don Facundo soportar la idea de que una criatura así pudiera causarle prejuicio, si su padre era verdaderamente rojo, que sí que parecía serlo. Se llevó pensativo la mano a la barbilla, contemplando a los odiados mellizos. Ahora recordaba que ese niño **tampoco** iba mucho a la iglesia; y decidió llamarle.

-¡Ven aquí! – le gritó.

Lucito vino corriendo, todavía dando vueltas a lo que él creía ser un instrumento religioso, puesto que lo había comprado el administrador en el atrio de la iglesia.

Para empezar, don Facundo arrabatóle el instrumento de las manos. – Te voy a enseñar yo a ti urbanidad – le dijo -, ¿a qué viene el hacer tanto ruido? - y, como el niño se quedase con la boca abierta, sin soltar respuesta, le preguntó: - ¿Por qué no vienes nunca a comulgar, eh?

-Ya voy a ir – contestó el chaval, llorando.

-Bien, pero ¿por qué no te he visto todavía en el confesional, eh? ¿No sabes tú cuales son las obligaciones de un cristiano católico?

-Yo, yo – balbuceó el chaval, todavía lloriqueando -. Pos yo... pos yo.... No sé.

-Ya te voy a dar yo a ti 'no sé'. Infame, más que infame. Vas a ser arrojado en las llamas sulfúreas del infierno. Lo mismo que tu padre, para que lo sepas - dijo el sacerdote, dándole un coscorrón con una mano, y empujándole con la otra para que se fuera. Y él se metió en la casa rectoral, donde estuvo dando pasos, nervioso, durante un buen cuarto de hora. Al cabo, para tratar de serenarse un poco, evitar el ataque de nervios, entró en la biblioteca, cogió un volumen encuadernado de negro, se sentó en un sillón y empezó a leer. Era la edificante milagrosa obra, 'Imitación a Cristo', del famoso Kempis.

CAPITULO 18

Ya hacía tiempo que habían comenzado a ararse las tierras, y Dorotea había aprovechado para ir sola con la mula a los campos. Estaba buscando una oportunidad de hacer una escapada al palomar, quizás una tarde, cuando todos pensarían, sin duda, que estaba laborando en la parcela: pues pensar que le sería fácil escaparse una noche, era pensar en lo excusado. Tan sólo una vez, y ya hacía tiempo de ello, había salido al corral cuando todos dormían: fue una noche, entre las Candelas y la Cuaresma, muy fría y sin luna. Procedió lentamente hasta el portón de salida de los carros, escondiéndose en los rincones más oscuros del corral, y esperando a ver qué pasaba. Cuando ya había abierto el postigo y se volvía muy queda para cerrarlo, le pareció ver en una ventana los ojos fulminantes de la vieja ama de llaves, y se le cayó el alma a los pies. Ya no se atrevió a salir. Aguardó un rato, se dirigió otra vez a la cocina, y allí esperó sin hacer ningún ruido, dispuesta a contarle un cuento al ama, si se decidía a hacerle frente. Luego se volvió a su propio cuarto. Allí, acostada otra vez, siempre tan contradictoria, se arrepintió de su cobardía y falta de decisión ¡Tenía tantas ganas de ir a ver a su Tino, y yacer con él en la hojarasca, hacer de nuevo el amor! ¡Oh, tenía que haberse echado a correr, que la viera el ama o no! Y ¡lo haría, lo haría! Y si la curiosona ésa le preguntaba le hablaría del administrador. ¿Por qué no? La bruja siempre estaba echando puntadas. Y si notaba que era seguida, se tiraría hacia el cementerio. Todo menos descubrir el paradero de Justino. Se postraría delante de la tumba de su madre, para despistar, y allí aguantaría todo el tiempo que fuese necesario. La vieja era muy supersticiosa, y no se atrevería a entrar en el camposanto, lleno a aquellas horas de espíritus y fantasmas; se cansaría en seguida y se volvería al pueblo, mientras que ella de una carrera alcanzaría el palomar. Y así lo hizo en otra ocasión. Y otra vez una tarde, dejando la mula en la parcela. Y era poco, era poco, era poco...

Todo esto lo pensaba Dorotea aquel Domingo de Ramos, dando vueltas en el lecho. Oía el vendaval, en el silencio de la noche, silencio acentuado por el miedo: el terror falangista, que hacía de los lugareños unos grandes cobardes, que no se atrevían ni a hablar ni a respirar.

Hasta que poco a poco el sueño fue tomando posesión de sus sentidos, y fueron cambiándosele en su mente las imágenes. Ya no veía a Justino. Es decir, sí que le veía, pero era un Justino cuyas facciones variaban poco a poco para transformarse en las de un hombre con bigote y perilla, que la abrazaba, desnudo él, y medio tísico, que apretaba su boca contra la suya como una ventosa, haciéndola mucho daño. Ella quería apartarlo de sí, le repuganaba el contacto, le daban miedo sus uñas, sus colmillos de lobo; y él se reía. Era el administrador. Se puso a buscar al otro entre unas sombras que habían aparecido a su alrededor, y que también se le pegaban al cuerpo. Oyó la voz del ama, llamándola sinvergüenza, sinvergüenzona, que se atrevía a hacer eso con don Alonso, que era todo un caballero. Y con todo el mundo lo haría, si pudiera, guarrona más que guarrona. El tal caballero le apretaba el brazo con sus dedos secos, asquerosos, pretendiendo que la acariciaba; y luego pasaba las palmas húmedas de sus manos por el torso, la barriguita, y frotando las comisuras de sus grandes pechos blancos, como sopesándolos, al tiempo que dos dedos se alargaban a cada lado,

apretándole los dos pezones, estrujándoselos, y haciéndola sangrar, un espeso zumo oscuro, casi negro.

Se despertó dando un grito desesperado, temblando. ¡No, no lo consentiría! ¿En qué cabeza? ¡Dejarse tocar así por un viejo indecente que pretendía comprarla con dinero! No lo aceptaría. Nunca, nunca jamás.

El día siguiente, al salir de la misa, a la que ahora acudía diariamente, de nuevo el administrador se le acercó muy meloso. La invitó a dar un paseo. Y Dorotea no supo decir no. Subieron al Castillo, uno de los ejercicios predilectos del administrador, según le dijo a la mujer.

-Desde aquí hay una vista muy buena: es el balcón de la Tierra de Campos.

-Sí que lo es – dijo Dorotea, en un tono adulador -. ¿Cuánto de ello le pertence, quiero decir, cuáles son aquí las tierras del señor marqués?

El otro no respondió. Contemplaba la inmensa llanura inalterada, de un color generalmente verdoso, casi esmeralda ya, con algunas parcelas más bien de un tono parduzco; los núcleos aún más oscuros de los pueblos, un castillo aquí, la torre de una iglesia o monasterio allá, el oscuro campanario, cuyo repiquetear parecía oírse, a lo lejos. Y a la derecha, aún más lejos, los antiquísimos desgastados Montes Torozos. ¡Ah! ¡Si él pudiera ser el titular de esas inmensas propiedades, en vez de un simple valido!

Todo se veía magnificado desde aquella altura: la extensión de la meseta, las ondulaciones lejanas de un tono azulado, la pequeña elevación aquí de un alcor, un montículo más allá con algunos árboles, las siluetas grisáceas de los montes hacia el horizonte, y el profundo azul del cielo por encima de todo, inigualado en toda España. Aunque era ya entrada la primavera, soplaban un viento frío que hizo estremecer a la mujer, que no llevaba encima más que un abrigo de entretiempo, y unos zapatos negros, finos, que generalmente sólo utilizaba para ir a misa.

Don Alonso volvió a coger el brazo de Dorotea, y siguió hablando, mientras paseaban entre las ruinas del castillo.

-¿Ha pensado usted en lo que le dije el otro día?

-¿Yo? ¡Pues ni siquiera me acuerdo, francamente! – contestó Dorotea, en un tono bastante hipócrita.

Don Alonso no dijo nada. Habían estado andando en la parte llana del cerro, donde en su día debió haberse levantado el castillo. Se pararon mirando hacia el pueblo: las callejas, los tejados, las torres, los cables del tendido eléctrico. Se oían los ladridos de los perros y, de nuevo, las campanadas de una iglesia.

-No – señaló el caballero, sin que la otra supiera a qué se refería; y luego: - Volvamos al pueblo. Estarán echándola de menos.

-Sí, tiene usted razón.

Pasaron por el arco de piedra, entre las ruinas, bajaron por el sendero hacia Tordehumos.

-Tenemos que vernos más a menudo – sonrió el administrador -. Se lo dije el otro día. No, no creo que lo haya olvidado.

Habían llegado ya a la Calle de la Cruz, que era donde vivía el tío Urbano. La mujer soltó la mano, que el otro le ofrecía, y se despidió precipitadamente.

Dejó, no obstante, que el administrador le besase la suya mientras decía: -Ya lo sabe, Dorotea. Estoy a su disposición. – Y ella salió corriendo.

Entró en su casa pensativa y temerosa, rechazando toda idea de profundizar su amistad con el administrador. Y sin embargo, lo primero que hizo aquel mismo día, nada más comer y efectuar las tareas de la casa, fue precisamente ir a ver al administrador en su mansión de la cuesta del parador, no sin antes haberse asegurado que se daba cuenta el ama de hacia donde se encaminaba. Se arregló bien primero, se esparció unas gotas de perfume en el cuello con el pulgar de una mano, se pintó los labios, se puso colorete en los carrillos, y salió ostensiblemente a la calle. En seguida cogió el camino del parador.

Salió a abrirle la entrada de la mansión la vieja sorda y casi muda que hacía de ama de llaves, la cual se volvió a los perros, que habían corrido alborotadores a la verja. Después de apaciguarlos, sin soltar el menor vocablo, condujo la vieja a la visitante al segundo piso.

Don Alonso recibió a Dorotea en su despacho, vistiendo una bata japonesa de seda; salía justamente de su habitación, atándose el cordón con manos exquisitas, afiladas, que hicieron temblar a la mujer según fijaba sus ojos marrones en ellas.

-¿Qué hay? ¡Buenas tardes! – saludó él, sin sorprenderse al parecer de la visita -. Siéntate, por favor. - Era la primera vez que la tuteaba.

-A... Alonso – empezó ella, sentándose en el sofá -, es decir... quería decirle, ¿sabe?, vengo...

-Sobran los cumplidos – la atajó él, sentándose a su lado -, puedes tutearme.

-Gracias – murmuró ella, aún más azarada -. Bueno, que como me dijo... como dijiste que para lo que pudiera ofrecérseme... de que viniera aquí.

-Claro, claro – exclamó él, depositando una mano en el muslo de la mujer.

Esta se apartó instintivamente, sin rechazarle por completo; y él apretó sus dedos de sádico en el tejido de la falda. Dorotea dio un sollozo de dolor. Volvió a separarse, haciendo como que se acercaba al hermoso brasero que había a un lado del sofá

-Bueno, bueno – dijo él condescendiente -, que necesitas dinero, ¿es eso? Dilo francamente. – Y después de una pausa: - ¿Cuánto?

Ella respiró fuerte elevando mucho el busto, que había estado todo el tiempo subiendo y bajando rítmicamente, denotando su extrema emoción -. Cien duros.

El administrador, que ya se había levantado y estaba hurgando en el cajón de su escritorio, se irguió, como empujado por un resorte, la mano todavía en el mueble. No había pensado él que le pudiera pedir tanto de un tirón. No obstante, su indecisión duró sólo un instante. Dando aún su espalda a la dama, abrió una carterita, sacó cinco billetes de a cien y dijo, volviéndose - Aquí tienes.

Dorotea, encarnada como un tomate, cogió torpemente los billetes, los lió en un canuto, y se los metió entre los apretados pechos poderosos -. Mu... chas gracias – balbuceó, muy confusa, humedecidos los dos párpados.

-¡Ea, no me des las gracias! – contestó él, levantándola con delicadeza. Sacó un pañuelo immaculado del bolsillo de la bata, y lo pasó suavemente por debajo de los luminosos ojos pardos -. A ver, sonrío un poco. No seas tan niña.

-Es usted... eres tan bueno – es todo lo que supo decir ella. Estaba genuinamente conmovida.

Carrión, puesto a su lado, le había pasado un brazo por el hombro, tocándole con la palma de una mano la teta derecha, apretándole un poco, con la otra, la izquierda, aprisionando así, entre ambas hermosuras, el canutillo valioso del dinero. Y así, despacito, ligeramente detrás de ella, acariciola a su manera por un rato, sin prisas, los dos labios en el cuello de la hermosa, empujándola todo el tiempo gentilmente hacia adelante, entraron en la pieza interior. Era un hermoso aposento, con brasero de bronce, aún más grande y más delicioso que el del escritorio.

Una vez en el cuarto, ayudó a la hembra el caballero, muy cortésmente, a que se desprendiera del resto del atuendo. Metió ella los cinco billetes en el bolsillo del vestido. Se desnudó él. Y entraron en la cama, que parecía hecha toda ella de seda, tan rica y suavemente aparejada estaba. Allí la hembra entregó su cuerpo al sátiro, un cuerpo generoso, de cutis suave, blanco, caluroso, y de una atracción sin igual.

CAPITULO 19

Había empezado, pues, la Semana Santa, y todas las tordehumeñas asistían a la misa diaria. Y diariamente pedía Dorotea a Dios que hiciese un milagro, que lo hiciese, que lo hiciese, por favor, que no la desamparase. “¡Perdóname, no volveré a pecar, Jesús majo, Jesús mío, Jesusito -rezaba -. Haz que le vea pronto, que pueda ir al palomar con él sin despertar sospechas ¡Tengo que verle, he de ir a verle, tenerle en mis brazos!, ¡Lo necesito, lo necesito, necesito su amor!”

El Martes Santo, después del almuerzo, cuando estaba fregando los platos, Dorotea oyó que decía su tío en voz muy queda:

-Pues si no hay más puñetas que hacerlo, yo el primero.

No era la primera vez que le oía esa frase, u otra parecida. Pero esta vez estaba don Urbano hablando solo, paseándose intranquilo de un lado a otro de la espaciosa estancia, la mano derecha en la barbilla, cogiéndose la perilla, la otra al pecho, como un nuevo Bonaparte.

Notando al cabo el viejo que le estaba observando la sobrina, se volvió a ella, y declaró: - Te hago saber, Doro, que he decidido mandar unos sacos de trigo para el ejército. Pasado mañana vas a salir con el carro para Rioseco.

Era el momento que la sobrina había estado esperando. Al fin había dado a luz el pobre viejo, que se había pasado casi un mes esperando soltarlo, con el alma en un vilo: pesares, dolores, la duda de si entregaría o no el grano y cuánto, qué riesgo corría con ello; haciéndose mil preguntas, consideraciones y cálculos; poniéndose a trechos muy colorado y a trechos muy pálido. ¡Caramba, no iban a insistir esos pendejos en que entregara hasta la simiente!, que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Cuando acostó aquella noche a los mellizos, Dorotea se subió en seguida a su cuarto, que estaba algo separado del resto de la casa, y allí se entregó, ella también, a toda clase de reflexiones, sintiéndose unas veces animada, otras muy triste y decaída. Tenía en sus manos el dinero con que iba a salvar a Justino, ¡qué alegría, qué alegría! Pero no hay rosas sin espinas. Era verdad que había dado un paso grande en su empeño. Sí, poseía el medio, lo necesario para que se escapasen los dos, o por lo menos él; pero no era seguro que pudiera hacerlo. Y al mismo tiempo esos cien duros le traía a la mente su ‘pecado’. Y sufría. ¡Había sido infiel al único verdadero amor de su vida! Se había vendido a **otro**. Lloraba. “No importa,” se dijo al cabo, “lo he hecho para lograr que escape de la muerte el único hombre que lo merece todo.” Y escaparía. Se irían los dos juntos. Tenía que ir a verle aquella misma noche, entregarle el dinero, decirle que iba a llevarle el jueves a Rioseco. Sí, sí, escaparían juntos. No iría él solo. No, no. Ella también iría. Lo arreglaría todo (muy secretamente, desde luego), para que no sufriesen sus mellizos, y se iría. Ella también, ella también, ¡oh, qué felicidad! Viajarían los dos juntos. Muy lejos de allí. Y se amarían, se amarían mucho toda la vida.

Con el corazón en un puño, estuvo escuchando a ver qué ruidos se oían en la casa y fuera de ella. Se puso a esperar a que todo el mundo estuviera acostado, aguardando el momento propicio para salir de allí. Calculando las horas por las campanadas del reloj de la iglesia, estuvo haciendo un sumo esfuerzo para no caer dormida ella también. “¡La cagaría!” se dijo apretándose el pecho, donde tenía ahora el canuto del dinero.

Aunque no se habría dormido incluso si lo hubiera intentado. Era un manojo de nervios, la duda le asaltaba a cada paso, a cada consideración que se hacía salía otra sugiriendo lo contrario. ¡Imposible, imposible! Se le llenaba el alma de pesimismo. Incluso si lograba llevarle en el carro a Rioseco sin que nadie lo descubriera, ello significaría - ¡la pura verdad era! – que le perdería para siempre, no podría huir con él, por más ilusiones que se hiciera. No podrían huir juntos, no podrían huir juntos, ¡oh, Santo Cristo de la Vega!

Y de la desesperación, al entusiasmo de nuevo: sí, le ayudaría a escapar, le sacaría de esa prisión, le salvaría la vida, y viviría su Tino. Viviría **para ella**, para que luego pudieran estar juntos, unidos los dos, para siempre, sin miedo, sin contradicciones.

¿Pero, cómo? ¿Qué planes locos se hacía? ¡Si no podía ser, no podía ser! Si le dejaba ir ya no le vería más, nunca más. Qué injustos eran los cielos. Cuando había encontrado al hombre que verdaderamente amaba, todo se le venía abajo como una casa de naipes, destrozando para siempre su vida, la única posibilidad de una existencia feliz.

Su vida habría sido tan diferente si no hubiera salido nunca de Tordehumos, si se hubieran casado, tenido hijos, vivido siempre juntos. ¿La guerra? ¡Qué importancia habría tenido el alzamiento militar si hubieran estado unidos; le hubiera ayudado ella, se hubieran escondido juntos, en un agujero aunque nada más fuera.

Cantó el primer gallo, y volvió el silencio a invadirlo todo; sólo de cuando en cuando el patear de la mula en la cuadra, debajo de su cuarto; o el ruido de una puerta o ventana golpeada por el vendaval; o el crujir de unas tablas en el granero de al lado, probablemente un ratón.

Se sentó en la cama, temblando, estremeciéndosele los pechos. Si Casta había tenido el valor de ayudar así a Justino, ¿cómo iba **ella** a dudar o tener miedo? De repente tuvo celos de la labriega, que había salvado a Justino de la muerte, arriesgando tal vez su propia vida, sin que fueran primos, ni parientes, ni nada. No podía ella hacer menos. ¡Hala! Se levantaría. Saldría ahora mismo, antes de que se oyera el segundo gallo.

Ya estaba para levantarse cuando algo de pronto le vino a la mente, algo que había entrado en sus oídos días atrás y que le hizo ahora estremecer de horror. Y tuvo que apretarse la cara con ambas manos, taparse la boca para no estallar. “¿El salvoconducto?” Y rompió en sollozos. Resultaba que todos aquellos trabajos, el que se hubiera vendido a ese hombre indecente para salvar a su Tino, no iban a servir para nada. Sintió con la mano el corazón palpitante, el dinero entre los pechos. ¿Para qué, ay, para qué serviría aquello si no tendría Justino el documento

imprescindible para viajar, salir de Rioseco, suponiendo que lograra ella llevarle en el carro el Jueves Santo?

En su desesperación, se apretó la cabeza, revolviéndose los cabellos, estrujándose el cerebro, buscando una salida. Se le representaron cien modos de conseguirle al amado un salvoconducto: le rogaría a Gerardo que se lo procurase, le entregaría su cuerpo a cambio, vendiéndose una vez más; o, si no, iría a la comisaria de la cabeza de partido, y le daría al inspector los cien duros; o entraría en cualquier casa a robar muchos dineros para comprar el documento como fuera, o tal vez encontrara uno en un aparador, un salvoconducto que robaría y en el que pegaría ella misma una fotografía de su Tino. ¿Pero, cómo, cómo... dónde, dónde, dónde...? Y ya no había tiempo, ya no había tiempo. Si hasta le había dicho que sí a su tío Urbano, cuando éste le señaló que tendría que ir con el carro a Rioseco el jueves, ¡cómo iba todo a posponerse aunque sólo fuera un día más!

De súbito se le iluminó el rostro, casi una sonrisa, al tiempo que se serenaba un poco. ¡Ay, Jesús, Jesús! ¡Sí! Había una salida. Sí era posible. Sí, sí que lo era. Se levantó como un rayo, se vistió y abrigó bien, y se dispuso a salir a la intemperie, sin más reparo que el estar segura que no la oyeran en la casa y la pararan en su empeño. No tenía otro miedo.

La idea que le había venido al cerebro era una locura; pero locura o no, se determinó a llevarla adelante.

CAPITULO 20

Estaba don Alonso leyendo una novela de vaqueros en su cuarto, cabalgando como quien dice en su sillón, al modo como cabalgaba su heroe favorito, el Coyote, por las inmensas praderas del Far-West, cuando oyó que sus tres canes se habían puesto a ladrar de una manera furibunda. Se asomó a una ventana medio helada, y vio a una mujer, envuelta en un chal oscuro, que se había pegado a la verja. "¡Hay que fastidiarse!" se dijo, reconociendo a Dorotea, "¿qué la traerá aquí a estas horas? »

Abrió un armario, se puso un abrigo, y salió al jardín. Era una noche escarchada, soplabla el viento helado de la meseta, y de cuando en cuando se oía el crujir de una rama seca, partida por el vendaval.

-¡Calla! – gritó de mal humor a los perros, que habían venido a su encuentro. Abrió la gran puerta de hierro, y minutos más tarde estaba de vuelta en su despacho, ayudando a la mujer a deshacerse del chal y del abrigo. Se sentó ella en una silla y él la miró fijamente sin decir palabra.

-Estoy asustada – suspiró Dorotea, cruzándose los brazos como para agarrarse los hombros.

-Vamos, vamos – dijo él, tomando asiento en el sofá. Sacó un cigarrillo de una pitillera de plata, y lo prendió con un encendedor del mismo metal -. No te asustes, que no es para tanto.

-Estaba tan nerviosa y... arrepentida – continuó ella – que no podía dormir, no sé lo que me pasa. - El vio que estaba tiritando.

-Venga – dijo él levantándose – te daré algo que te calmará.

Había en una mesa una botella de *Carlos I* y una copa medio vacía. Sacó don Alonso otra copa de una vitrina, y virtió el coñac generosamente en las dos copas.

-Perdona que haya venido a estas horas – dijo ella, cambiando ligeramente de tono. Se levantó con la copa en la mano y se sentó en el sofá, al lado del administrador.

Don Alonso aplastó el cigarro en un cenicero de plata, y estuvo contemplándola unos instantes. Agarró la copa, y teniéndola con los cinco dedos por la base, estuvo dando vueltas al líquido en silencio.

-Sabes, Alonso – empezó ella, cambiando tan radicalmente el tono de su voz que él se quedó desconcertado -, si quieres hacerlo otra vez... - le arrojó una mirada muy significativa -; por mí... podemos hacerlo.

El se llevó la mano instintivamente al pecho, el lugar donde habría estado la cartera si hubiera llevado su americana. Había comprendido ahora que mentía la

mujer, aunque ignoraba desde luego la razón. Tenía que haber una, por cierto, y pensó que se trataba meramente de dinero. Lo que sí que vio claramente es que estaba muy nerviosa Dorotea, la cual jugaba ahora con los dedos y luego alzó como distraída el pliegue de la falda, dejando ver sus rodillas sin medias.

Terminó don Alonso de beber su coñac (era su tercera copa aquella noche), extendió al cabo el brazo derecho, y agarró el suave muslo blanco. Estuvo apretándolo un rato, resbalando a continuación los dedos hacia la braga; luego inclinó la cabeza y la besó en un carrillo.

Había en la pieza un hermoso brasero de carbón de encina que invadía de agradable calor toda la estancia. Dorotea ya no tiritaba más, y al revés, se le habían encendido sus carrillos de pétalo. Metió él la otra mano en el vestido, por el cuello, acariciándola el omoplato, luego la espalda, la cinta del sostén, soltó el ganchillo de éste, y la agarró un pecho.

En lo más hondo de su corazón estaba el administrador temeroso y aprehensivo; no sabía si podría hacer otra vez el amor. Y todavía se preguntaba que a qué habría venido tan intempestivamente esa hermosa hembra, inventando tales historias.

Empero, aspirando ahora ese irresistible perfume de mujer, se olvidó de todo lo demás, y se sobrepuso a sus temores: después de todo, el grueso de su dinero lo tenía escondido en su caja fuerte. Al cabo, cayó de hinojos delante de esos dos muslos hermosísimos; estuvo besándolos unos momentos, deslizando la aguiña nariz muy despacio hacia el sexo, cubierta su cabeza por la enagua; y terminó mordiendo el tejido de la braga.

-Espera – dijo ella; y se bajó la cinta de la enagua.

El le dio un mordisco suave en una teta, luego la otra. Movié los labios en la hermosa oblicuidad que va del hueco de la clavícula a la puntita del pecho, acariciándolo con la lengua, agarrando el pezón con los dos labios, coma una criatura que mama de una madre.

-No me hagas daño – suplicó ella, apretándole las patillas con las palmas de las manos -Vámonos a la cama.

Se levantó él obediente, entraron en la alcoba, se metieron en la cama, y otra vez sintió él ese vaho irresistible de mujer, y se montó encima para cubrirla bien, apretando un cuerpo generoso de carnes, sitiando su pene entre los muslos.... Y se quedó dormido, impotente entre los brazos de la hermosa.

Empezó entonces para Dorotea una larga agonía. A través de la puerta abierta del despacho entraba una luz rojiza; era el inmenso brasero. En el cuarto de dormir había un armario de tres cuerpos, con dos lunas, un par de mesillas de noche, sillas tapizadas, un lavabo redondo de porcelana y un árbol con ropa de caballero. Todo lo escrutó Dorotea, buscando algo. Fijó la mirada en el árbol, y pensó que allí se hallaría lo que buscaba. Con mucho sigilo, comenzó a desprenderse del pegajoso abrazo del amante; sin precipitación, esperando quieta

un buen rato cuando le parecía necesario. Se dio cuenta de que iba a llevarle aquello mucho tiempo, y decidió cambiar de táctica. Se volvió bruscamente. Don Alonso, que había quedado extenuado en su fallido intento de hacer el amor, no se despertó; o, si se despertó, volvió a quedarse al instante dormido otra vez. Uno de sus brazos quedó pegado a la cintura de la mujer; por fortuna era una cama grande, de pueblo, y no le fue difícil deshacerse de ese estorbo; y hasta que ya no se tocaban los cuerpos. Esperó un poquito, y cuando por los ronquidos comprendió que estaba don Alonso como un tronco, se determinó a salir. Se quedó al borde de la cama unos instantes, levantó lentamente las mantas, sacó un pie, el otro, y al fin se sentó en el lecho. Resbaló el culo en la sábana, estirando las puntas de los pies, hasta que llegó a la alfombra. Sacó el orinal de la mesilla de noche para tener un pretexto si acaso despertara él, y estuvo queda unos segundos. Salió a gatas hasta el árbol de la ropa, metió la zarpa a tientas en los bolsillos de la americana. Una mueca de desesperación cruzó su rostro, al tiempo que sentía un alarmante picor en la nariz. “¡Sólo faltaba eso!” pensó, evitando el estornudo por los pelos.

Estaba a punto de abandonar la empresa cuando su mano tembló al contacto de un manojo de llaves que había en un bolsillo del pantalón. Recordó que él había utilizado esas llaves aquella tarde para sacar el dinero del escritorio.

Anduvo de puntillas en el suelo helado de baldosas enceradas, y entró en el despacho, aprovechando para echarse el chal sobre los hombros. Escogiendo entre las llaves, abrió el escritorio. Como todo lo que pertenecía al administrador estaba todo aquello en perfecto orden, papeles, expedientes, plumas, tinteros. Abrió un cajoncito, luego otro. Encontró la cartera de donde había sacado don Alonso aquella tarde los cien duros. Vio libros de cuentas, cartapacios. Abrió uno. Estaba lleno de documentos, partidas, instancias, carnets. Cogió una tarjeta en que había una foto. Se acercó con ella al resplandor del brasero, y pudo comprobar que no se había equivocado. Apenas pudo contener su alegría según leía la palabra: SALVOCONDUCTO.

Por desgracia, con el calor del brasero, le volvió el picor de la nariz, y tuvo que ir de prisa, aplastándose la cara con las manos, hasta sentarse en el orinal. Estornudó. Vio que se movía don Alonso, y estaba considerando si no sería mejor echarse a correr y tratar de escapar, fuese como fuese, cuando de nuevo oyó el discreto ronquido del caballero. Se alzó para devolver las llaves al bolsillo del pantalón, y escondiendo el robado documento en su zapato, se deslizó entre las templadas sábanas, y dio entonces rienda suelta a la nariz, estornudando abundantemente.

-¿Qué pasa? – murmuró él, sin abrir los ojos.

-Nada – respondió ella -. Tengo que irme.

-Bueno – gruñó él.

-Y ¿ los perros?

-Ya mandé que... los encerrara María Begoña... - masculló el pobre hombre, y se volvió a dormir.

Visto lo cual por Dorotea, se levantó, se vistió, arregló lo que había desarreglado con su empeño, y tomando prestada la llave de la verja, se salió del lugar.

CAPITULO 21

De la mansión del marqués se dirigió secretamente Dorotea al palomar abandonado, a encontrar a su único, verdadero amor.

-No hay tiempo que perder – suspiró nada más llegar. Y le explicó que en menos de un par de días estaría conduciendo un carro a Medina de Rioseco, y que lo tenía ya todo preparado para la huída. Tenía dinero, un salvoconducto. Iría él solo a la otra zona. Desde Rioseco podría ir hasta el frente sin llamar la atención. Luego harían los dos, cada uno por su lado, por llegar a Madrid. Lloró desconsoladamente en los brazos de su amado, y juró que esto era sólo temporal, que no, que no se separaban, y que iría ella en seguida a buscarle. Luego le pasó el dinero y el salvoconducto.

Justino recibió anonadado aquel torrente de información y muestras de verdadera histeria. – Pero ¿cómo? – exclamó, agarrando asombrado el documento y los cien duros - ¿De dónde..., quién es este...?

-No me hagas preguntas – le atajó ella -, olvídате de todo ahora. Nos queda tan poco tiempo.

A pesar de la oscuridad evanescente de la noche, que se iba tornando en la neblina de las primeras horas de la mañana, no pudo menos el prisionero de reconocer al odiado administrador de don Hernando Núñez, personaje con quien había tenido los más ásperos combates durante los meses del bienio negro, sobre la aprobada y nunca llevada a cabo reforma agraria. Iba a decir algo, indignado o sorprendido, cuando la mujer le tapó la boca, diciendo:

-No, no hables. No me preguntes nada. Te lo suplico. Haz lo que te pido, Tino, mi amor. ¿Tienes alguna foto tuya?

-No aquí. Hay una foto del carnet del partido...

-¿Dónde se halla? ¿Quieres que vaya a tu casa...?

-No. Allí no está. Y además mi casa está vigiladísima.

-¿Pues dónde?

-Escondí mis papeles... ya antes del golpe de estado... en una cabaña... - de súbito pareció Justino acordarse de algo -. Doro – prosiguió - ¿recuerdas que un día nos vimos..., una tarde..., aquel verano en que vino tu hermano a torear al pueblo?

“¡No lo iba a recordar!” pensó Dorotea, sintiendo como un chasquido en el corazón. - ¡Claro que me acuerdo, Tino! – contestó -, delante de una cuadra con un pozo en el camino... - rompió en sollozos.

Justino la acarició tiernamente, y dijo simplemente - ¡Doro! ¡Mi Doro!

-Dime exactamente dónde lo dejaste – preguntó ella, enjugándose las lágrimas.

El le explicó donde, diciendo que quemase todo menos la fotografía, y que esparciera las cenizas y no dejase rastro. Luego dijo que tenía que traerle además un tubo de pegamín y un lapicero de tinta, de esos que mojándolo con la punta de la lengua desarrolla una tinta morada.

-¡Sí, sí, ya lo sé! – exclamó Dorotea -. Trataré de encontrar uno. Lo encontraré, y tendrás también el pegamín. Y traeré también pa que te rapes esas barbas. No, pediré a Casta que te lo traiga todo. Yo no podré.

Cuando ya se iba Dorotea, la agarró él por la mano, diciendo: - ¿No te olvidas de algo? – Se cruzaron las miradas.

-Es lo que más deseo, Tino, tú lo sabes; pero es muy tarde; ahora no hay tiempo.

Estaba amaneciendo el Miércoles Santo.

-Doro – susurró él -, es quizás la última vez.

-¡Oh, Tino, no digas eso! – lloró ella -. Sí, mi amor, te quiero tanto; pero date prisa, está apuntando el alba. Y luego me será más difícil entrar en el pueblo.

Y, diciendo esto, se desnudó. El se aproximó y le tocó los pechos. El roce de esas manos, un tanto rudas, produjo en ella una risa suave, lasciva, que la hizo aún más atractiva al hombre, el cual la besó detrás de la oreja un poco húmeda a causa del relente de la noche.

-No quiero que te maten. Te amo, te necesito, Tino, nos volveremos a ver, te lo juro, te lo prometo.

Unos momentos más tarde salía ella del palomar, diciendo: - Y tú, prométeme también que nos volveremos a ver.

Besándole la mano, él juró que se encontrarían de nuevo, que no habría fuerza en el mundo que pudiera ya separarlos.

-En Madrid – dijo ella.

-Cuando llegue a la otra zona, intentaré entrar en Madrid. Informaré al Comité Central del partido. ¿Sabrás llegar hasta allí y preguntar?

Ella asintió, le echó los brazos al hombro, un último beso, y salió corriendo.

Subido a una escalera de mano, trató él de seguirla con la vista a través de un agujero en la pared. Vió como se escondía la amada entre los matorrales, subiendo la cuesta, hasta que desapareció en la neblina de la mañana.

Al descender de la escalera, se rompió un travesaño, con un crujido, incidente que inmediatamente le trajo a la memoria imágenes de otro tiempo:

.... una mañana de primavera en que había salido en el carro a traerle unos pichones a su amo don Urbano Jiménez.... Tropezó con la sobrina, que le imploró: "¡Llévame contigo!", y porfió tanto la niña, que él accedió: "¡Pues hale, monta!".... Los campos eran de un color verde esmeralda, verdadero manto de frescura que no tardaría en convertirse en ocre mies con el tórrido sol del mes de julio.... Había en el palomar un constante ronroneo procedente de los nichos, repletos de avecillas de aspecto suave delicioso.... Ella quiso subirse a la escalera de mano a tocar los vientrecitos calurosos de seda. Y como él estaba subido a su lado, crujó el travesaño, y cayeron los dos por tierra. ¡Veinte años, y cómo lo recordaba todo!

Aquel día recibió Justino la visita de Casta, que le traía un paquete con el encargo de que al día siguiente, dos horas antes de rayar el alba, se llegara hasta el arroyo y lo siguiera hasta alcanzar la carretera provincial; que se escondiera entre los matorrales y que esperara allí hasta la llegada de Dorotea.

Cuando después de abrazar a Casta, que valientemente se esforzaba por ocultar toda señal de inquietud, la vio salir y desaparecer al otro lado de la loma, Justino puso a un lado el paquete y otras cosas que iba a llevar consigo y cogió el resto en un hatillo que se cargó a la espalda, y caminó con ello hacia el bosque de los tejos, lo más lejos posible del palomar. Estuvo cavando como media hora, utilizando unos palos, la navaja, sus manos. Luego depositó todo en el excavado pozo, volvió a tapanlo, esparció bien la tierra por encima y todo alrededor, y se volvió al palomar.

Pasó el resto de la noche fabricándose el salvoconducto, sustituyendo una foto por otra y utilizando el lápiz que le había traído su amiga del pueblo para pintar en su retrato el correspondiente segmento del matasello. Finalmente se rapó la barba, se cortó las melenas de león, y salió de su escondite por última vez.

CAPITULO 22

Oyó las campanadas de la iglesia. Medianoche. Justino estaría ya listo para salir y alejarse poco a poco del palomar.

Había explicado a su tío Urbano que quería salir a muy buena hora para Rioseco, a fin de estar de vuelta para el almuerzo. No oiría la misa de nueve, como otros días, y por lo mismo deseaba no perderse las otras manifestaciones religiosas de aquel día, especialmente la procesión de la Pasión del Señor, con el Cristo de la Vega del que ella era tan devota.

En verdad que no le importaba, ni mucho ni poco, el asistir o dejar de asistir a esas manifestaciones. Pero había pensado que, haciéndole llegar a Justino a Rioseco temprano, cuando los beatos y las beatas estaban saliendo a la calle para ir a la primera misa, su novio podía pasar desapercibido entre ellos, incluso entrar en alguna iglesia si necesitaba esconderse; hacer las Estaciones de la Cruz, y así acercarse a la estación del ferrocarril con más facilidad. Esperaba no encontrar guardias civiles en la carretera tan de mañana, por ser fiesta; pedía a Dios que así fuera.

Había preparado el carro antes de irse a la cama, contando con la Ignacia, que le ayudó a cargar los sacos; de manera que, llegado el momento, sólo tuviera que enganchar la mula y salir al camino por el portón del corral.

Se sentía desde luego triste y temerosa; pues incluso si triunfaba en tan arriesgada aventura, ello significaría que ya no volvería a ver a su Tino; pues no sería posible – ahora lo veía claramente – que también ella escapara un día: y pasar la línea del frente, llegar a Madrid, preguntar por él, eso del comite central..., todo pura quimera. No podría ser, no podría ser, no podría ser. ¡Si no había salido nunca de Tordehumos y la Calle de las Angustias!

“Eso si no le matan a él antes incluso de llegar a la otra zona,” se dijo, aterrorizada.

Oyó el canto de un gallo. “Tendré que ir pensando en levantarme,” musitó, “no vaya a quedarme dormida y lo eche todo a perder.”

Estuvo contemplándose el cuerpo mientras se vestía. “Haberle encontrado, y perderle otra vez,” suspiró: se estaba tocando la cara, los pechos, los muslos, “¿para qué sirve?” se dijo entre dos sollozos: en unos pocos años ya habría perdido ella todo esa hermosura. ¡Qué vida!

Hacía un frío espantoso en la cocina. El fuego de la trébede estaba enteramente apagado. Salió al corral con una palangana de aluminio. Se chapuzó el rostro con el agua del pozo, y volvió a entrar en la casa; comió, medio a oscuras, un trozo de chorizo y un zoquete de pan. Envolvió lo que quedaba del chorizo, y lo depositó con otros menesteres en una canasta. Apagó con un soplo un cabo de vela, y volvió a salir al corral. Enganchó la mula, y momentos más tarde estaba bajando la cuesta que conducía a la carretera asfaltada que unía Toro con Rioseco.

Era una noche estrellada, sin luna. Iba pensando en su amante y en los peligros que a ambos acechaban. ¡La matarían! Si fracasaba en su intento, y era descubierta, no habría salvación. Pero no se echaría atrás. ¡Lo hacía por él! ¡Sí, sí, por él lo hacía! Porque le amaba. “¡Justino, amor de mi vida!” suspiró. Y sí que lo era, su amor, su único hombre, y le habría sido fiel toda la vida, si solamente hubiera tenido suerte, si hubiera vuelto, todavía una pollita, a su Tordehumos natal, en lugar de haberse quedado allí en la capital, el Valladolid que tanto odiaba, ¡Ay, lo habría hecho, lo habría hecho; habría vuelto, si hubiera sabido que él la estaba esperando!

Se mordía las uñas con rabia. Sentía celos, un sentimiento impreciso, pues no sabía de quién los tenía. De mujeres que había habido en su vida de hombre joven, en el pasado, y de cualquier miliciana que pudiera encontrar ahora en la otra zona. ¡Y le dejaba ir! ¡Ay, le dejaba ir! No importaba, todo saldría bien a la postre: ninguna otra mujer en el mundo le había querido tanto, ni había hecho nunca tanto por él... o podría en el futuro hacerlo. Justino lo sabía.

Tenía una mano en la boca y con la otra tenía las riendas. “Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo. Yo sola. Yo sola le salvaré, le salvaré” repetía valiente, para espantar todo otro sentimiento. Trató de aferrarse a la idea de que no era aquello el fin, que no se separaban para siempre, que de alguna manera se volverían a ver, que volvería a sentir el calor de sus besos, el abrazo de ese cuerpo rudo hermoso, desnudo. Incluso si tenían que pasar años, se encontrarían de nuevo, como se habían encontrado esta vez. Ella conservaría su juventud, sí, como la había conservado hasta ahora. Ocurriría, sí, ocurriría todo tal como se lo imaginaba en estos momentos: no podía ser de otra manera, ¡se amaban tanto!

Le parecía que las ruedas hacían un ruido tremendo en el piso del camino, lleno de barro y pedruscos. Y tuvo miedo de que se le apareciera de repente la pareja de la guardia civil. Por suerte, no encontró a nadie, ni en el camino comarcal, ni en la caretera.

El parador de los coches de línea estaba silencioso y vacío. No había sido utilizado aquel edificio desde que, a raíz del alzamiento, confiscaron los autocares los del ejército. Así que metió el carro al abrigo del lugar, saltó a tierra, puso el freno y ató la mula. Todavía aguardó unos instantes antes de cruzar la carretera. Subió luego por una vereda que le condujo al arroyo, donde esperaba hallar a Justino, y se llevó la sorpresa de no encontrarle entre los matorrales, como había señalado a Casta. Se puso a temblar otra vez, de miedo y de despecho.

Oyó de pronto un silbido ligero, cual el canto de un pajarillo. Vio venir una sombra que parecía haber salido del mismo arroyo, y que se le acercaba con extraordinario sigilo.

-¡Oh, Tino, qué susto me has dado! – susurró, ya en los brazos del amado -. Creí que no llegabas.

-Estaba escondido en el hueco bajo el puente – dijo él - ¿has tropezado con alguien?

-No. Está todo muy tranquilo. Vamos.

Llegaron a la carretera. Le hizo ella cruzar a él primero, después de haber mirado a la derecha y a la izquierda. Cruzó ella también, y entraron en la oscuridad del parador. Movieron unos sacos, muy de prisa y con tiento. Se coló él en el agujero, deslizaron los sacos por encima, y se pusieron a rodar camino de Medina de Rioseco.

Al entrar en Villabrágima les salió al encuentro una patrulla. Justino, que estaba doblado en dos, medio soportando el peso de un saco, pudo oír la voz de un hombre que gritó: -¡Alto! - Y el chillido de Dorotea a la mula: - ¡Hoaaa! -. Y se paró el carro.

-A ver, mujer, ¿qué llevas ahí? – era una voz cascada como de un viejo o un borracho.

-Usté mismo lo pué ver, señor guardia – oyó decir a Dorotea, sin el menor titubeo -. Es trigo pal ejército.

-¿Adónde lo llevas, pues? – oyó la voz del guardia, mucho más cerca.

-A Rioseco, aquí está la orden de Intendencia.

-¡A ver! - Oyó Justino unos pasos pesados, y otra vez la voz del viejo: - ¡Tú! Echa un vistazo a esos sacos, - y más pasos, acercándose. “Si me descubren,” pensó, apretando una navaja que había sacado del bolsillo, “tendré que apoderarme del arma de éste, y reaccionar en seguida.” En esto oyó otra vez la voz de Dorotea.

-Son de don Urbano Jiménez, que es tío mío.

Siguió un interminable silencio. Alguien palpaba los sacos. Y esos pasos tenebrosos, dando la vuelta al carro.

-Es trigo – oyó la voz del otro guardia; luego el anciano otra vez.

-Está bien. Puedes seguir adelante.

Dio un suspiro apagado de alivio, y, por encima del renovado traqueteo de las ruedas del carro, le pareció oír que también Dorotea suspiraba. Más tarde, movió ligeramente un saco que se le estaba clavando en la clavícula, cambió de postura y contempló el firmamento a través de un resquicio entre dos sacos: millones y millones de resplandecientes estrellas que parecían burlarse de sus problemas y cavilaciones de insignificante ser humano.

Poco a poco fueron desapareciendo los astros del cielo, que fue tornándose en un azul de prusia, al tiempo que bajaba la temperatura. Vino en seguida la neblina. Oyó el tañer de una lejana campana. Por el movimiento cada vez más irregular de las ruedas, sintió que habían salido de la carretera. Oyó a Dorotea

llamando a la mula. Se paró el carro en seco, después de una sacudida que desplazó ligeramente unos sacos.

-Ya puedes salir – oyó un susurro a su lado.

Empujó un par de sacos a un lado y saltó a tierra, entumecido y medio helado. Estaban en un bosquecillo, un lugar solitario y húmedo. A unos doscientos o trescientos pasos había un edificio en ruinas.

-¡Oh, Tino, mi Tino! ¡Oh, querido! – exclamó Dorotea, los grandes ojos luminosos sumamente tristes -. Ha llegado el momento de separarnos.

El la cogió de la mano y la condujo hacia unas piedras que debían haber formado, años atrás, parte de un lindero. Saltaron al otro lado. Había reconocido él el lugar: estaban en el camino de Castilviejo, a la entrada de Medina de Rioseco, cuyas torres se veían a lo lejos en una masa de tejados oscuros, saliendo de la neblina.

Se sentaron en unas piedras entre los restos de un muro anciano, y ella se acurrucó contra el cuerpo del amado y le besó una mano, empapándosela de lágrimas. Quería a aquel hombre como no había querido a nadie en su vida. Era como una necesidad atávica: corregir un error del pasado que había cambiado su vida, volver al ser, suyo, propio; sentirse hembra joven de nuevo, dar vuelta atrás en el tiempo y en el espacio..., y las imágenes. «La representación de aquel chicarrón venido del norte a instalarse con sus padres en Tordehumos... cuando era su aldea natal el único mundo existente para ella, y los tordehumeños los únicos seres humanos que contemplado había...; su infancia, aquella adolescencia feliz, ¡tantos años atrás! Pensó en aquel primer beso y su declaración de amor, el juramento que habían hecho de amarse siempre... Había creído sinceramente estos días pasados que estaba volviendo a vivir **todo aquello**, que estaban juntos, que no se habían separado nunca. Y ¡era sólo un deseo! ¡un sueño! Ese amor puro, la inocencia de aquellos años, su Tino, amor eterno, los besos... Todo se desvanecía. Al menor tropezón, a la menor dificultad... la duda, y nada... Una lágrima que sintiera en la mejilla, y todo se le venía abajo.... Despertaba. Mujer madura, triste, sentada en unas piedras, la agonía madrugada de un día del fin del invierno de 1937... ¡Sólo unos minutos más! El tiempo pasa, no perdona.... Y la guerra.»

La guerra le había devuelto Justino, y ahora se lo llevaba otra vez. En su desesperación pensó, como tantas otras veces, que el Cielo era sumamente injusto con ella, siempre lo había sido. ¿Por qué ocurría todo aquello, por qué en lugar de tanto sufrimiento no le enviaban los Cielos la felicidad, por que no le había dado Dios una vida tranquila, como ella deseaba, habiéndola dejado para siempre en su aldea natal, con los suyos, con su hombre, el único que habría podido hacerla feliz, supremamente feliz?

Estuvieron abrazados, besándose y acariciándose por un cuarto de hora. Tenían que separarse, sin embargo. No tardaría en salir el sol.

-No, no te vayas todavía – suplicó ella - ¿Qué va a pasar, Tino, mi amor? ¿Qué te sucederá si te reconoce alguien? ¡No quiero perderte para siempre! ¡Dios quiera que no te descubran! ¡Nos volveremos a ver, nos volveremos a ver!

-Sí, mi adorada, seguro. Y no me reconocerá nadie, Doro, no temas – respondió él, tratando de sonreír.

Dorotea, que se había acostumbrado últimamente a verle con su enmarañada barba, ahora juntaba su cara a la del recién afeitado, y le besaba una y otra vez.

-Sí, nadie te reconocerá – dijo ella, besándole zalamera.

Teniéndola estrechamente entre sus brazos, correspondió él a sus besos con pasión, sabiendo que quizás no se volverían a ver durante mucho tiempo.

-Ten cuidado, Tino – dijo Dorotea por la enésima vez -, no cometes ninguna imprudencia.

-No, cariño. Tendré mucho cuidado, por la cuenta que me tiene. No te preocupes por mí, que iré a campo través. Me esconderé, en cuanto haya comprado el billete. Y no volveré a la estación hasta que esté ya saliendo el tren.

-Eso es, mi amor. Y saltarás en seguida al vagón, que no te vea nadie – exclamó ella, la congoja a los labios. Se apretó contra él, escondiendo el rostro en su hombro, y dio rienda suelta al llanto.

El la besó en el cabello, y en sus ojos también aparecieron lágrimas. Veía aquella amada Tierra de Campos donde había echado raíces desde que, a la edad de trece años, llegara con sus padres de las montañas del Asturias, y en su alma se le representó la idea de que estaba operándose un cambio, un nuevo viaje; que iba a perder, para siempre, aquella tierra, aquella mujer, que **no** volvería a ver **aquello**.

-Adiós, mi adorada.

Dorotea estalló en sollozos. –Tino, antes de irte, quiero que me digas que siempre me has querido, siempre, siempre.

-Siempre. Ya sabes que te adoro, que te he adorado siempre.

-Pero, dímelo otra vez, otra vez – dijo ella mirándole fijamente en los ojos.

De nuevo él la abrazó tiernamente, y contestó: - Ya lo sabes. No he cesado un instante de llevarte en mi corazón, desde el primer día, desde aquella mañana en que entré al servicio de tu tío, y tú estabas con él, una adorable zagala de ojos grandes y largas trenzas negras... ¿recuerdas?

-¡Cómo lo iba a olvidar!

Se habían puesto de pies, y empezaron a caminar entre los árboles, un bosquecito de abedules jóvenes.

-¡Tino, mi Tino, amor de mi vida! – exclamó ella, agarrándose al hombro del amado.

-¡Hasta pronto, Doro! – la besó él de nuevo, y se dispuso a dar la vuelta.

-¡No! – dio ella un grito apagado, tristísimo, apretándose la cara con ambas manos, que se llenaron de lágrimas.

Le vio alejarse, pararse un momento para decir un último adiós, los diez dedos todavía en el rostro. Alzó, al cabo, una mano en el aire, diciendo asimismo adiós, mordiéndose los dedos de la otra mano, desesperada. Luego le vio desaparecer para siempre en la neblina de la mañana.

No supo nunca cuanto tiempo estuvo así, anonadada, el cuerpo pegado a un abedul de hojas de un verde suave, pequeñísimas. Siguió distraídamente el vuelo de una bandada de grajos yendo hacia Rioseco, las masas oscuras de las casas, las torres afiladas de las iglesias, y se llevó otra vez los dedos a los labios, temblando.

Al cabo se dirigió lentamente al carro que en el medio del bosque habían dejado atado. Cuando llegó, se puso a tocar la manivela del freno, las riendas, los sacos, palpándolos nerviosa, ausente, sollozando todo el tiempo. Clavó unos dedos crispados en el grano, apoyó la frente en el antebrazo, y por un largo espacio lloró abundante, amargamente.

CAPITULO 23

A los pocos días, don Luis Henríquez, terrateniente de Medina de Rioseco, que también poseía tierras en Tordehumos, estaba jugando una partida de cartas en el casino de los ricos del pueblo, cuando se le ocurrió decir: - ¿Desde cuando dejáis vosotros andar libres a los rojos? - Había en su voz un tono de reproche que no escapó a nadie.

Don Jaime Platero, el señor alcalde, que era cuñado del que había hablado, exclamó, sorprendido: - ¡Anda, que como no te expliques, Luis!

-Pues eso, que habéis dejado ir libre por ahí al más rojo de todos, nada más y nada menos.

-¿A quién te refieres, coño? – preguntó don Urbano.

-Y ¿tú me lo preguntas? Pues a ese antiguo mozo tuyo, Justino Alvarez de los demonios, ¿no era ése uno de los que andaban metiendo cizaña y agitando a la gente para esa maldita reforma agraria, hombre? ¡Anda, que parecéis bobos!

-¡Justino! – exclamó don Urbano, y él y su comparsa Jaime Platero se miraron atónitos.

Don Luis estuvo un rato contemplando uno a uno sus naipes, escogió uno, lo depositó en la mesa, dando un sonoro golpe con los nudillos, y exclamó: - ¡El mismo que viste y calza! Y os lo habéis dejado escapar. Le han visto el otro día en Rioseco.

Su cuñado dijo, muy enfadado que **allí** no dejaban escapar a nadie, y aún menos a los comunistas. Ya sabría él que lo habían andado buscando, ¿no? Y el resultado había sido negativo. Todos lo sabían. En Tordehumos no se había escondido. Y añadió, pasando a la ofensiva, que si estaba el tal Justino en Rioseco, que no se explicaba cómo le dejaban ir así, tan campante. Primero, ¿quién lo escondía? Segundo, ¿qué clase de vigilancia era esa? Aún más, ¿por qué no había ido a denunciarlo **él mismo**, eh? ¿Es que no sabían de sobra en la cabeza de partido quién era y quién no era rojo? ¡Justino, vaya un elemento! Y, en fin, ¿a cuento de qué?, ¿por qué no lo agarraban, si estaba todavía allí? ¿Cuándo pensaban prenderle y fusilarle, eh?

Comentario [11]:

-¡Anda que como no le echas un galgo! Conque dicen que le vieron coger el tren burra para Valladolid.

-Pues alguien ha debido estar escondiéndole – dijo sabiamente el señor cura -, o en Rioseco o en Tordehumos o en alguna parte.

-A mí que me registren – señaló don Urbano.

-¡Caramba, don Facundo! Qué cosas tiene. ¿Alguien? La de Pero Grullo – comentó Henríquez -. Pues tiene que haber sido en Tordehumos, por supuesto. O en uno de los pueblos de alrededor, algún amigo, ¿no?

-¡Vete tú a saber! – dijo don Alonso Carrión -. Además alguien ha tenido que proporcionarle un salvoconducto, a ver ¡para salir en tren de Rioseco! No, si habrá que espavilarse, amigos.

-Eso es lo que yo digo – interpuso Jiménez -. Que como aquí dice, que dejar escaparse a un elemento así, hombre, eso se las trae. Y al que le haya dado un tal documento no le arriendo la ganancia -. Y después de una pausa: - Venga, a ti, Facundo.

-Razón tienes, Urbano – dijo Carrión.

Por su parte, antes de depositar su naipe, dijo el cura: - Pues habrá que ponerle remedio. Que la Falange se encargue de ello. Eso es todo.

-Falange Española Tradicionalista y de las JONS – dijo Platero -, así es como hay que decir ahora. Sí, ella se encargará de cazarle.

-A buenas horas mangas verdes – señaló el sacerdote.

Esta conversación y este descubrimiento dieron lugar al más intenso y minucioso registro que jamás se llevó a cabo en la historia de Tordehumos y aun de toda la Tierra de Campos. Tres agentes del Cuerpo General de Policía, miembros especiales de la Brigada Político-Social, se hospedaron en Villabrágima, y allí estuvieron trabajando día y noche. No hubo casa, templo, caserío, ermita, bodega, cuadra, cueva, pocilga, granero, choza, cabaña y aun pozo o agujero que no se inspeccionase detenidamente (durante dos, tres y luego cuatro semanas) al objeto de encontrar alguna prueba, un indicio de lo que había pasado.

-Después de burro muerto, la cebada al rabo – decía malicioso Antón, desde su cueva en la loma del castillo.

-Calla tú la boca, jorobado malhecho, cheposo – le contestaba la gente -, no se vayan a meter contigo.

-¡Bah! conmigo qué se van a meter – respondía él, retador.

Continuaron las pesquisas, y no podía menos de ocurrir que un día llegasen al palomar abandonado de la inmensa finca de Los Tejos, del señor Marqués de Campos. Lo primero que vio el guardia Gerardo (que es el que más se movía) fue que había un poco de paja entre la hojarasca del suelo, y aquello le envió un cierto tufillo a su nariz de porro.

-No me da buena espina – se dijo, atusándose el poderoso mostacho -, me huele que hay gato encerrado.

No tardaron mucho los investigadores en dar con el disimulado agujero, a unos doscientos metros del palomar, donde el escapado comunista había enterrado su cobija y los restos chamuscados de todo lo que no había podido llevarse consigo. Además, en uno de los matorrales del sendero encontraron un guante de mujer, y como aparte de ser guardia, tenía Gerardo algo de filósofo, en seguida concluyó: - Aquí ha habido hembra de por medio. - Y, por aquello de que por el hilo se saca el ovillo, llegó a pensar que alguna de sus compatriotas tordehumeñas había ayudado a escapar al 'monstruo'.

Y en adelante, todo su anhelo era el descubrir, como en el cuento de hadas famoso, quién podía haber sido la propietaria de aquella prenda. Los agentes, entre tanto, se volvieron a Valladolid para analizar todo aquello.

CAPITULO 24

Dorotea entre tanto sentía en su cuerpo y en su alma toda la angustia, toda la miseria existencial del ser humano abandonado, solo, sin fin y sin propósito.

¿Por qué tenía que sufrir ella más que las demás mortales? ¡Qué injusticia era aquella! Dios quería castigarla, sí, por alguna falta que había cometido, pero ¿por qué más que a otras, que no eran mejores?

Ahora mismo su angustia era inconmensurable, o, como ella lo expresaba en su mente, **sufría lo indecible**. Había encontrado al fin el único y verdadero amor de su vida y... se le había evaporado, transformado en un puro dolor, ¡había desaparecido su Tino!, se le había ido al fin del mundo para nunca más volver. Porque eso sí, Madrid era el fin del mundo..., o cualquier otro sitio de la parte republicana a donde hubiera ido a parar. La 'otra zona', otro planeta, un universo enteramente aparte, cerrado y (para ella) inalcanzable.

"¡Ten ánimo!" se decía, "que todas las cosas vuelven a tener su vida, lo bueno y lo malo, los triunfos y las derrotas, los amores y las desilusiones, ¡ah, volverá, volverá, nos reuniremos de nuevo!

Pero no lograba consolarse. No le volvería a ver, no le volvería a amar, tenerle en sus brazos, verle, ver esos ojos azules de nuevo, esos rasgos tan fieros y a la vez tan súmamente dulces. No encontraría de nuevo a su Tino, nunca: ese amor profundo, inmenso, puro, sincero..., tal como ella lo sentía en este instante, como el que siempre había sentido por él, sólo él, sólo él. ¿Por qué el Buen Dios no había querido preservárselo? Lloraba.

Sí, lloraba mucho a escondidas Dorotea aquellos días. No podía soportar la ausencia de su amado, esa separación, su intensa soledad. Estaba nerviosa y deprimida el día entero, y por las noches apenas lograba pegar ojo. Se separaba de los demás deliberadamente, y desde luego de la pobre Casta, a quien no quería ver ahora ni en pintura. Le recordaba algo, le ponía intranquila, la tenía miedo. No tenía ganas de que la vieran con ella, que alguien le preguntase, que les oyeran hablar y que algo se le escapase a la una o a la otra de la boca, algo que pudiera dar un indicio de lo que juntas habían hecho (antes pensaba que lo había hecho ella todo, que Justino se había salvado gracias a ella, exclusivamente.) En una palabra, aunque amaba mucho y estaba orgullosa de lo que había hecho, también sentía un gran temor. Temía que alguien de entre los lugareños llagara a saber algo, pudiera ir a delatarla a la guardia civil, decir que había sido ella, ella, ella. Pues ya era bien sabido en Tordehumos (y se comentaba tanto en el casino de los ricos como en la taberna de los pobres labriegos) que el comunista ese, Justino Alvarez, había sido visto abordando el tren en Rioseco, ¡y alguien tenía que haberle ayudado a escapar!

La única excepción, de entre los vecinos de la comarca, con quien continuó Dorotea teniendo asiduo contacto, fue don Alonso Carrión Cienfuegos. Con él, cada vez que se encontraban, era Dorotea muy locuaz y muy amable; y no ha de pensarse que aquella tristeza, aquella desesperación, al verse de repente privada de su Tino, iba a durar eternamente, o iba a impedirle el verse con el administrador; extraño es decir, pero se le iba en seguida el pesimismo cuando entraba en tratos

con aquel caballero, incluso si en el fondo de sus alma todavía le quedaba aquel dolor, una especie de disgusto – remordimiento, pensaba ella -; pues era verdad que amaba o había amado sinceramente al otro.

Quiere decir que la hermosa Dorotea no podía comportarse como una ajena con el administrador, ¡un hombre tan generoso ! Y que continuó dando paseos con él, y visitándole en su casa, procurando satisfacerle en todo, o en casi todo, lo que le pedía tan cortésmente don Alonso.

Empero, de vuelta a su propia casa, volvía a pensar sólo en su Tino. Y en su habitación, lloraba. Lloraba mucho, en silencio, sentía dolorosamente lo que había hecho, lo que acababa de hacer, clamaba al cielo, pedía ayuda a la Virgen Dolorosa, y entre susurros y suspiros decía que quería irse, **volver** a él, a su adorado; daba puñetazos en la cama, clavaba las uñas en la almohada, y hasta que, rendida, se quedaba dormida.

El mismo teatro cada noche, o casi. Un poco menos según iban pasando los días. Pero no se olvidó nunca por completo de **él**. Lo recordaba, le adoraba, y seguiría adorándole, pasase lo que pasase, eternamente... o tanto como hubiera un atomo de conciencia en su ser.

A fuerza de tanto suspirar y clamar al Cielo, esos ataques de histeria, juntando las palmas de las manos, pidiendo que le devolvieran a Justino, su verdadero amor (aunque en realidad ya no lo era tanto, y ella lo sabía), se volvió otra vez religiosa, tan católica que se la veía a menudo en la iglesia. No tanto como otras, que nunca fue Dorotea una beata pura, que se comiera los santos; siempre había en ella un elemento negativo, contradictorio, echando según la pillara una de cal y otra de arena. Pero sí lo bastante beata para ir tirando, calmarse un poco, cuando en el templo entraba, cada vez que le venía la locura. Era una especie de transcendencia feliz, un elevarse y compensar con el Cuerpo de Cristo ese vacío que le había quedado en su propio cuerpo todavía hermoso, y que parecía apretarla en el pecho cada mañana cuando se levantaba de la cama, sola entre las sábanas. Iría a la iglesia, le rezaría a su Jesucristo, y El la salvaría, la rescataría, la sacaría de esa miseria. Jesús que había venido al mundo para redimirnos a los hombres, pecadores. Cristo, el Hijo de Dios. Porque eso sí ahora era al **hombre** Jesucristo crucificado a quien acudía en sus plegarias, nada de un Dios Padre abstracto y sin representación.

Iba a la iglesia principalmente durante la hora de la siesta, pues entonces estaba segura de no encontrar a nadie, o casi nadie, y, en su reclinatorio, se lanzaba, por así decirlo, al Sagrado Cuerpo de Jesús, con gran exageración y una buena media docena de aspavientos; pero en silencio, para no llamar la atención de nadie que pudiera haber en la sacristía, o en la calle. Y hasta que se llenaba de una cierta euforia... pasajera, pero que le hacía mucho bien. Oraba.

Como ahora, este miércoles de primavera antes de la Ascensión. Aunque no se había encontrado mal por la mañana, ni a la hora de la comida, que celebró con el debido decoro y a su plena satisfacción, entró a la hora de la siesta en el templo nerviosa y agitada como un tembleque. Se dio cuenta en seguida de que no estaba sola. Había una bombilla eléctrica, en un aplique de encima del confesonario, que

iluminaba los bultos de unas viejas, como arrojadas por tierra. En el altar había unos cirios encendidos, que daban al antiquísimo retablo un brillo de maravilla. Las repisas y las imágenes de los Santos y Vírgenes estaban llenas de polvo, y especialmente un Crucifijo que colgaba abultadamente en la pared de la izquierda, según se entraba en el templo.

El confesonario estaba a la derecha. Se oía el cuchicheo de una vieja, de rodillas contra la celosía, arrebujada, pequeña, polvorienta, negra hasta las uñas, clavadas en la madera barnizada por donde asoma la nariz del sacerdote. Al lado opuesto, arrimada contra la pared, otra ancianuca, repasando las cuentas de un rosario negro, demasiado grande para sus dedos esqueléticos. Se oye el susurro de una oración.

Cuando se fue la mujer que estaba confesándose, y antes de volverse a la otra celosía, que ya ocupaba fervorosa la anciana del rosario, don Facundo hizo una seña a Dorotea para que se aproximase.

-Si quiere confesarse – le dijo con increíble nerviosismo, y casi sin bajar la voz -, póngase de rodillas a este lado y espere su turno.

Dorotea no dijo nada. Se puso de rodillas, como se lo había ordenado el cura, y aguardó a que éste se inclinase sobre la otra celosía para administrarle a la otra el sacramento de la confesión. Luego se levantó con sigilo, y se fue piano piano a la calle. Se había dado cuenta de que **eso** no era lo que quería. ¿Cómo iba a decir ella ahora los pecados al confesor? Claro que lo haría un día, para estar segura de que no iría al infierno al morir; pero todavía no, más tarde. “Aunque, por **eso**, - pensó, - bien podía ir al confesonario, ¿puede ser pecado amar a un hombre?”

-Pero ¿cómo voy yo a contarle que le he ayudado a salir corriendo? – se dijo -. No, no necesito contárselo al confesor; si además eso no es pecado, ¿cómo va a ser pecado el salvar la vida de un hombre?

Al cruzar la calle que bajaba del Castillo, tropezó con su hijita, que igualmente se dirigía a la casa. Sabía que, para los niños que no hacían la primera comunión aquella primavera, no había escuela aquel sábado por la tarde: la maestra estaba enseñando a los comunicantes cómo abrir la boca un poquito, postrados de hinojos, las manos juntas, cómo sacar la puntita de la lengua, y recibir la Santa Hostia, para lo cual doña Teresita había recibido del cura un montón de formas no consagradas.

Dorotea se agachó delante de la Feli, la limpió los mocos, y le hizo el nudo de la bufanda. Era muy fría la primavera aquel año, y la niña andaba bastante malucha: y era ésa una de las razones por las que no hacía ella la comunión aquel año; al contrario que su hermano, que en el colegio estaba en aquellos momentos, preparándose para recibirla en su día.

- ¡Ay, Feli, qué mierdica eres, siempre tan resfriada, siempre cogiendo infecciones! – dijo la madre.

La niña le agarró una mano, y alzó sus ojos verdes, sonrientes a pesar del catarro que llevaba encima.

La vista de aquellos ojos verdes le trajo a la madre a la mente algún recuerdo que le puso un instante muy triste.

- Mamá – preguntó la niña - ¿cuándo vamos a volver a ver a nuestro papá?

- ¡Ah, eso! Ahora no es posible, Feli.

- ¿Por qué, mamáita?

- Hijuca, ya sabes que hay una guerra.

- ¿Y qué?

- Quedan muy pocos hombres en el pueblo.

- Y ¿don Alonso, por qué está?

- Don Alonso ya ha pasado la edad de la mili.

- ¿Mi papá está en la mili?

Habían llegado a la parte de la calle, casi a la salida del pueblo, donde empieza el camino de la ermita. Estaban a dos pasos de su casa, y a Dorotea no le gustaba nada el cariz que había tomando la conversación, tanto más que pasaban por allí dos ancianucas que probablemente se dirigían al cementerio.

– Mira, no me preguntes más, que me tenéis harta los hijos, ¡cállate ya!

Entraron en la casa. En la cocina Dorotea dio a la niña una rebanada de pan blanco, untada de manteca de cerdo. – Toma – le dijo -, cómete esto, que estás quedándote en los huesos de reviejeta que eres.

La niña agarró su merienda y se fue corriendo a la calle. La madre se quedó sola, trajinando. Cuando se cansó de trabajar, se sentó junto a la ventana, soltando un suspiro detrás de otro. Tenía un codo sobre la mesa. A su lado se veían la hogaza de pan y el pote de manteca. Se animó, se cortó una hermosa rebanada, se la untó de manteca, y se puso a mordisquear, pensativa. Sabía que estaba echando carnes y que de alguna manera debería ponerle remedio. Pero se encogió de hombros, y continuó comiendo. - ¡Bah! No importa – murmuró. En realidad estos días nada le preocupaba. Es decir, se angustiaba por todo, pero lo dejaba pasar. Se daba perfecta cuenta de que era incapaz de controlarse. Y con la buena comida que había en Tordehumos, tocino, garbanzos, alubias, pan candeal, roscones..., ella metía mano a la despensa con frecuencia, casi sin darse cuenta. Hasta que empezó a ponerse más que hermosa, sin que al principio se notase mucho. – De todas formas ya no tengo que enamorar a nadie – se dijo, socarrona; hizo una pausa -; sí, al administrador; pero a ése le gusto así -, y soltó una carcajada.

Comentario [12]:

Comentario [13]:

Comentario [14]: no

Comentario [15]: ,

CAPITULO 25

Un domingo, salía con su tío de la misa, cuando Dorotea vió venir hacia ellos un don Alonso muy pálido y descompuesto. Sin saber por qué, tuvo miedo. Pensó que algo malo estaba sucediendo que iba a afectarla personalmente.

Vió como el administrador tomaba a don Urbano a un lado; y por unos momentos los dos hombres se quedaron cuchicheando juntos, apartados en la algarabía que constituía ahora la plaza. A continuación vio Dorotea como su tío salía precipitadamente en dirección a su casa. Don Alonso se volvió hacia ella.

-Tengo que hablarte – dijo, al tiempo que le hacía seña con los ojos para que le siguiera.

Subieron por separado la cuesta del Castillo, y treparon juntos por una de las laderas, pasaron por entre las piedras, y se hallaron en la superficie plana de tierra arcillosa donde debía haber existido en la Edad Media el cuerpo principal de la fortaleza, que ahora estaba llena de cantos y yerbajos.

Campaba un sol luminoso, que habría sido hermoso si no hubiera soplado tanto el viento. Se extendían por todas partes las tierras labrantías de un verde delicioso azulado, verdadero mar castellano en primavera.

Don Alonso se puso a pasear a lo largo de la más pronunciada de las cuatro laderas del castillo, dando cara a los Montes Torozos. Dorotea se le acercó por detrás, y preguntó tímidamente.

-¿Pasa algo?

-Sí, por cierto – contestó él en un timbre de voz tímido y bajo, que reconfortó a la mujer, al parecerle que no iba nada con ella

No había nadie, salvo ellos dos, en las alturas del Castillo; pero el administrador se quedó un rato escuchando, para estar seguro de que nadie subía por el otro lado del cerro. Luego continuó: - Ya te dije en otra ocasión que me unía gran amistad con el general Mola, ¿no?

-¿Y ya no lo es – preguntó ella -, amigo, quiero decir?

-¡Ah! Veo que tampoco tú te has enterado. Bueno, es natural. No. Acabo de comunicárselo a tu tío.

-¿Pues qué?

- El 3 de junio explotó el avión en que viajaba el general, cuando se dirigía de la línea del frente hacia Burgos.

-¿Qué es lo que pasó?

-Un atentado.

Dorotea se llevó una mano a la boca, y dio un grito apagado. – Y ¿quién lo ha hecho? – preguntó.

Otra vez miró don Alonso a un lado y al otro, antes de responder: - Hazte tú misma la pregunta, ¿a quién beneficia el crimen? -, clavándole esos ojos negros en los suyos.

Era más de lo que Dorotea podía digerir. Pero como el otro continuaba mirándola, dijo: - Sí, ¿pero por qué salió mi tío corriendo? Parecía asustado.

-¡Toma! – es todo lo que respondió don Alonso.

-¿Es que... - tartamudeó Dorotea -, es que tiene que ver algo con la muerte del general ese?

-No, te explicaré – dijo el otro, temblando -. Es que dí a tu tío, hace ya tiempo, un retrato de don Emilio Mola, dedicado, claro. Yo tenía el mismo retrato en mi casa, sabes, una foto grande, tamaño cuartilla.

-¿Ya no lo tienes?

-No. Lo he destruído. He destruído todo lo que pueda señalarme.

-¿Por qué... señalarte?

-No, como falta de adhesión..., bueno que no crean que no nuestro adhesión al Caudillo y a los principios del Movimiento. Tú no lo sabes, pero en Salamanca, en septiembre del año pasado hubo una lucha. El 1 de octubre Franco fue hecho Generalísimo, en preferencia de Mola.

Dorotea meneó la cabeza afirmativamente, pero era evidente que no comprendía nada de lo que el otro le iba diciendo. - ¿Qué es eso del movimiento? – preguntó.

-Soy adepto al régimen – continuó él, como si no hubiera oído la pregunta -. Creo en el Caudillo, salvador de la patria. Eso por descontado. Y creo en la unificación de la Falange y el Requete, y que Franco es la cabeza del Movimiento, es decir, creo en Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Nadie puede incriminarme, pienso yo, por haber sido amigo de Mola.

-Claro que no.

-Dime, ¿no recuerdas haber visto en mi aposento un álbum con fotos dedicadas de Onésimo Redondo, Calvo Sotelo, Primo de Rivera, y otras dos de mayor tamaño de Mola y Franco? Pues mira, por lo que pudiera suceder, me he desembarazado de todas ellas, menos la del Caudillo, que ahora he puesto en un

marco en la pared, con otra foto, también del Generalísimo, caballero sobre un caballo blanco. ¿Comprendes ahora?

-Pues sí – dijo ella, todavía comprendiendo sólo a medias.

El administrador, que se había sentado en una piedra grande de entre las ruinas, se levantó muy de prisa, agarró a la mujer por el antebrazo, y dijo: - No, pero ten bien en cuenta que te estoy diciendo todo esto en secreto. No abras el pico, no lo menciones a nadie. Y sabe que te he contado todo esto porque quiero continuar ahora con otro asunto, que vas a ver está relacionado con éste.

-¿Qué?

-No ahora. En casa. Mira, bájate por esta ladera al camino de Pozuelo, y me esperas allí. Allí donde te señalo, bajo ese chopo. Yo voy a buscar el surré que he dejado en la plaza.

Media hora más tarde entraban los dos en la mansión junto a la carretera de Villbrágima. Se metieron en el aposento de don Alonso Carrión.

Dorotea había continuado viendo al administrador en su casa todos estos meses. Algunos de los lugareños ya se habían enterado de los amores ilícitos de la sobrina de don Urbano Jiménez con el administrador del marqués. Es decir, de las sospechas habían pasado ya a las certitudes, sobre todo las mujeres; pues, como los hombres escaseaban aquellos días en el pueblo, más de una había tratado de interesar al caballero, que no se había dado por enterado: y concluyeron las más apasionadas que había dado el señor Carrión su corazón a otra dama, y ¿cuál podía ser, si no la hermosa Dorotea, con la cual le veían a menudo paseando en el camino de la ermita de Santa Ana o subiéndose al Castillo como dos mozos?

Dorotea aquel mediodía se sentó, como otras veces en el sofá, en la porción de la habitación que hacía de despacho al caballero; pero él estuvo paseándose nervioso un rato, todo a lo largo y ancho de la habitación, antes de hablar.

-¡Ah, que me tenga que pasar esto a mí, a mí!- murmuraba mientras medían sus piernas la superficie del cuarto.

-No es pa tanto, Alonso. Además el general ese no era un rojo que digamos. Y ni siquiera nadie sabe que fuera amigo tuyo, si no es mi tío Urbano, ¿no? Y el no dirá nada.

-No, si no es por eso. Si estoy refiriéndome ahora al labriego ese comunista que estuvo escondiéndose durante ocho meses bajo mis propias narices, ¡maldita sea!, en mis propiedades, ¡hay que joderse!

Don Alonso no soltaba tacos a menudo. Así que, oyéndole soltarlos ahora, Dorotea se asustó no poco. Le oyó bufando por un rato como un toro, y ella prefirió por el momento no soltar palabra.

-Ven aquí, que eso es lo que quiero que discutamos ahora – dijo el administrador, dejándose caer en el sofá, a un extremo del cual ya estaba sentada Dorotea -. No, pero tú no crees que nadie va a pensar que yo lo encerré en ese palomar, dime.

-¡Cómo lo van a pensar! –dijo Dorotea, acercándose con miedo -, si... como tú has dicho, que... tú no tenías interés en ocultarlo.

-No. Pero si, vamos, si te preguntan a ti, ¿tú que vas a decir? Eso es lo que quiero que nos pongamos de acuerdo ahora mismo.

La idea de que pudiera don Alonso cargar con el mochuelo del encierro y escape de Justino era tan absurda, que nunca se le habría ocurrido ni pensarlo a Dorotea. Oírlo ahora de la boca misma del administrador casi le hizo estallar de risa.

-¿De qué te ríes, idiota?

-¡Ay, que no me río, de veras, Alonso! – dijo ella, separándose.

-Ven aquí – dijo él, zarandeándola -. No. Pero dime, ¿tú qué piensas?

-Pues yo, nada.

-No, pero si te pregunta alguien, ¿tú que vas a decir?

-¡Oy!, ya me has preguntado. Lo que tú me digas.

-Bueno. Pues tienes que decir que me has visto todos los días, y que yo nunca ni me he aproximado al palomar de marras.

-Pues eso.

Pero el administrador no se tranquilizó sin embargo. Se levantó de su asiento y empezó a dar pasos de nuevo por la habitación. – No, si no pueden dejar de dar en el blanco un día. Alguien le ha estado ayudando, algún rojo como él. Le encontrarán. Sólo que entre tanto, van a sospechar de mí. – Se fue pensativo hacia la ventana.

Ella se acercó, y le tocó en el hombro por detrás, diciendo: - Bueno, ya me voy.

El se volvió precipitadamente y la agarró por la muñeca. -¡Espera! –chilló. Y por la fuerza la condujo hacia la alcoba y la sentó en la cama -. Si todavía tenemos que elucidar algunas cosas.

-¿Sobre el labriego comunista ese?

-Por ejemplo.

-¿Y es a platicar de ése que me traes aquí? Yo no sé nada, te lo juro. Ni siquiera sé de quién se trata.

Puso tanta convicción y tanto esmero en su respuesta Dorotea, abriendo los ojos espantada y poniendo sus labios de guinda hacia adelante, como una niña inocente, refunfuñona, que don Alonso terminó por creerla. Además estaba muy bella y muy apetecible su querida en aquellos momentos.

-Pues bueno – contestó él -, vamos a olvidar todo eso. No sé por qué me he puesto así. Perdona que te haya pegado. Los primeros movimientos no están en nuestras manos, tú lo sabes.

CAPITULO 26

Pero don Alonso Carrión continuó dándole vueltas al asunto en el cerebro. Sabía que, muchos años atrás, el tal Justino Alvarez había sido el criado de su gran amigo Urbano Jiménez. Por su parte, la vieja criada María Begoña, que nunca había visto con muy buenos ojos la entrada en aquella casa de Dorotea, hizo investigaciones por su propia cuenta, y descubrió que había andado enamorado el criado de la sobrina del amo, una pollita entonces de quince o dieciseis años, y que ese amor era reciprocado. De ahí a pensar que su querida le había traicionado, sólo había un paso, que el administrador, atando unos cabos con otros, franqueó con suma facilidad: ¡había estado dando cobijo en su propia casa a una arpía, bella y malvada como Lucifer!

La próxima vez que recibió en su casa a Dorotea, ésta le halló de un humor de perros, recorriendo a grandes pasos la estancia, los cabellos alborotados y sin afeitarse. Era la primera vez que Dorotea le veía así.

¿Pero qué te pasa? – preguntó ésta de un tono suave amoroso, en el que se mezclaban la hipocresía y el miedo.

-¡Ven aquí! – le chilló él, extendiendo las garras, y no para abrazarla -. Sabes muy bien lo que me pasa, fulana, más que fulana.

-¡Ay, no me pegues!

-No, si cuando yo digo – dijo don Alonso, sacudiéndola para que se fuera -. Desaparece de mi vista.

Dorotea hizo ademán de irse, diciendo: - Bueno, ya me voy.

Don Alonso parecía haberse vuelto tarumba. Viendo que se le iba la querida, y temiendo en aquellos momentos más que nada que se fuera del pico en el corro de la fuente con las otras tordehumeñas, salió tras ella al pasillo, y agarrándola de una muñeca, la condujo otra vez a la alcoba, donde la hizo sentarse en la cama.

-No, pero tienes que aclararte. ¿Tú cuánto y cuándo has estado relacionada con ese sinvergüenza del palomar?

-¿Qué sinvergüenza?

-Tú bien lo sabes. Vamos, cuéntalo todo, que no creas tú que no me he enterado. No te figures, granuja, que no lo sé.

Dudó un instante Dorotea, preguntándose cuánto podría saber don Alonso; cuando éste añadió: - Sí, sé que fuisteis muy amigos hace años.

Ella respiró con un cierto alivio, y replicó: - Hace **muchos** años. Y ahora, ya te lo he dicho otras veces: ¿es a platicar sobre ese hombre pa lo que he venido aquí? ¿Para eso me mandas llamar?

-No, pero escucha – respondió él con más calma, -, hay que descubrir quién está en el ajo de todo esto, quién ayudó a ese comunista a esconderse en mi palomar..., en fin, para mostrar mi inocencia, ¿no sabes?. Te diré lo que he pensado. ¿Te acuerdas de una vez, un anochecido en que estábamos paseando entre unos árboles... unos tejos, y que vimos..., si te tienes que acordar... que vimos a una mujer que probablemente... que se dirigía al palomar de marras?

-No – mintió Dorotea; separándose, pues se había sentado él a su lado -. No me acuerdo.

-¡Cómo que no te acuerdas! Si tienes que acordarte, claro. Si hasta fuiste tú misma la que me...

-No fui yo – soltó ella inocentemente.

-Lo ves, ya te viene. Sí, que empezó el Centauro a ladrar. ¿No?

-No, no y no –contestó ella con firmeza -. No me acuerdo de nada.

La determinación con que le había contestado esta vez la mujer, si no convenció al caballero, le hizo reflexionar un poco. No iba a adelantar nada si no empleaba otra táctica. Apretando las quijadas, se puso otra vez a dar vueltas, dando golpes con el puño de vez en cuando a los muebles. - ¡A mí con esas! ¡Bueno está lo bueno!

-De veras, Alonso, que no sé nada, te lo prometo – murmuraba la mujer, bajando la cabeza muy humilde.

-Anda. ¡Llévete el diablo! Para lo que sirves.

-Pero Alonso – puso ella, con la misma timidez -, ¿Por qué dices que tienes que demostrar tu inocencia?, si no ha pasado nada.

Ahora se daba cuenta don Alonso que había metido la pata, actuando con tanta insistencia. – No, nada – contestó, dejándose caer en la cama; se sentía agotado, vacío, inseguro, como no se había sentido nunca. "¿Cómo diantre puede ser? – se preguntaba, cogiéndose las sienes con ambas manos - ¿Cómo se escondió allí tanto tiempo sin que nadie lo viera?"

Ella se había puesto a llorar. – Parece mentira, Alonso – decía, secándose las lágrimas con un pañuelo.

-No, olvídale. No sé por qué me he puesto así – dijo él, sentándose a su lado -. Los primeros movimientos no están en nuestras manos, ya te lo he dicho otras veces.

-Llevo aquí una hora, y todo el tiempo has estado insultándome. Incluso me has pegado.

-No, Dorotea, ya te he dicho que fue un impronto; ahora lo olvidas, y se acabó. Creía que podrías ayudarme; pero ya veo que me equivoqué. Quizás tienes razón, que no tiene importancia. Anda, alégrate y sonríe.

Empezó a desnudarla, bajándole la cinta del sostén, y besándola en las tetas. Ella se dejó hacer, y continuó desembarazándose del vestido y la enagua ; él mismo le quitó la braga, y continuó él el besuqueo, cayéndosele la baba de gusto; luego la dejó un momento, se llegó a un comodín, sacó de él un mantón de manila, que debía haber pertenecido a una abuela del marqués, se lo enroscó a la hermosa, dejándole los brazos libres, y le palpó todo el cuerpo, excitadísimo, apretando esa forma divina a través del delicioso tejido rojo y negro, con abultadas flores chiquititas de un amarillo de oro.

Y no parecía sino que todas las tristezas y dudas, todas las sospechas de traición o infidelidad y el vacío ese moral que había sentido unos minutos antes; y todo el miedo que había experimentado ella, que le había hecho mentir así, y el ultraje de los insultos, el dolor de los golpes, y los lloros y gestos más o menos teatrales..., todo hubiera desaparecido o no hubiera existido jamás. Ahora eran dos cuerpos unidos...: los besos y los mordiscos, los apretones, caricias, ese acercarse él con la lengua a las carnes de la mujer, los pechos, caderas, la entrepierna: chuparla bien, husmearla, morderla..., unas veces a través del suave tejido de la seda chinesca, otras en la pura piel caliente divina, ese aroma de mujer...; y los susurros, los ayes y los suspiros, deseos.... Durante un buen rato, estuvo don Alonso abrazando el torso desnudo sabroso de su hembra hermosota, ¡nada más apetecible!. En efecto, Dorotea había empezado a echar carnes, y el administrador le tocaba emocionado esas curvas abundantes, unas veces los brazos tostados, los carrillos de rosa, otras la blanca carne envuelta en la seda purísima de Oriente..., y hasta que eyaculó el pobre sin poderla cubrir como Dios manda.

CAPITULO 27

Completadas las tareas de la cosecha y la trilla, don Urbano Jiménez Jiménez resolvió enviar otra remesa de trigo a la Intendencia del Ejército Nacional. En este segundo viaje a Rioseco tuvo Dorotea la sorpresa de verse desposeída de la mula, que, según le dijeron, se necesitaba para las tropas; y como el carro no podía volver solo al pueblo, pues como si se lo hubieran confiscado también.

Dorotea protestó vehementemente, pero como el brigada, que era nuevo en aquella región, no se atenía a razones, no le sirvió de nada. Trató de explicar una y otra vez que aquel carro pertenecía a don Urbano Jiménez Jiménez, de Tordehumos, hombre adicto y de derechas, que había hecho tanto por el Movimiento, que incluso el primer día había entregado su auto para el transporte de tropas y que era el único que había en el pueblo, un Renó, para más razón; y que ya había entregado su tío **otras dos** mulas.

Como si nada. -¡Calla la boca! – era lo único que sabía decir el brigada, que era muy corto de mollera.

Se le ocurrió a la mujer añadir que su tío, adepto al régimen como le había dicho, era amigo de un coronel de caballería de Valladolid, don Augusto Núñez de Campos por más señas, es decir, el hermano del señor marqués de su tierra. Y que su tío, don Urbano...

-¡Qué don Urbano ni qué leches! – le atajó el brigada, furioso -. Tú lo que tiés que hacer es darte ahora mismo las de Villadiego; y ¡buen viaje!

Intentó replicar la otra, pero le cortó el hombre diciendo: - ¡Cállate la boca! ¡Que te largues, he dicho!

Tenía este brigada cara de animal, uno de esos ejemplares de homínidos que, por algún misterio de la genética, se han infiltrado en la raza del 'homo sapiens', y que andan por ahí desperdigados por el mundo, peludos ellos y agachados, verdaderos hombres de las cavernas. Se hallaba este elemento echando al parecer cuentas, detrás de una gran mesa de escritorio sucia y medio desvencijada.

-El caso es..., señor brigada – tartamudeó Dorotea, viendo que se levantaba el otro y venía hacia ella -, que yo ... no tengo otro medio de volver al pueblo.

-¡Qué cojones! – chilló el brigada, empujándola para que se fuera - . Déjame en paz. Pues vaya una monserga.

Para colmo de males, había venido esta vez la mujer por la tarde; de manera que con el viaje y los trámites, aunque era todavía verano, la noche se le estaba echando encima. Cuando ya salía, dándose por vencida y pensando que no tenía más remedio que hacer el viaje de vuelta a pie, vio que estaba el cielo lleno de negros nubarrones; se asustó mucho, y volviendo al suboficial: - Pues déjeme

quedar aquí, señor brigada – imploró – hasta la madrugada, que está el cielo de tormenta y a mí me da mucho miedo.

-Por mí, si quíés pués echarte a dormir entre los sacos – vino generosa la respuesta.

Así lo hizo la mujer, y apenas se había quedado sola en la nave, llena de trigo y ratones, cuando empezó a temblar como el azogue, maldiciendo el momento en que había decidido quedarse allí. Por si fuera poco, empezaron a oírse lejanos los truenos de la tormenta que se aproximaba; y, en seguida, los relámpagos, cuya luz entraba a ráfagas por las largas ventanas junto al techo, y que llenaban la nave de un fulgor vivo instantáneo que la aterraba..., la oscuridad otra vez, y más truenos.

Empero, como estaba rendida del viaje y de los trabajos del día, pronto se quedó dormida. La despertaron unas voces de hombre que de una sala contigua provenían. Sintió como un sofoco, un miedo atroz que le subía otra vez a la garganta, y esa extraña palpitación del pecho.

Había ordenado el destino que fueran acantonadas aquella noche en aquel mismo edificio, que era un antiguo seminario convertido en cuartel, dos compañías de reclutas destinadas al frente, jóvenes de las montañas de León, que habían escapado por la edad a la movilización que siguió al Alzamiento.

Dorotea, acurrucada entre los sacos, oyó otra vez esas voces o llamadas, procedentes esta vez de algún cuarto o desván justo encima de la nave en que ella se hallaba. Y el ruido de una puerta cerrándose de golpe. Sintió de nuevo ese calambre que le subía por todo el cuerpo. Siguió un minuto de silencio, durante el cual oyó el traqueteo de la lluvia en los tejados, y a poco volvió a quedarse dormida.

La despertó un aullido salvaje, inhumano, no lejos de sí: y vio la silueta de un hombre a la entrada de la sala. El hombre sostenía el picaporte de la puerta con una mano, y en la otra llevaba un cubilete de hojalata; era un soldado, y estaba completamente borracho; el cual avanzó hacia el interior de la nave, y en seguida otras dos sombras aparecieron en el umbral, iluminado por una luz amarillenta procedente de una sala contigua. Y otra vez ese aullido salvaje, repetido por dos o más voces, como un grito de guerra presagiando victoria.

No tardó en darse cuenta Dorotea del motivo de esos gritos de triunfo: deslizándose poco a poco en los sacos, según dormía, se le habían enroscado las sayas al cuerpo, dejando al descubierto unos muslos hermosos. Se aupó como pudo entre los sacos, retrocediendo asustada mientras que se aproximaba el soldado tambaleándose, tropezando, emitiendo sonidos incoherentes; se paró un instante, arrojó el cubilete por encima del hombro, salpicando el piso de vino, y se lanzó sobre Dorotea aullando como una fiera. No acertó sin embargo a atrapar a su víctima, que saltó hacia un lado y corrió hacia la puerta dando unos gritos desgarradores. Salió la mujer a la antesala, pero la gran puerta de salida a la calle estaba atrancada, y cayó en manos de otros dos reclutas, los cuales la arrastraron de nuevo hasta la nave. Uno de ellos la sujetó con fuerza por la espalda, mientras que su compañero, de pies enfrente de ella, trató de satisfacer un apetito sexual que su estado de embriaguez hacía imposible llevar a cabo. Despertó en esto el primero

de los muchachos, que había caído borracho entre los sacos, y quiso hacer también su oficio de macho. Entre tanto pataleaba y aullaba Dorotea como un fiero herida que estuviera luchando entre la vida y la muerte.

Justamente entonces se llenó la nave como de una explosión de mil reflejos y se oyó un trueno enorme que asustó a todos. Lo cual aprovechó Dorotea para correr de nuevo a la antesala, donde ya otros soldados la salían al encuentro. Vio una ventana abierta en la oficina donde había estado discutiendo con el brigada aquella tarde. Saltó por ella como un gamo, al tiempo que un par de manos la agarraban por los hombros, rasgándole el vestido.

Momentos más tarde iba Dorotea lanzada por las calles desiertas de Medina de Rioseco. Llovía torrencialmente. Corriendo agotada, tropezando y cayéndose en los charcos, levantándose para volverse a caer, y a levantarse de nuevo, las alpargatas perdidas, sucio de barro el vestido..., llegó a la carretera que conducía a su pueblo. Sofocada y sin aliento, ni fuerza siquiera para dar un paso más, se metió por una vereda llena de árboles, y se pegó al muro de un monasterio en ruinas; luego se dejó caer, arrastrando su espalda contra el muro, y se sentó en un poyo o piedra de granito. Empezaba a amanecer.

Parecía no darse cuenta del aguacero que descargaba de los cielos y del que aquellas piedras o ruinas no ofrecían ningún cobijo. Al cabo de una media hora, enteramente empapada, la mente ausente, el cuerpo como un tembleque, se puso a dar vueltas entre las ruinas, la cabeza echada atrás, los brazos alzados al cielo, como pidiendo a Dios ayuda o buscando amparo, o que simplemente hubiera perdido la razón.

-¡Destruyeles, Señor! – rezó exaltada - ¡Haz que sean malditos en Tu Nombre! ¡Tú que todo lo puedes! ¡Que mueran en la guerra! – Y el agua le entraba a borbotones según salían las maldiciones por su boca; la angustia y la lluvia la anegaban.

Pasó un instante un relámpago, seguido de un trueno ensordecedor, que no parecía sino que los cielos estallaban, o que la guerra había llegado a esos parajes, respondiendo a sus rezos y gritos de venganza.

Dejándose caer al suelo, postrada de hinojos en el barro delante de una cruz de hierro que entre las ruinas quedaba, imploró a los cielos terribles, llevándose los puños aterrada a las sienes, supersticiosa:

-¡No, no, no, no! ¿Qué estoy diciendo, Santo Cristo de la Vega? ¿Qué estoy pidiendo al Cielo! ¡¡No!! ¡Que no mueran! ¡No les castigues, Señor, que ya bastante tienen con ser llevados a la guerra!

Empezó a rezar el padrenuestro, arrepentida: - Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea Tu Nombre... - Y luego: - Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores....

Aún le esperaba otra sorpresa, y más dolor, al aproximarse a Tordehumos de Campos, bien entrada ya la mañana, que estaba resultando muy calurosa y

soleada. En uno de los chopos junto al río, donde éste se aproximaba más a la carretera, colgado de una de sus ramas, vio el cuerpo lacerado de una mujer. Se aproximó horrorizada, y constató que se trataba de su amiga Casta, cara y pechos horriblemente mutilados, y de cuyo vestido colgaba un cartel que así decía: **POR ROJA.**

CAPITULO 28

Era la cara del fascismo que por primera vez se manifestaba en Europa en toda su triste realidad. Lo que había empezado como una sublevación militar estaba adquiriendo ya el carácter de una lucha de los pueblos contra el totalitarismo nazi-fascista, que había de continuar en el mundo entero por algunos años. No era aquello una guerra civil, era una lucha encarnizada de la reacción contra el pueblo español, y la reacción había encontrado ciertamente a su hombre, Francisco Franco Bahamonde, el más joven de los generales que se sublevaron contra el gobierno legítimo del Frente Popular, y por tanto el que podía durar más tiempo en el poder, si triunfaba la reacción. Él fue el caudillo escogido por el Imperialismo para empezar la masacre.

Entre tanto 'el mundo civilizado', empezando por el conservatismo británico, había creado la llamada "**Non-Intervention**", que en realidad significaba que el gobierno que había salido de las urnas en febrero de 1936 era puesto en cuarentena por las naciones 'democráticas', que España no podría comprar armas al exterior, que se le impediría el abastecerse en petróleo, la vía entera del comercio internacional; y mientras, los rebeldes recibían toda la ayuda que necesitaban de la Alemania nazi y la Italia fascista, cuya aviación era puesta al servicio de los sublevados y cuyos barcos bloqueaban las costas para mejor estrangular a la joven república española; a cuyo bloqueo a veces se unía la flota de su Majestad británica. Solamente Méjico y la Unión Soviética estuvieron desde el primer día con el gobierno español. Pero, aparte de la ayuda material que en un principio enviaron los soviéticos (y que no podía ni con mucho contrarrestar el enorme poderío de las divisiones mussolinianas e hitlerianas que invadieron la Península) y de la ayuda moral y física de los más bravos y dignos hombres y mujeres de la época, que en todas partes se movilizarían para hacer ver lo que estaba ocurriendo, y que de todo el mundo llegarían para integrarse en las llamadas Brigadas Internacionales, y muchos de los cuales dieron en los campos de batalla su vida por España, nada recibió ésta de un mundo para el cual el sacrificio enorme de un pueblo serviría a dar la alerta del peligro inmenso que se aproximaba. Pero ¿qué significaba esta ayuda de los brigadistas al lado de la actuación (activa o pasiva) contra España de todo el mundo capitalista poderoso y siempre criminal?

Y, a pesar de todo, ¡cuán difícil le sería a la Reacción concluir la batalla y conquistar al indómito pueblo español! Justo un par de años más tarde, Hitler y los suyos conquistarían países enteros del norte de Europa en unos meses, unas semanas, unas horas... una simple llamada telefónica en el caso de uno de ellos. ¡Y España resistió **tres años!**

En un principio, una vez fracasado el pronunciamiento como tal, que habría de llevar a Sanjurjo, Fanjul, Mola, Goded y otros generales a formar al instante un gobierno de 'Salvación nacional', se pensó que Madrid tardaría en caer sólo unos días..., un par de semanas..., unos meses... y que en seguida se 'normalizaría' la situación, se formaría un gobierno de derechas, y lo de siempre, la "normalidad." Pero el pueblo madrileño, al grito de «¡NO PASARAN!» resistió la avalancha, dando así un rudo golpe y una lección sublime al atacante (a todos sus padrinos y garantes) y a los pueblos del mundo entero. Entonces decidió el fascismo nacional

e internacional estrangular a nuestro pueblo poco a poco, dejar que se murieran de hambre los habitantes de aquellas zonas (las más populosas) que habían permanecido fieles a la democracia. Se sabe que el coronel Yagüe, jefe del Tercio cuyo lema era '¡Viva la Muerte!', después de las 'hazañas' guerreras de Andalucía, Extremadura, Toledo y otros lugares donde fueron pasados por las armas miles de republicanos, le envió un mensaje personal a su superior y entonces ya jefe de la rebelión, Generalísimo Franco, diciéndole que no se preocupase por la 'demora' en llegar a Madrid y otras capitales, ya que con ello iban limpiando España. « Si bien es verdad que el avance de los Nacionales es lento, » decía « no es menos cierto que se va haciendo un trabajo magnífico de depuración, exterminando a cuanto republicano el Ejército encuentra a su paso, purificando para siempre la raza española. »

CAPITULO 29

En los doce o trece meses que van del verano de 1937 al otoño de 1938, Dorotea Platero Jiménez envejeció tanto como en los cuatro o cinco precedentes años de su vida. Era como si todas las emociones, toda la angustia, tristeza, trabajos y dolores que había experimentado desde aquel día - ¡oh, cuán lejano ya! - de la proclamación de la República, hubieran salido ahora de golpe a la superficie, materializándose en su cuerpo de mujer, en su carne y hasta en los huesos. Lo primero que se le estropearon fueron las piernas, antiguamente tan bellas, perfiladas, apetecibles, y que habían recibido un batacazo el día del baño de agua hirviendo, con vinagre y mostaza, que le administró la señora Amparo, cuando lo del aborto, verdadero o falso. Luego fue poniéndose cada vez más gruesa (lucida, como ella decía), sobre todo en las caderas y los senos, al principio poco a poco, luego ya más de prisa, pasando de ser una mujer jamona a algo positivamente desproporcionado, una gordona. Al mismo tiempo se alteraba su carácter, acentuándose de un lado su cobardía, y del otro haciéndose cada vez más chabacana. Se ponía fácilmente deprimida y triste. Era como si de repente todo su interés por la vida y lo que le rodeaba se hubiera apagado, que no le importase ya nada.

Aquel deseo, aquella ilusión que había tenido antaño de juntarse con el que todavía llamaba 'amor de mi vida'; aquella actuación valerosa y aquel sentimiento de hembra enamorada, tan presente cuando estaba allí Justino, que le hizo hacer maravillas de coraje y valentía, y que resultó ser su 'canto de cisne', se habían evaporado por completo. Por el contrario, por algunos meses todavía, se sintió muy unida a don Alonso Carrión, al cual continuó visitando regularmente en su mansión del camino del parador. Hacían el amor por lo menos una vez a la semana. El tomaba sus precauciones naturalmente, como buen administrador que era, para que no saliera más de lo debido de aquel contacto adulterino. ¡Pues buena la habría armado si la sobrina de su comparsa hubiera quedado embarazada! - Bueno está lo bueno - se decía -, pero ojito con la niña.

Es verdad que una vez estuvieron a punto de romperse esos lazos amorosos, y aun pudo haber tenido esa ruptura consecuencias graves para uno y otro amante.

Fue una tarde al final del verano de 1937. Don Alonso tenía que salir al día siguiente para Valladolid, y había pedido a Dorotea que viniera a ayudarle para hacer las maletas.

-¡No encuentro el salvoconducto, puñetas! - exclamó el caballero, barajando nervioso sus papeles.

Dorotea palideció al instante.

-¡Pero hombre! Hay que ver. Si lo dejé aquí. Estoy seguro - se maravillaba el pobre - ¿Lo has visto tú, por casualidad?

-¿Yo? - contestó ella, visiblemente azarada -. Pues claro que no. ¿Por qué lo habría de haber visto yo?

-No sé – dijo él, dubitativo -. ¿Has andado alguna vez con mis papeles?

-Claro que no – repitió ella.

La respuesta no convenció al administrador. Pero lo dejó ahí, y se metieron en la cama.

Al día siguiente, con un certificado especial que el guardia civil de la localidad fue a buscar muy temprano a Rioseco, llegó Carrión a Valladolid, donde procedió, entre otras cosas, a sacar un nuevo documento. Durante el viaje y en la capital, y aún más cuando volvía en el 'tren burra' a la cabeza de partido, donde había dejado su tartana, no dejó de pensar en su anterior extraviado salvoconducto. ¡Cómo podía haberlo perdido así! Si lo había guardado siempre, ¡hombre! en su despacho, en la misma carpeta en que dejaba su dinero líquido, ¡y los billetes allí estaban! ¿Qué había pasado?

Fue atando cabos y recordando detalles y llegó a la conclusión de que **no** lo había extraviado; que se lo habían robado. ¿Pero quién? Allí sólo entraban la vieja y Dorotea, y además un ladrón salteador se hubiera llevado el dinero, ¿no?

Y a la primera ocasión que se le presentó de hablar a solas, en su cuarto, con la querida, le preguntó a bocajarro: - Ahora dime, ¿dónde pusiste mi salvoconducto? ¿Qué es lo que has hecho con él?

Dorotea no se dio por enterada. Se había puesto de lado, y ni se movió.

-¡Vamos, dime! – insistió el otro.

-¿Es que no tienes ya un salvoconducto, por si acaso? – preguntó ella, encogiéndose de hombros.

-No, ahora estoy hablando del otro. ¡El que se me ha perdido, diantre! – chilló don Alonso - ¿Entiendes?

-Pues si se te ha perdido, como tú dices – respondió ella, haciéndose la inocente - ¿cómo lo voy a saber yo? Búscalo.

El la agarró de mal humor, haciéndola que le mirase en los ojos. – Y lo he buscado, imbécil. Te estoy preguntando a ti. Estaba en el escritorio. ¿Estás segura que no lo has cogido tú, por cualquier motivo?

-¡No voy a estarlo! ¡Suéltame! Y ¿a cuenta de qué iba yo a andar con tus papeles? Además, ni siquiera sé lo que es un salvoconducto. Y ¿yo pa qué lo quiero? Si fuese dinero.

-Sí, eres tú, tú, traidora. Lo sé, lo sé. Algo has hecho. La venda ha caído de mis ojos. He estado alimentando una víbora en mi seno. Voy a estrangularte ahora mismo si no confiesas. - Y sus manos de buitres se agarraban al cuello de la mujer.

-Déjame, déjame Alonso, que me haces daño – acertó ella a decir, y, cuando él la dejó, apartándola de sí con un gruñido, susurró zalamera: - Es verdá, cariño. Que no lo he visto, te lo juro. Créeme, me he quedao de una pieza escuchándote.

-Mientes, mientes hipócrita, ladrona – suspiraba el pobre diablo, dando vueltas alrededor del despacho, mirando de cuando en cuando al escritorio y sin saber a ciencia cierta qué hacer. Estaba demasiado nervioso y asustado para tomar una decisión rápida o incluso coordinar sus pensamientos.

Dorotea esperó a que descargara el nublado, cruzándose de brazos, contemplando el encerado suelo de baldosas encarnadas, con una expresión de dolor que hubiera convencido y dado lástima a otro que don Alonso, que la conocía bien.

-Claro que no te creo, fulana – continuó el caballero, alzando la voz -, anda, apártate de mí, que no quiero ni verte.

Al contrario, ella se le acercó otra vez, y él la apartó con un segundo empujón, que la envió contra la pared.

-Por favor, Alonso – murmuró ella, lloriqueando.

-Te mataré – dijo él, aunque esta vez su voz sonaba menos terrible-. Dorotea mira, tengamos la fiesta en paz, dime dónde está y para qué lo quieres, y aquí no ha pasado nada -; (ella continuó en su actitud de virgen dolorida) - No, si cuando yo digo, de desagradecios está el mundo lleno.

-Por favor, créeme.

-¡Vamos! ¿Qué clase de chantaje estás pensando hacerme?

-¡Ay! Si yo no lo quiero pa nada – se lamentó ella -, y ya te he dicho que ni siquiera sé pa lo qué sirve un salvoconducto.

Don Alonso, desde luego, sabía que todo aquello era puro teatro de la parte de su querida, que no ignoraba era una perfecta comediente. La agarró otra vez y exclamó: - ¡Se lo has dado a alguien, entonces! ¿Eh?

-No, te lo juro que no.

-Se lo has dado a quien yo sé, zorra, más que zorra: el rojo ese, marxista que tú sabes – dijo él; pero había ahora una extraña palpitación en su voz que denotaba inseguridad. Y es que había empezado a pensar que quizá fuera mejor no seguir adelante en su empeño, no tratar de descubrir una verdad que podría ocasionarle una extorsión aún mayor que la pérdida de un documento que, después de todo, ya había renovado sin la menor dificultad.

A medida que se apagaba el furor de don Alonso, aumentaba la valentía de su amante, y con ello un extraño deseo de hacerle frente; y cuando al fin ésta le oyó decir, en un tono que trataba de ser convincente, pero que no lo era: - No, si

aquí habrá que cortar por lo sano: ahora mismo voy a denunciarte -, ella le contestó, muy decidida:

-Pongo por caso que hubiera sido yo, ¿a quién se lo vas a decir, y qué es lo que vas a contarles? ¿Y si... por un decir... menciono yo primero lo que me has venido contando estos meses atrás, que Franco es el jabalí ruín que se lleva la mejor bellota y que fue él quien mandó matar a Mola, qué?

La sorpresa de don Alonso, oyéndola hablar así, fue grande. - ¡Mientes! – gritó -. Yo nunca he dicho eso, jamás de los jamases. Diré que lo has inventado.

-Pues sí, pues lo dijiste. Sí. Me creerán, me creerán. Te lo prometo.

-Ven aquí, desgraciada – dijo él, clavando sus uñas en la muñeca de la querida -. ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? Y de sobra sabe todo el mundo que yo soy muy de derechas. En cambio, habiendo dado, como lo has dado, un salvoconducto a ese Justino que escapó al castigo que merece, te condenarán a muerte, roja, más que roja.

-¡Ha, ha! Eso sería si fuera **mi** salvoconducto, pero no lo era. Era el tuyo. Diré que tú me lo diste para que escapara. El palomar de Los Tejos no soy yo quien lo tiene, ¡es tuyo, tuyo! Estaba en **tus** propiedades ese Justino, ¿quién lo escondía? Ni siquiera estaba yo en Tordehumos cuando lo del Alzamiento.

El rostro del señor administrador se encendió como una granada. Su primera intención fue lanzarse sobre la querida y estrangularla al punto; pero se contuvo, y dijo, tragando saliva: - Hablemos bajo, no nos oigan.

-¿Quién nos puede oír?

-No, pero ¿cómo fuiste capaz de hacerlo? Ves como eres una víbora. Si me lo estás confesando, un delito tan grave. Sí, sí, me lo has confesado, fuiste tú, tú. Fue a **él** a quien fue a parar mi salvoconducto, está más claro que el agua.

-Pues ¿qué?

-Pues, ¿me preguntas? - dijo él, atravesándola con los ojos -. No, ¿pues qué otra cosa puedo hacer si no es ir a denunciarte, tú dime? Es un delito de traición lo que has cometido, y... y me fusilarán a mí, por cómplice, si no lo denuncio y se descubre.

Dorotea comprendió al instante que, a pesar de la severidad de esos rasgos, se daba el hombre por vencido. Otra vez se volvió muy zalamera. Ahogando las palabras con suspiros dijo que por qué se iba a descubrir, que si lo dejaba estar nadie más se enteraría, y que lo dejase, por favor, que lo dejase, que agua pasada no mueve molino; y que en realidad ella no había hecho nada grave, que no tenía importancia; que había sido un error de su parte, pues nunca le había querido a ese rojo; y que lo importante era que ahora estuvieran ellos dos muy unidos y que se amasen como hasta ahora, ¿no llevaban casi seis meses juntos?, ¿no significaba

eso nada para él? Y, en fin, señaló que si insistía en remover el asunto, caerían **los dos**, eso seguro. Y ¿qué ganaba él? Era mejor no menearlo.

Don Alonso, que había vuelto a agarrarla por la muñeca, la dejó y se apartó, todavía indeciso. Ella se le acercó y trató de acariciarle, pero él la rechazó y se sentó en el sofá, sudoroso y pensativo.

-Alonso, cariño – suplicó ella, sentándose también -, no hay necesidad de ponerse así como tú te pones. Por nada.

-Tienes razón, que agua pasada no mueve molino. No, si será mejor dejarlo, como tú dices. Al fin y al cabo ya tengo otro, ¿no es eso lo que tú has dicho?

Esto había ocurrido a los pocos días de aquel último viaje que hizo Dorotea en el carro a Rioseco para llevar el trigo al ejército; viaje que, habiéndola hecho desaparecer del pueblo la noche en que los guardias asesinaron a Casta, contribuyó quizás milagrosamente a que salvara el pellejo. Y en fin, sus relaciones con el administrador volvieron a su curso normal, que de todas formas era el curso de un amor que iba apagándose poco a poco hasta devenir mera rutina. Empero, una rutina de que ni el uno ni la otra podía fácilmente deshacerse. Alonso necesitaba mujer, y aunque Dorotea iba echando carnes, haciéndose cada vez más fofa, o tal vez a causa precisamente de ello, cada día le apetecía más, le daba más placer. Dorotea, por su parte, considerando que ese placer tenía un precio, cada vez le exigía más, y así iba aumentando su hucha, y como todo el mundo sabe, el dinero es lo que más vale en esta vida.

Innecesario es decir que todo el pueblo se enteró, y se escandalizó en consecuencia. ¡No era poco el que la sobrina de uno de los jerifaltes del lugar tuviera amores ilícitos con un hombre principal, y además estando casada! Era **ella**, desde luego, la que pecaba, una perdida que había venido al pueblo a eso, y más de una lugareña sintió que le roían los celos, pues don Alonso aunque en la cincuentena, era aún casadero, y buen partido por añadidura. Sobre todo que, estando los mozos todos en el frente, muchas de las mozas no habían conocido aún varón.

Fue el ama de llaves del tío la primera que tomó a su cargo el ir por ahí pregonándolo todo, olvidándose al parecer de aquellos días ya lejanos en que ella misma había sido objeto de similares críticas. Es siempre lo mismo, se ve la paja en el ojo ajeno y no se ve la viga en el propio, y Berenguela no era excepción a la regla. No lo hacía, a decir verdad, por mala leche. Simplemente, había que decir algo en el corro de las amigas, alcahuetas como ella, que acudían a la plaza de la iglesia a la caída de la tarde, antes de entrar a rezar el Santo Rosario. Al principio lo soltaba muy discretamente, como a quien se le escapa algo; luego una puntada más, y si venía al caso otra más. Y fue aumentando el auditorio; hasta que empezaron unas y otras a susurrarlo abiertamente en el corro, más nutrido, que se formaba a primeras horas de la tarde en el manantial a que acudían todas para el suministro de agua potable. Cualquier cosa que una u otra soltase al vuelo, se lo creían las demás a pies juntillas, cuanto más que más de una lugareña había ya visto a su paisana Dorotea entrando o saliendo de la mansión del camino vecinal, o

bien paseándose por los campos, la muy fresca, del brazo del señor administrador (él nunca dejó de ser un gran señor.)

Generalmente las parientas de Dorotea, que eran las que más la criticaban, cuando el asunto estaba a punto de ser discutido entre las tordehumeñas, decían que ellas no sabían ni querían saber nada, y que no, que no se lo creían; y hasta hacían ascos. Luego, naturalmente, eran todo oídos, siempre esperando que fuera otra la que echara la primera piedra. Y terminaban todas cacareando, a cuál más poder, como gallinas en un corral. Pero si alguien preguntaba a otra que si ella no había sospechado nada, la interrogada invariablemente respondía: - Sospechar sí, claro, pero ¿cómo me lo iba yo a figurar? - Y, a menudo, también decían: - Mujer, si yo hasta que no empezaron ya a decirlo todas, no me lo podía créer.

En cuanto al tío Urbano, a punto estuvo más de una vez de arrojarla de su casa a la calle; pero no llegó nunca a hacerlo. No por ella, sino por el querido. Siempre había sido don Urbano un hombre muy ponderativo, sopesando los pros y los contras de las cosas. Y ¿qué habría pasado si su sobrina hubiera cogido los trastos y se hubiera presentado con ellos y sus mellizos delante de la casa del marqués, si él la echaba a la calle? Su amigo Alonso no se lo hubiera perdonado nunca. ¡Y no era poco poderoso el señor Carrión, amigo de Generales y Requetes, y últimamente miembro importante de la Falange! Así que en seguida se decidió el viejo terrateniente a hacer la vista gorda, ¡allí no había pasado nada! Al fin y al cabo su sobrina era mayor de edad; ella sabría lo que hacía; y, de todas formas, tenía un marido, ¿no? Ya se encargaría él de sacudirla bien el polvo cuando saliera de la cárcel, si es que salía.

Ya era bien conocido, en efecto, que Lucio estaba en un penitencial u otro de la capital, y aunque nadie daba su brazo a torcer todavía en eso de la política (era peligroso ser reconocido como pariente de rojo), se tenía un poquitín menos de miedo que en los primeros días: no se castigaba ya a nadie por **delitos de terceros**. Así que Dorotea había hecho indagaciones, escribiendo a sus primas de la Fuente Dorada, que habían preguntado a su vez a Serafina, la de Roque, y se había enterado, primero, que su marido había aparecido en un campo de concentración de la provincia de Burgos, y luego, que le habían trasladado a Valladolid. Sus descubrimientos, claro está, fueron pronto del dominio público.

A pesar de las precauciones que tomaba su amante, que nunca la cubría sin preservativo, ella creyó una vez haberse quedado embarazada, y se espantó muchísimo, y a partir de entonces empezó a tomar, ella también, sus precauciones, dándose lavativas y otras cosas. Así lo arreglaba todo la pobre mujer, loqueta y alborotada de naturaleza, y llena siempre de contradicciones. De todas formas ella no podía actuar de otra manera, con dos hijos, sin casa y sin otra posibilidad de ganarse la vida. Era la culpa de las circunstancias, la guerra que todo lo altera.

¡Ilusiones que se hacía! De sobra sabía ella que había en todo aquello algo mucho más profundo, innato: era una veleta, un culo de mal asiento, siempre lo había sido. Cosa que hizo, por lo mismo, que fuera cansándose poco a poco de don Alonso, de la vida del pueblo, de sus parientes y amistades, ése tener que aguantar día tras día las risitas, las miradas cada vez más descaradas de unos y otros, hasta que se le hizo todo insoportable.

No servía de nada el que mirase a sus paisanas con descaro, cuando se tropezaba así con ellas a la salida de la misa los domingos y fiestas de guardar, o en la fuente, las pocas veces que iba ahora a llenar los cántaros en la burra. O que bajase los párpados moviéndose muy veloz, como diciendo que 'ella iba a lo suyo', si otra le decía "¡Adios!" O que hiciera algún gesto de desdén, si veía un corro de cotorras que estaban, a buen seguro, devorándola con las lenguas.... Al cabo de los días, y las semanas, y los meses de aguantar tantas miradas de odio, tanto desprecio, tanto insulto más o menos directo, acabaron por sacarla sus vecinas de quicio: y decidió volverse a Valladolid. Allí tenía su esposo, y pensaba que en seguida se reuniría con él, que saldría de la cárcel y volvería la vida de entonces, la de antes de la guerra, que ahora, de repente, se figuraba que había sido estupenda.

En cualquier caso, eso es lo que a unos y a otros decía, en cuanto se enteraron los lugareños que había estado una mañana en Medina de Rioseco, arreglando sus papeles y comprando los billetes del ferrocarril.

CAPITULO 30

Era una mañana de otoño del Tercer Año Triunfal, bautizado así por el Cuadillo y sus esbirros, que continuaban avanzando, conquistado, triunfando. El día era claro, los campos tranquilos. Veíanse algunos labriegos yendo y viniendo entre las parcelas, y bandadas de grajos o cornejas cruzando el inmenso azul del cielo.

Iba dejando atrás una estela de recuerdos, sentada en la tabla que hacía de asiento, mirando aquí y allá, retorciéndose nerviosa las manos, sintiendo esa palpitación en el pecho, y en el rostro dolorido la suave caricia del aire de la meseta. Conducía el carro el ama: apenas once kilómetros a la cabeza de partido. Los niños venían detrás, entre talegos y bolsas, y una maleta de cuero, regalo de don Alonso Carrión Cienfuegos.

Contemplaba distraídamente los campos secos de aquella llanura monótona y sin fin. Unos momentos más, y ya habían dejado a lo lejos, la recortada silueta de Medina de Rioseco, con sus torres de piedra y ladrillo, las masas más compactas de las casas, tejados de terracota, la neblina. ¡Otra vez dejaba aquella entrañable tierra para ir a la capital! Se preguntaba a sí misma si estaría destinada a no volverla a ver.

Una hora después del mediodía ya estaban instalados los tres en uno de los dos vagones que, con la locomotora de alta chimenea y la incorporada carbonera (producto de la avanzada industria norte-europea), constituían lo que la gente llamaba el 'tren burra', de vía estrecha, que unía el Rioseco 'de los Almirantes' a la inmensa, monumental ciudad de Valladolid. El maquinista y su ayudante, con sus ennegrecidos monos azules y gafas de pilotaje en la frente, ya estaban afanándose en sus respectivos puestos, echando uno leña a la chisporroteante caldera, y el otro accionando llaves y palancas, y engrasando cilindros y pistones. La mayoría de los pasajeros eran del sexo masculino, viejos agricultores parlanchines, que iban de compras a la ciudad, y soldados rasos que volvían lisiados a casa, procedentes del frente del Cantábrico, o regresaban a las trincheras, agotado un permiso de recreo o convalecencia, listos otra vez para matar o ser matados en combate. "¡Viva la Muerte!", había chillado en Salamanca hacía un par de años el malherido general Millán Astray, amigo y colaborador del Caudillo, y verdadero despojo humano.

Al cabo se oyó el sonido de un silbato en el andén, y luego el estridente pitido de la máquina, cesaron las charlas en los bancos, se oyeron voces en el andén, exclamaciones, gritos y llamadas, y precipitadas carreras, y algunos rezagados entrando en el vagón sudorosos y faltos de aliento. Entró asimismo una bocanada de humo por una de las ventanillas más próximas a la locomotora, que hizo toser a Dorotea. Y, en seguida, el zozobranante rugido de los pistones, acompañado (tímidamente al principio) por el rítmico ruido metálico que producían las ruedas en los raíles de acero, al tiempo que se deslizaban a su vista las puertas en arco y las ventanas del edificio de la estación. Los mellizos se habían levantado en el asiento de madera, próximos a la ventanilla, y saludaban con las manos a la gente que todavía quedaba en el andén. Ella les dejó hacer. Estaba repasando en su mente

ciertos acontecimientos de estos dos años y casi medio pasados en Tordehumos de Campos, lo cual le proporcionaba abundante materia para el espíritu.

Cerró los ojos, cansada, y cuando los abrió de nuevo ya sólo se veía la inmensa llanura inalterada de su Tierra de Campos – sí, suya, suya..., la tierra que la vio nacer, y donde había muerto su bendita madre y se encerraban los restos de tantos de sus antepasados -. Y de repente, se sintió muy triste, casi a punto de romper en llanto.

El paso del tren iba dejando una ola de calor, y a Dorotea se le representó que había vuelto el verano; no el verano pasado últimamente en Tordehumos, ni el anterior, sino uno de hacía muchos años, cuando era adolescente.

.... Había salido en la burra de su tío a llevar el almuerzo a los mozos que trabajaban en los campos. Era la hora del resistero, cuando el sol estaba en su cenit y los mozos dejaban de trabajar para hacer la siesta, a fin de coger fuerzas, y ponerse de nuevo a trabajar al atardecer: la trilla; sentados en esos pesados bloques de madera de cedro (con incrustadas piedrecitas de pedernal) que pasaban circulando sobre las mieses, tirados de las mulas, una y otra vez, gira que te gira, hasta separar completamente el grano de la paja. “¡Joaaa! ¡Joaaah! ¡Joaaaauh!” Su boca, que había sido hermosa, se curvó en una sonrisa.

.... Y pasaron por su mente vertiginosamente las imágenes: ¡ay, cómo se perdían las parejas entre las gavillas en los campos, aquellas noches de verano!... y ¡el amor que había sentido ella por aquel hijo de pasiegos que había entrado al servicio de su tío Urbano!, ¡aquel beso, a escondidas de los otros, aquel día a la hora de la siesta, las dos caras bajo un mismo inmenso sombrero de paja que nunca olvidaba ella de llevar atado, el lazo debajo de la barbilla, para poder acercarse a los labriegos en la burra a aquella hora terrible del resistero!....

Se tocó con las yemas de los dedos de ambas manos los carrillos manchados de hollín y del humo de la máquina. Ya no poseían esos carrillos la suavidad y frescura de antaño; como tampoco tenía ella esos ojos luminosos, ahora irritados con el viaje; ni era su cabello enteramente de ébano, al contrario, iba tirando ya a gris, y sin lustre. Pronto cumpliría los treinta y seis años. Ya media vida se le había ido; y apenas se había dado cuenta de ello, ¡cómo se pasaba el tiempo, tan volando!

La máquina soltaba de cuando en cuando un pitido, que hacía murmurar a los viajeros: ¡algún paleta que se había aproximado demasiado para ver el tren, o una cabra abandonada o alimaña de los bosques, que cruzaba impertinentemente la vía!

A un momento dado creyó la mujer reconocer, detrás de una ligera elevación en que se veía las copas de un bosquecillo de coníferos, la finca del señor marqués llamada de Los Tejos, el techo del palomar abandonado: allí había amado de nuevo a Justino, perdido y hallado después de tantos años... y ahora, vuelto a desaparecer.

.... Bajó los párpados, y por una asociación de ideas se le representó que no iba a Valladolid, sino a la capital de España, a reunirse con él. Sí, se había

escapado del pueblo en plena guerra para hacerse miliciano; cruzaría la línea del frente y se uniría otra vez con su amado, lucharían juntos en la misma unidad de combate, y si necesario fuera moriría ella también por la patria... Era una promesa mutua que se habían hecho aquella noche en el palomar. "¡Bah – se dijo-, sueños!

¿Morir por la patria republicana? No ciertamente esos soldados que ocupaban los bancos de madera todo a su alrededor (había vuelto a abrir los ojos.) Les contempló uno a uno, todos con el gorro caqui puesto, la borlita colorada en el entrecejo, y las caras bronceadas, expresiones tristes, la cabeza siempre gacha, que estuviesen dormidos o despiertos. Estos iban a luchar contra la República, a agotar los últimos cartuchos consumando un crimen ya empezado horrendo. Más que empezado, medio terminado ya. En efecto, había oído decir a su ex-querido, el administrador, que ya lo principal estaba hecho: sólo quedaba el trabajo de ir limpiando el país, los pueblos y ciudades que no habían optado desde un principio por los Nacionales. "Está ya próxima, Dorotea," le había dicho un día el querido, frotándose las manos, "la liberación del suelo patrio de la invasión marxista."

Y se le representó la desigual lucha; el que los republicanos no podrían contener ya el avance del ejército rebelde; ¡imposible de los imposibles! Y pensó que, sin ninguna excepción, aquellos soldados que la rodeaban procedían de familias de pobres labriegos sin tierras, mozos en la flor de la vida y en plena actividad física, que habían sido movilizados, como su propio hermano Santiago, para hacer la guerra al pueblo; que habían doblado en seguida la cerviz, poniéndose al disposición de sus amos, y habían salido para el frente sin rechistar, a matar a sus hermanos proletarios, siempre al servicio de la clase explotadora.

No, no es que estuviera ella cogitando, desarrollando en su mente esas ideas; que fuera ella consciente de todo aquello, política y racionalmente consciente; era mero instinto que le venía golpeando en las sienes, reflejos condicionados (de la médula más que del cerebro) que casi inconscientemente le saltaban a los ojos, por así decirlo; había oído ella esas cosas de la boca de don Alonso, y estaba ahora reaccionando al fin, un poquito, contra todo ello, contra lo que él solía decir, contra él, en una palabra.

Generalmente no se le daba mucho eso de cogitar. Poco pensaba ella, ni de política ni de nada que fuera enteramente racional. Y si por casualidad le venían, como ahora, esas ideas, siempre terminaba diciéndose, con un gesto desenvuelto y frío: "¡Bah! Siempre ha habido ricos y pobres y siempre los habrá."

Se apretó instintivamente la pechuga, tentándose con los dedos las dos tetas, entre las cuales iba escondido el canuto del dinero, más de diez de a cien; y quería cerciorarse de que no los había extraviado por un casual. "El dinero todo lo puede," se dijo, "eso ya se sabe." Aquel pequeño tesoro le haría sentirse más segura. Ni siquiera iría esta vez a la casa de las primas cuando llegara a Valladolid. Buscaría pensión en una fonda o posada y luego, con tiempo, se decidiría por un pisito de alquiler en cualquier parte; y, en cuanto pudiera, se echaría a trabajar de asistenta o lo que fuera. Y así iría tirando hasta ver en qué paraba todo: si venía la paz o no, y si regresaba el marido al hogar.

Hizo el tren alto varias veces a lo largo del corto trayecto, que debiera haber durado a lo sumo un par de horas y que tomó, sin embargo, toda la tarde. Se paraba de repente y sin que nadie supiera por qué o para qué, pues en ningún momento apercibiéndose durante esas paradas una estación, o un simple andén, una aldea cercana, un cruce de líneas o paso a nivel o nada que justificara aquello. Una vez estuvieron parados más de una hora, como si se hubiera olvidado el maquinista de continuar la marcha. Alguien dijo en el vagón que faltaba leña y estaba el carbonero buscándola por ahí. Pero resultó ser falso el anuncio. La santa verdad era que el otro 'tren burra' (de los dos que circulaban en aquella línea) no había salido aún de Valladolid, y que los dos convoys tenían que juntarse en aquel punto. En efecto había una sola vía en el trayecto, y a media distancia entre Rioseco y Valladolid hallábase un pequeño desvío donde tenía que esperar el convoy que fuera el primero en llegar. Mientras se esperaba, se entretuvo Dorotea en pasear otra vez la mirada por el vagón: esa abigarrada multitud de paletos y militares de diferentes armas y edades. Y los dos guardias civiles que estaban de pie, los mosquetones preparados, junto a la estufa. Era una estufa cilíndrica de hierro, que a la sazón estaba apagada. Recordó Dorotea el día en que fue en ese mismo tren burra a Rioseco, durante su viaje de luna de miel, un día de mucho frío. Lucio se había acercado, extendiendo las palmas heladas de las manos, a esa estufa o una parecida, entonces al rojo vivo, y la apertura mostrando un hermoso tronco de árbol chisporroteando en su interior.

Llegó, pues, echando chispas el tren que se dirigía a Rioseco, su maquinilla, de larga chimenea, alternando pitidos y resoplidos. Lo vieron pasar a paso de pollino, que por algo se llamaba 'tren burra'. En el techo del segundo y último vagón estaba la caseta del guardafreno y un farolillo rojo brillando intermitentemente.

Corrió el guardafreno del tren parado a cambiar la dirección de los raíles, y al instante sonó un pitido, y se puso todo en marcha otra vez. Llegó el convoy, Dios mediante, a Valladolid, haciendo su entrada en la estación a paso de tortuga, llenándolo todo otra vez de humo y hollín. Despertó la madre a sus hijitos, que habían caído agotados, cada uno a un lado del regazo: Y cargando cada cual con su hatillo, y Dorotea además con la maleta, entraron los tres en la ciudad.

Empezaba a anochecer. Estaban las calles mucho más animadas que cuando Dorotea las había visto la última vez que sus pies pisaron aquellos queridos lugares. Sintió un inmenso placer, de repente, al pasar de nuevo entre la gente, respirar aquel ambiente, antaño tan familiar. ¡Ah! ¿Cómo podía haber vivido esos dos años y medio en un pueblo, separada de todo, aquella algarabía?

"Sí - se dijo -, que ganen los Nacionales, y pronto. Que Dios nos devuelva la paz y la tranquilidad, que termine la guerra y que al fin se pueda vivir. Y no estas muertes y estos crímenes, que la paz es lo que más vale."

Encontró albergue barato en el último piso de una casa vieja sin ascensor, en cuyo alargado balcón pudo leer en un largo cartel, además del nombre de la fonda, la mención, en grandes caracteres: PENSION COMPLETA.

Se metió con sus dos hijos en un cuarto interior, que tenía una gran cama y dos ventanas alargadas, junto al techo, que comunicaban con dos habitaciones contiguas. Los niños se durmieron en seguida. No tuvo la misma suerte la madre.

Por un largo espacio de tiempo estuvo escudriñando la oscuridad: un armario antiguo de dos cuerpos, sin luna, y una palangana de porcelana descascarillada con desagüe, en un soporte de madera, y su correspondiente jarro de agua limpia.

.... Poco a poco se le fue el santo al cielo: reanimaba en su memoria los acontecimientos de los últimos dos años, empezando vagamente con la noche que encontró a Justino en el palomar: los temores, la esperanza, el amor, y en fin la soledad. Y no pudo menos de sentirse triste y derrotada. Ya no le volvería a ver, amor de su vida, como había creído entonces.

.... Aunque no había pensado mucho en **él** estos últimos quince meses, ahora, según se alejaba de esa Tierra de Campos a la cual quizá no volvería más, era su Tino lo que en seguida le venía a la mente. "Y ¿para qué? – se dijo al fin -, si ya no sirve de nada el pensar."

.... Ahora la soledad. Pasarían los días y los meses, volverían los sueños quizá, y buscaría cada vez con menos entusiasmo, con menos energía... un algo, otro ser, aquel beso, un recuerdo, una esperanza, una salida todavía a su propia vida, si fuera posible: una vida hasta ahí llena de tropiezos y de incertitudes que no llevaba camino de mejorar. Se afanaría, de seguro, en otras cosas, los trabajos de la casa, los chismes del barrio, un poco para olvidar, otro tanto porque ¿qué más daba todo?, si ya no había remedio; no había más que esperar a ver. Cada vez más decaída, cada vez más distante, sola: más difuso **aquel deseo**. Se haría poco a poco vieja, una anciana, natural. Iría haciéndose el tiempo más breve, yendo y viniendo cada acontecimiento más de prisa, y haciéndose las cosas, las ideas más confusas, más apagadas, pequeñas, sin interés. En una palabra, se iría acercando irremisiblemente la muerte.

"¡Bah! Si la vida ya se sabe - musitó, muy nerviosa, pero tratando de mantenerse estática para no despertar a los pequeños - ¡A ver si no! Una se afana, se desvela por parecer que vale una algo, que se es feliz un momento, y luego nada. Sufrimientos, eso es lo que siempre trae la vida."

Sintió de repente una necesidad física apremiante, y tuvo que levantarse de la cama. Salió al pasillo, tal como estaba, en camisón. Buscó una llave, un botón con que encender la luz, y no lo halló. Oyó los ronquidos de un huésped, que venían de una puerta entreabierta. Aunque había estado hacía como un par de horas en el vater con los niños, no supo qué dirección tomar, y procedió a tientas por un rato en aquella oscuridad de ceniza, hasta que vio una chispa de luz, tal vez una lamparilla. Continuó y en seguida llegó a un recodo del pasillo. Vio a un hombre detrás de un mostrador, que le asustó muchísimo: tenía sólo media cara y un solo brazo; el otro lo apoyaba en el mostrador.

-Perdone usted – preguntó Dorotea, la muerte en el alma - ¿hacia dónde cae el retrete?

-Siga – dijo el hombre, inmóvil como una estatua.

Algunos pasos más, y el aroma mismo le condujo al retrete. No supo dar la luz, y en el espejo de encima de un lavabo vio su propia silueta al entrar, y se asustó mucho. De tal manera que hizo sus necesidades sin cerrar la puerta.

Cuando ya volvía a la habitación, le dirigió el portero la palabra, diciendo, con voz muy grave:

-Soy mutilado de guerra, ¿sabe? – había un tono de tristeza en su voz, aunque al mismo tiempo un cierto orgullo.

-¡Ay, por eso! – articuló Dorotea, todavía anonadada. Miraba la cara del hombre; le faltaba un ojo, la correspondiente oreja y media mandíbula. La luz de una lámpara, que se hallaba en una repisa, alumbrándole por detrás, le daba un aspecto de monstruo que hubiera asustado al más pintado, cuanto más a Dorotea.

-Acepto orgulloso mis heridas – explicó él – por haberlas recibido al servicio de la patria... en lucha contra el Anticristo que quisieron implantar los rojos. – Se paró falto de aliento.

-¿Es usted portero nocturno? – preguntó Dorotea por no saber qué decir. Se había dado cuenta que, además del brazo, le faltaba un pedazo del tronco, especialmente en la parte del hombro.

-Cumpló mi misión. Soy Caballero Mutilado, ¿no? - Era un desafío que lanzaba al mundo, exhibiendo su invalidez como quien hace una ofrenda al Altísimo.

Dorotea se mordía una uña; con la otra mano y el correspondiente brazo se apretaba el pecho, para que no se le vieran las tetas a través del amplio camisón. Veía la camisa azul del caballero mutilado, con el emblema en rojo del yugo y las flechas. Pensó en su primo Gonzalo, que había acudido al frente al primer toque de clarín.

-No fui movilizado – dijo el lisiado, como adivinando su pensamiento -. Me fui voluntario a la guerra, para conquistar Madrid.

Dorotea asintió. El terror la paralizaba. No podía apartar sus ojos de aquel cuerpo mutilado, aquella boca destrozada que disparaba jadeante palabras de lucha y conquista.

-Pronto tomaremos Madrid – continuó el hombre, después de un espasmo que le paralizó unos segundos -. No queda en realidad más que el frente catalán. Ya están saliendo los rojos por los Pirineos que pierden el culo.

Hubo otro movimiento espasmódico del monstruo, y Dorotea creyó oír un carcajada, medio sofocada, como cuando sale un fluido de un caño a borbotones.

-Todos – continuó el monstruo -, hombres, mujeres y sus niños, arrastrando sus cuerpos por los caminos de las montañas nevadas. ¡Castigo de Dios! Que se

vayan, ¿aquí para qué los queremos? - Agachó un poco la cabeza, y a la tenue luz de la bombilla, vio Dorotea en la pared, debajo de la repisa, un Cristo crucificado de plata y nácar, al final de un imponente rosario de cuentas de madera barnizada que colgaba de una punta.

-No hay nada que contra Dios pueda luchar... o su castigo evitar. La maldición les persigue... aquí o en Francia, o donde quieran que vayan.

Con este sentimiento en su pecho, la idea de la derrota y el abandono de los vencidos que huían hacia el norte, y la palabra 'maldición' resonando todavía en sus oídos, entró Dorotea en su habitación, temblando de miedo y de frío. Se acostó, abrazando a los mellizos, y lloró sin saber a ciencia cierta por qué.

Luego fue sacando del seno de su memoria todo lo que, durante estos últimos meses, había oído de la guerra y del imparable avance de los Nacionales, y los republicanos huyendo hacia Francia.

.... Oyó en sueños que alguien la llamaba, no por su nombre o el diminutivo o algo que la particularizara. No sabía quién era, ni por qué la llamaba, o si eran varias voces, de un grupo, ni oía claramente lo que se decía. Pero, eso sí, sabía que se dirigían a ella. Veía una multitud de gentes, por la mayor parte silenciosas, indiferentes, alejadas o alejándose. Y, en cambio, no sabía si estaban quietas o en movimiento ..., todo era muy distante y confuso. Pero el grito ese o llamada o maldición se oía allí tan cerquita.

-¡Castigo de Dios! – claramente esta vez; era un silbido como de un reptil. Quiso chillar, llamar, clavar sus uñas en aquella sierpe, o víbora, u objeto semihumano o monstruo que se le acercó por detrás de una barrera o ciénaga o desierto espinoso. Gritó, llamó, luchó, se agarró desesperadamente a algo suave viscoso, y vio su propia imagen, reflejada en la superficie de un lago lleno de seres horribles: ella misma parecía vieja, fea y desaliñada, un esperpento. ¿Qué se había hecho esa lozanía del rostro? “¡Qué pronto se marchita todo! - se dijo -. La de sufrimientos que da la vida!”

-No te espantes – oyó de nuevo ese silbido-, que no es nada lo que has sufrido con lo que te queda por sufrir.

Se despertó aterrada, ese ahogo en la garganta, esa palpitación del pecho. Ya no volvió a pegar ojo el resto de la noche. Como estaba en un cuarto interior, le era imposible enterarse de si había llegado la mañana o no. Oyó al cabo los ruidos de otros huéspedes, primero los ronquidos, carraspeos y toses; luego, según se levantaban, haciéndose el aseo y yéndose al trabajo, a la estación o a lo que fuera. Pero ella no se movió, y los hijos continuaron dormiditos. Estaba más que agotada. Se le había ido en el viaje toda la energía que le quedaba, y ahora sólo sentía un miedo espantoso. Pensó: ¿qué le depararía el futuro? De golpe, se le había ido la esperanza. Ya no tenía planes, ni ilusiones, deseos, ni la menor idea de lo que podría hacer de ahora en adelante en un Valladolid que le había dado tanto placer volver a ver, unas horas antes, cuando salió de la estación de Ariza. La idea de que pronto empezaría la tarea de buscar casa y trabajo, comenzar una nueva vida, ahora simplemente la aterrorizaba.

La pesadilla que había tenido durante la noche persistía en su cerebro. - ¡No puede ser! – murmuró, sin saber exactamente lo que decía, ni en qué estaba pensando -. ¡Oh, que venga la paz, que termine todo esto como sea, y que vivamos todos los españoles en la tranquilidad y en la gracia del Señor! - Y se puso a rezar a Nuestro Padre Altísimo, y a Jesucristo Su Hijo, y a la Virgen Santísima Madre de Dios, y a Todos los Santos y Todas las Santas del Cielo, pidiéndoles a todos y a cada uno de ellos que no la desamparasen; rezó también por sus mellizos, y por su marido ausente, por sus parientes y allegados, y por todos sus compatriotas los españoles todos, ricos y pobres, rojos y blancos, los militares que habían hecho la guerra y los que habían caído en el frente o en los bombardeos, todos Hijos de Dios y herederos de Su Gloria, incluso los que huían despavoridos por los caminos y mordían el polvo de la derrota en las montañas y las nieves del norte; y rezó también y sobre todo por el caballero mutilado o monstruo que la había asustado tanto unos momentos antes detrás del mostrador, en el recodo del pasillo.

–¡Oh Señor Omnipotente! Tú que todo lo puedes haz, que siempre triunfe el Bien sobre el Mal, y que nos amemos todos mucho como hermanos, y no estas luchas y revoluciones; y que oremos todos juntos, postrados de rodillas, en tus templos, como verdaderos fieles feligreses, católicos y apostólicos y romanos. Danos la Gloria Señor, y haz que nos hagamos todos muy pacíficos y muy serenos. ¡Oh!, danos Señor la señal para que lo comprendamos todo muy bien, lo que ha pasado y lo que está pasando; y que cesemos de odiarnos los unos a los otros, que el odio no conduce a nada y el amor conduce al Cielo...;que venga en seguida la Paz, y no estas revoluciones y estas guerras.

fin

Fernando García Izquierdo
9, rue Vernet
78150 LE CHESNAY
Francia

Tel. 00 33 1 39 54 01 98

PROPUESTA PARA CONTRAPORTADA DE «TIERRA DE CAMPOS»

Esta es la tercera parte de una serie de novelas sobre una familia castellana de la primera mitad del siglo pasado, cuyo primer volumen, LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS, nos transportó a los años de la república, y el segundo, LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS, mostró todos los horrores del golpe de estado fascista, durante el mes julio de 1936, en Valladolid, que llevó para siempre después el título de "Capital del Alzamiento". Ahora nos lleva el autor a la TIERRA DE CAMPOS, de donde él es oriundo. Dorotea Platero llega a Tordehumos, su pueblo natal, al final de ese mismo mes de julio de 1936, después de haber sido testigo y víctima inocente del crimen que supuso dicho alzamiento. Pronto descubre que parecidos horrores han ocurrido en su pueblo y en todos los de alrededor. Dorotea trabaja en el campo, donde escasean los mozos, que han sido llevados a la guerra. Reanuda el contacto con antiguos conocidos y allegados, y hace nuevas amistades. Una de éstas, indirectamente, hace que descubra Dorotea el paradero del que fue "amor de su vida" en la adolescencia, y que es ahora un hombre marcado por la muerte. Dorotea duda, ama, vacila; y finalmente se encuentra ante el terrible dilema de callar y no hacer nada o arriesgar su vida para salvar a Justino Alvarez de una muerte segura.

Fernando García Izquierdo, de 74 años, primeramente escribió esta obra en inglés, hallándose en Australia, y siendo plenamente consciente de la imposibilidad, entonces, de editarla en su patria en castellano. Volvió a su oficio de abogado internacional, dejando el manuscrito en un cajón. Hasta que oyó que había entrado la democracia en nuestra patria. Terminó el primer manuscrito castellano, de mil páginas, en 1989, y empezó a publicarlo, en forma de saga, en 1999, en México. La primera parte de la saga se editó en Valladolid en 2001. La segunda, un año después.